

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 20 DE ABRIL DE 1930

NÚMERO 42



se di-
el no-
ESPECIAL PARA LA NACION

Por PEDRO CATASUS



¡Y qué orgullosa se puso doña Luisa Montellano de los Ríos!

ES una satisfacción para toda dueña de casa ofrecer a sus huéspedes algo nuevo y delicioso. Y así, doña Luisa quedó halagada en su día de recibo, cuando sus relaciones celebraron las galletitas y quisieron saber dónde las había conseguido.

DOÑA Luisa les dijo que eran el último éxito de Bágley, que se llamaban "Minué", que las había comprado porque le agradó la escena del Minué en las bonitas cajas, y ahora quedaba convencida de que su contenido era tan digno de admiración como el envase.

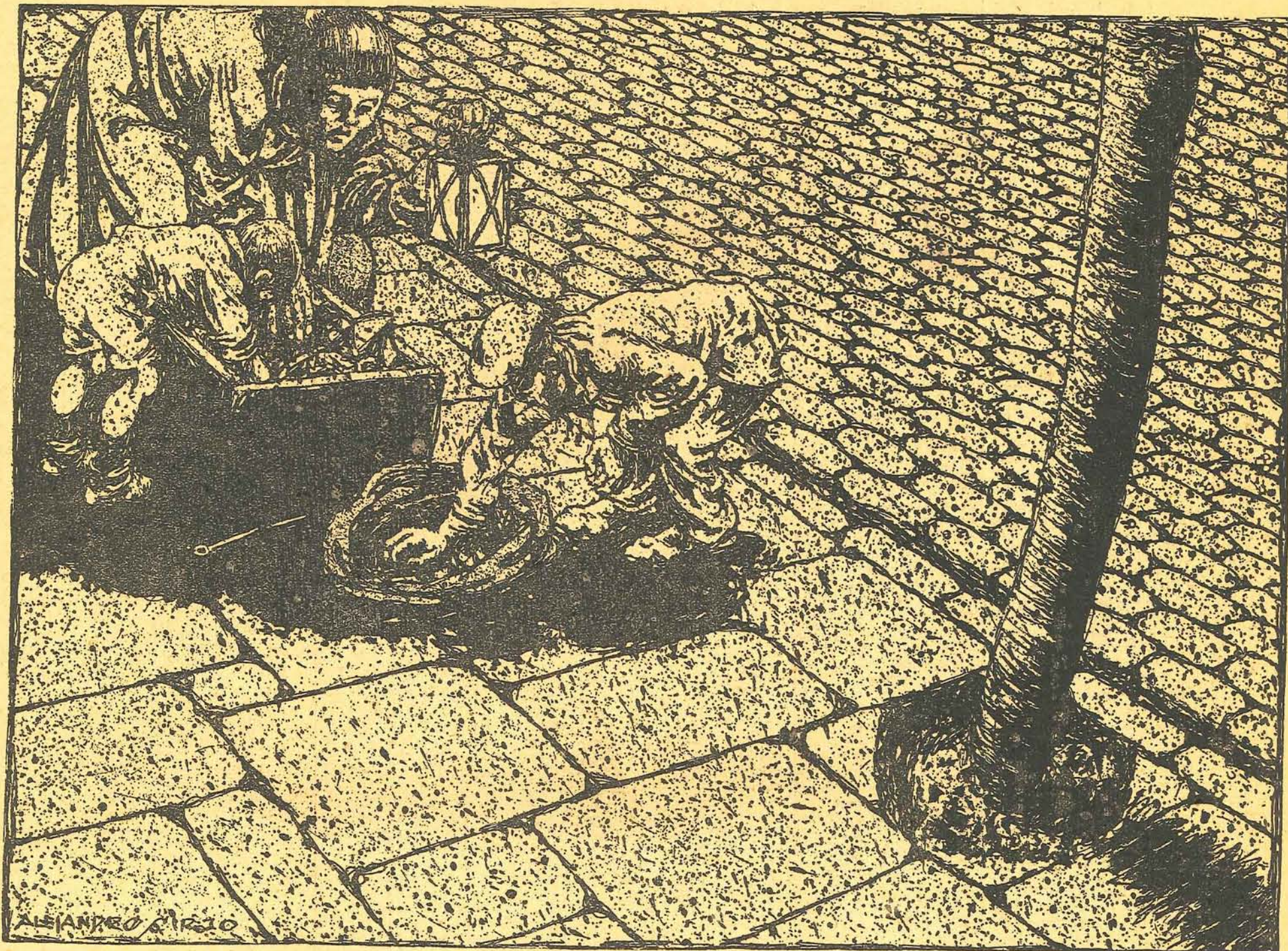
YA gozan las galletitas "Minué" el favor de los hogares. Hechas especialmente para ser servidas con el té, y para la delicia de los niños, constituyen una rica creación de galletitas crocantes con gusto a coco que encanta. Le invitamos cordialmente a probarlas.



*No olvide usted:
Para su té,*



GALLETITAS
Minué



CUANDO mi hijito Jorge fué por primera vez a su colegio de Inglaterra, tenía nueve años. Desde un mes atrás venía preparándose para el viaje, ante los maravillados ojos de su hermanito Hugo, que hasta entonces había sido su compañero de estudios y de juegos y que iba a quedarse solo. En la imaginación de ambos aquel viaje adquiría proporciones desmesuradas. Ellos sabían lo que costaba hallar una plaza libre en un buen colegio inglés para un chico argentino. Sea porque los escolares latinoamericanos tengan fama de revoltosos, sea porque en realidad haya pocas vacantes, el hecho es que cuando quise poner en un colegio católico inglés a mi hijo mayor realicé muchas gestiones infructuosas y obtuve algunas contestaciones pintorescas. Por ejemplo, el rector del Beaumont College, cerca de Windsor, un viejo padre jesuita, al enterarse de mis deseos y de las recomendaciones que llevaba, revisó sus libros y me respondió seriamente: —Sí, le voy a dar la primera vacante que se producirá. —Muchas gracias, padre. —Pero no es para este año. —¿Para cuándo, entonces? Estábamos a fines de 1927 y yo me imaginé que la tal vacante sería para 1928; por poco me echo a reír cuando el rector, leyendo en su libro, me dice: —Es para 1942. ¿Cómo es el nombre de su hijo? —Querrá decir de su nieto, padre; pues lo que es para entonces mi hijo no necesitará colegio. —Bueno—repuso el rector tranquilamente—, mándeme a su nieto...—Y se disponía con toda flema a anotar el nombre del nonato. —No se moleste, padre—repuse un

tanto picado—. El nombre de mis nietos no lo sabe más que Dios. Cuando yo lo sepa daré una vueltita por aquí. Muchas gracias, hasta entonces. El rector se encogió de hombros y me dejó partir, sin comprender. Yo tampoco había comprendido. Después me explicaron que es tal la demanda por vacantes en los colegios católicos afeados, que se acostumbra inscribir a los niños con muchísimos años de anticipación, a veces cuando no tienen más que tres o cuatro, y a veces de recién nacidos. Por fortuna, algún tiempo después conseguí una plaza libre en los primeros grados de Mount St. Mary's College, otro colegio de jesuitas cerca de Chesham, y entró mi hijo mayor, cuando no tenía doce años. Y como, pasado algún tiempo, me avisaron de otra vacante, no vacilé en mandar a Jorge, que recibió la nueva con extraordinaria alegría. Partió a Inglaterra como un pajarito a quien abren la jaula, aunque la verdad es que la jaula se iba a cerrar, dejándolo prisionero, por primera vez en su vida. Su madre y yo acompañamos hasta Londres a los dos hermanos. El mayor iba triston y sericito, pues ya aquel viaje no tenía la atracción de la novedad; y Jorge, alegre y saltarín, incapaz de disimular su dicha, con la cual

resentía y escandalizaba a su madre. Y así fué como Hugo perdió por primera vez su compañero de juegos y de colegio. Empezó a ponerse triste y marchito y un día se animó a pedirme que escribiera a Mount St. Mary's College, por si querían admitirlo a él también. La respuesta llegó pronto y en forma terminante. Sólo podían recibir a Hugo, atendida su edad de siete años, en un colegio anexo, de señoritas. La carita redonda de Hugo se puso bermeja de indignación: —¿Yo, en un colegio de señoritas? ¡Muchas gracias! No pensó más en Jorge y se dedicó a ser mi compañero. Estudiaba sus primeros libros; iba temprano a la escuela del Petit Père (Hermanos de las Escuelas Cristianas), donde pasaba el día, hasta la tarde. Al volver entraba en mi escritorio y me pedía borradores para copiarlos en la máquina, que no tiene ya secretos para él, o se ponía a mirar las figuras de una "Historia de los Judíos", por Josefo, en una maravillosa edición, que lo encanta, pues ha visto, por su fecha, que tiene casi trescientos años. Su mayor placer es salir conmigo sin rumbo, por las callejas evocadoras y novelescas del viejo París. Un sábado me propuso ir al día siguiente conmigo a la misa a que yo suelo asistir.

LA MISA DE LAS SEIS POR HUGO WAST

ILUSTRACIONES DE ALEJANDRO SIRIO

(Para LA NACION)

PARIS, marzo de 1930.

—Yo voy a la misa de seis de mañana—le dije—, ¿te levantarás a esa hora? —Si me despiertan, sí. —Pero es invierno y en la calle será de noche y hará mucho frío... —Me levantaré el cuello del sobaco todo y ya no tendré frío. —Bueno, mañana te despertaré yo mismo. —¿Seguro? ¿Me despertarás? Se duerme con esta preocupación. Al día siguiente, a eso de las cinco, voy a su cama y lo hallo tan profundamente dormido que se me antoja una maldad despertarlo, sólo por complacer un efímero capricho. Hugo tiene los cabellos rubios y las mejillas rosadas. En la derecha, solamente, se le forma un hoyuelo. Advierto esa marca de alegría y advino que está soñando con algo que le hace reír. ¿Cómo arrancarlo a sus alegres visiones? Hugo tiene las pestañas oscuras, como una cinta de seda que ciñe sus ojos; y la boca, de un dibujo muy fino, roja y cerrada y sería en ese momento: sus ensueños no alcanzan a desvanecer su propósito. Seguramente en su pequeño cerebro brilla en ese instante, fija como una estrella, la idea de ir a misa conmigo. —¿Hugo, vamos a ir a la misa de las seis? Abre los ojos, me mira y se acuerda súbitamente. Dicen que el más chiquito de mis hijos varones, Marcelo, que tiene cuatro años, es perezoso. No sé, veremos más tarde. Pero sí sé que ninguno de sus tres hermanos mayores tiene ese defecto. Al contrario, la voluntad en ellos es un resorte bien templado, como la cuerda de un reloj. Son tenaces, pero no tercos. Yo abomino la terquedad, que nun-

ca es indicio de carácter sino de vanidad.

El terco se siente débil y se avergüenza de ceder a lo razonable, temiendo que descubran su defecto, y con la misma fuerza inconsciente con que un mono se prendería de una reja, se agarran ellos de la más necia resolución.

Su alma floja y fatua es prisionera de la vanidad y no tiene fuerzas para libertarse.

El terco hace lo que es más fácil. Más fácil es resistir a los otros con obstinación que vencerse a sí mismo con verdadera voluntad.

Comprendiéndolo así, trato de descubrir lo que en un niño es obstinación y lo que es voluntad, y persigo sus terquedades y aliento sus propósitos.

No quiera Dios que me equivoque: los tres mayores poseen este precioso resorte de las almas, y en cuanto al más chiquito, ya veremos, cuando la llama de su almita funda un poco el espeso y tibio colchón de grasa infantil que ahora la envuelve.

Hugo se ha vestido a prisa y sale precediéndome, envuelto el cuello en su bufanda.

Hace un año, en esta primera quincena de febrero, una ola de frío inundaba a Europa. A las seis de la mañana había en París, en esta misma calle, cerca del Arco de la Estrella, 15 grados bajo cero.

En cambio, el actual invierno va pasando con una extraordinaria dulzura.

—¡Fortuna para los pobres!—digo yo, pensando en alta voz, mientras bajamos la calle de Armaillé, hacia la de San Fernando, en cuya esquina está la iglesia.

—¡Y para los "chiffonniers"!—añade mi joven compañero, que en días pasados ha visto un "film" representando la pintoresca y penosa vida de los traperos en París.

Ya me son familiares los "chiffonniers", y conozco a varios, que todas las madrugadas se instalan en mi calle y en todas las calles de París y a la luz de un farolito revuelven con las manos los tarros de basuras.

Se parecen algo a nuestros atorranes. Pero el atorran es un bohemio sin familia, sin ocupación, sin casa.

Se parecen también a los "cirujas", según llaman en Buenos Aires, con lengua arrabalera, a los tipos que escarban la basura en los sitios donde se la deposita y quema.

Pero en Buenos Aires esta rebusca la hacen en muladares alejados de la ciudad, mientras que aquí los "chiffonniers" la realizan a la puerta de cada casa, acompañados de su familia y ayudados de sus hijos chiquitos.

Son verdaderos comerciantes, autorizados por la Municipalidad, a la cual pagan contribuciones para explotar su calle, y que poseen un carro y un caballo para transportar su cosecha de inmundicias, que venden en ciertas fábricas, y a veces en el famoso Mercado de las Pulgas.

Algún día hablaremos de este gremio y de este mercado, que no por ser pintorescos dejan de ser anacrónicos en una ciudad moderna.

Hugo los ve con pasmo y compasión y considera que su oficio es el más miserable y triste que haya en el mundo, puesto que deben levantarse antes del alba y trabajar con frío y con lluvia, sin descansar ni los domingos.

Le explico que no es así, que son pequeños comerciantes, pobres, es verdad, pero no pordioseros; y que si trabajan los domingos no es obligados por la necesidad, sino porque desprecian las leyes de Dios y de la Iglesia.

He observado que los "chiffonniers" de París tienen un día de descanso a la semana, pero no es el domingo, como sería, si quisieran cumplir con sus deberes religiosos, sino el lunes.

¿Por qué han elegido ese día? No sé, tal vez porque en la noche del domingo se han acostado tarde y el lunes "tienen que dormir la mona".

En las capas populares de estos grandes pueblos reina un paganismo desolador. La miseria de las almas es incomparablemente mayor que la miseria material.

Hugo vuelve a hablarme.

—¿Qué contentos se pondrían los "chiffonniers" si encontrasen en la basura una cucharita de oro?

—Sí—le respondo yo, y se me ocurre un apólogo para contarle:

El hijo mayor de un Rey de Francia, de hace muchos siglos, vió una mañana a los traperos que revolían los tarros de basura, y sacaban quien un collar de vidrios, quien un cuello de encajes, quien un cuchillo de acero, y le nació la codicia.

Desde entonces, todos los días se despertaba antes que los traperos y recorría las basuras de su casa y de toda la ciudad.

Y una vez se creyó el más feliz de los príncipes porque encontró una cucharita de oro.

Y renunció al reino y huyó del palacio del Rey para seguir buscando en los muladares de la ciudad...

Hugo me interrumpe:

—¿Estaba loco, no es cierto?

—¿Te parece, de veras, que sólo estando loco podría hacer eso?

—¡Es claro, era el hijo del Rey! ¿No es cierto que estaba loco?

—Sí—le respondo—. Pero no están menos locos los que son hijos de Dios, que es el más grande de los reyes y algún día deben heredar el más hermoso de todos los reinos y, sin embargo, reniegan de Dios, que es su padre, y renuncian al cielo, que es su herencia, por buscar una cucharita de oro en las basuras del mundo... ¿No te parece, Hugo, que también están locos?

Hugo se detiene y piensa.

Me gustaría ver a través de su frente pura como un cristal el choque de sus pensamientos en su cerebro infantil.

—¿No te parece que están locos?—vuelvo a preguntarle; y él me contesta lo único que se le ocurre y que es la sola explicación razonable:

—¡Es que no saben lo que hacen!

Sí, es la sola explicación razonable. Pero no es suficiente excusa, en muchos casos, al menos. La experiencia de todos los días nos demuestra que la mayoría de las gentes no quiere saber lo que hace, es decir, quiere vivir y morir en la ignorancia.

El mundo moderno, por paganizado que esté, vive todavía de la substancia del cristianismo.

Respiramos cristianismo por todos los poros, pues cristiana es la dignificación de la mujer, cristiana la preocupación por los obreros, cristiana la protección al niño, cristianas las ideas de libertad, igualdad y fraternidad.

No sabemos lo que hacemos, pero no es porque no tengamos ocasión de aprenderlo. Todas las gentes en los pueblos civilizados se hallan un día u otro en contacto con la única verdad que importe realmente conocer.

Mas la mayoría prefiere ignorar esa verdad.

¿Es acaso indiferencia por los problemas fundamentales? ¿Es frivolidad sincera? ¿Es falta de curiosidad científica?

¡No! Nunca ha habido, como en la época actual, tanta afición a comprenderlo y explicarlo todo.

Existe en todas las capas sociales una ardiente ansiedad por poseer la clave de los misterios que nos rodean.

¿Por qué alumbró el sol? ¿Cómo se originó la vida? ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es la substancia de nuestro pensamiento? ¿Cuál es el rumbo y el término de la evolución que presenciamos?

Los hombres de estudio interrogan a la astronomía, a la biología, a la psicología. Y los divulgadores despa-

rraman en el pueblo ávido sus medias respuestas. Y para completarias se interroga hasta a los muertos, por intermedio de esas ciencias raras, mezclas de credulidad infantil y de obcecación impenitente.

¡Qué alivio cuando se inventa una respuesta original y que parece definitiva! ¡Y qué pronto se gastan las doctrinas!

Se siente "obscuramente" que sólo el cristianismo posee la verdad íntegra, la clave de todos los misterios, desde la creación de la luz hasta el destino del hombre. Y puede darnos la razón de ese otro misterio de los misterios, la razón del dolor, de nuestro dolor, que nos irrita como una contradicción.

Y allí, en el umbral del templo, los hombres se detienen. No quieren saber las respuestas del que dijo: "Yo soy la Verdad", porque también dijo: "Yo soy el Camino y la Vida".

Presentimos que la Verdad que Él nos va a dictar no es una explicación inerte sino una "regla de vida".

No sabemos lo que hacemos, porque hemos perdido la fe.

Y no la recobramos porque no se la pedimos humildemente a Aquel que puede darnosla.

Y no la pedimos porque nos duele renunciar a nuestros hábitos, a nuestras predilecciones, a nuestros odios.

Costosa renuncia porque empieza en acto de humildad!

Preferimos no creer que seamos herederos de un reino.

Preferimos renunciar a nuestros derechos sobrenaturales con tal de seguir buscando una cucharita de oro en un tacho de basura.

Nuestro corazón no se satisface nunca, es cierto. Todos, cual más, cual menos, en alta voz o en secreto, nos quejamos de la suerte.

Seguramente esos pobres traperos que todas las mañanas encuentro en mi camino se quejan también de su suerte y con más motivos que yo.

Pero seguramente, si bebiendo una droga pudieran vivir mil años, no habría uno, entre mil, que no la bebiera, aunque le afirmasen que su vida no iba a mejorar.

Y les parecería poco y pedirían cien mil años, y hasta una eternidad, con tal de no morir, porque no quieren creer que la muerte es la frontera de su reino.

Dios ha repartido sus dones en forma desigual, la fortuna, la belleza, el ingenio, la felicidad. ¿Hay dos porciones iguales en el mundo?

Lo único que nos ha dado a todos por igual, a los reyes, a los mendigos, a los sabios y a los locos, es lo único que verdaderamente necesitamos, y es "la muerte".

Si tuviéramos fe como un grano de mostaza, consideraríamos la muerte como la llave de oro de nuestro palacio y no la perderíamos de vista por temor de extraviarla.

En esto, los pobres traperos que mueven nuestra compasión son tan ricos como un Rey, más aun, son tan ricos como un santo.

Pero no saben lo que tienen, ni

quieren pedir la luz que les falta para contar como un avaro su sola riqueza.

Hugo entra primero que yo en la iglesia porque no lo demora la filosofía. Su mano apenas alcanza al borde de la pila de agua bendita.

La iglesia de San Fernando está obscura. La misa de las seis no tiene muchos devotos en invierno. Algunas buenas mujeres que van con un canasto al brazo, o un tarro de leche y su cofia de provincianas.

Alguna sirvienta; rara vez algún hombre del pueblo, pues no son éstos los barrios obreros.

He aquí al señor que todos los días de trabajo ayuda la misa de las seis y de las seis y media. Es pálido, de barba negra, y de andar pausado, aunque no es viejo.

Y he aquí al "suizo", un buen francés de espesos bigotes blancos, que con el golpe de su largo bastón de puño de plata anuncia la salida del sacerdote revestido y el comienzo de la misa en el altar mayor.

Muy pocas luces; apenas puede Hugo hallar en su librito las oraciones correspondientes a las ceremonias. No importa. Seguramente su ángel de la guarda le sopla al oído mejores pensamientos que a mí.

Vienen los cobradores de las sillas. En las iglesias de Francia no existen los largos escaños de las nuestras. Sólo sillas y reclinatorios de paja, y el ocuparlos cuesta 15 céntimos. Con esta suma ínfima se reemplaza los que con el uso se van destruyendo.

Hugo entrega a la cobradora, que ya lo conoce y es su amiga, una pieza de níquel. Yo otra.

Luego viene el "suizo" golpeando con el bastón acompasadamente:

"Pour l'entretien du culte, s'il vous plait!"

Y todos echan en la escarcela del sacristán o del sacerdote a quien el "suizo" precede, su limosna para el sostenimiento del culto.

Pienso en los milagros de economía que deben realizar los curas para mantener el decoro de sus iglesias; porque el franco vale ahora la quinta parte de antes, pero las limosnas apenas son más que antes.

Hugo comulga a mi lado, y no dejan algunos de mirarlo con sorpresa.

Todavía en el suelo de Francia hay algunas raicillas del viejo jansenismo, que sólo de tarde en tarde permitía la comunión y nunca a los niños antes de los catorce o quince años.

Terminada la misa me levanto y mi hijito me dice:

—Mamá siempre va a visitarla a Teresita...

—¡Vamos allá!

Rarísima es la iglesia en Francia (y tal vez en el mundo entero) que no tenga un altar o, por lo menos, una imagen de Santa Teresita.

En San Fernando existe una blanca, de gran tamaño, siempre con flores y cirios y encuadrada ya con plaquitas de mármol, que atestiguan la gratitud de sus devotos.

Rezamos un ratito delante de ella y salimos.

Empieza a aclarar la mañana, pero todavía en las doce avenidas de la Estrella arden los focos de gas.

Hugo me pregunta:

—¿Por quién rezaste a Teresita?

Y yo le respondo:

—Por tu mamá, por tus hermanitos, por tus abuelitos, por tus padrinos y tus amiguitos... ¿Y tú por quién rezaste?

Su oración ha sido más corta y más sencilla. Me lo confiesa entre sonriente y ruborizado:

—Por los "chiffonniers".

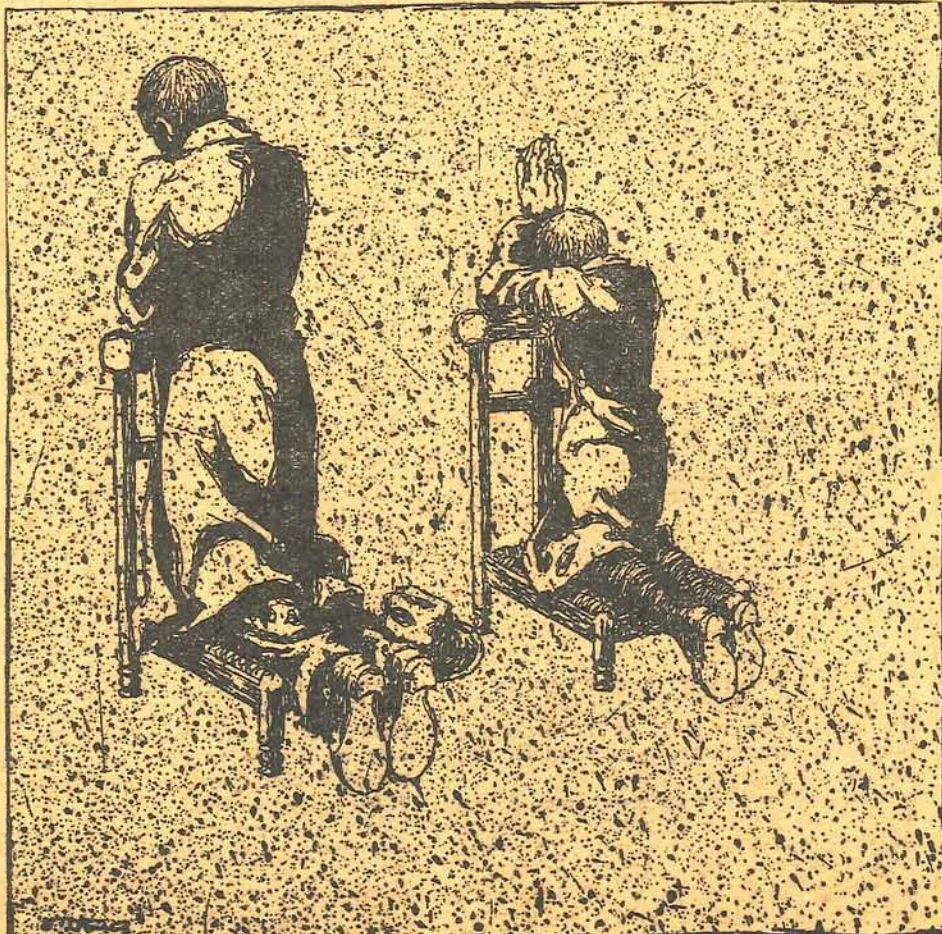
Al volver a casa vamos a la familia de traperos de la calle de Armaillé, desayunándose en uno de esos cafetines populares que aquí llaman "bistrot".

Los tres, el padre, la madre y la hija están de pie, junto al mostrador de cinc. El padre y la madre tienen, además de una taza de café, una copita de aguardiente. Los tres cortan su pan en rebanaditas, que mojan en el líquido caliente. Por cierto, que no se les pasa por la imaginación ningún escrúpulo higiénico, a pesar de que sus manos no están muy pulcras.

La higiene para los hospitales!, las personas de buena salud no la precisan.

Continúo mi camino, sintiendo a mi lado los pasos menudos de mi hijito silencioso. Pienso que si las riquezas espirituales se pudieran condensar en piedras preciosas, ese día todos los traperos de París tendrían una gran alegría, pues en su tarro de basura encontrarían cada uno su anillo de brillantes: la oración de Hugo.

¿Qué verdad es que ignoramos nuestras mejores riquezas!



EN EL CORAZÓN ROMÁNTICO DE FRANCIA



El centenario del Romanticismo ha inspirado este viaje a tus orillas, oh, Lago! El año apenas va a acabar su carrera; el instante es lamartiniano, mejor dicho, es eterno. Nada ha cambiado en este paisaje esculpido por el tiempo y las costas de Hautecombe son tan abruptas que la industria humana no ha podido desfigurarlas.

Allá, en el decorado estampado de la Gran Cartuja, perfilan las cuestas armoniosas del ribazo de Tresserve. Es el sitio inspirador, la ribera donde el amado poeta compuso estas estancias majestuosas y desgarradoras que se han grabado en los corazones:

O lac, l'année a peine a fini sa carrière,
Et près des flots chéris qu'Elle devait revoir
Regarde, je viens seul m'asseoir sur cette pierre
Où tu la vis s'asseoir!

La piedra está allí, es una estela, harto pesada a mi parecer, que los admiradores de Lamartine han hecho erigir con más piedad que gusto. No es ya el banco de dos enamorados, angosto como un lecho, fresco como una tumba; es el pomposo lugar de cita de las musas elegíacas. Pero, ¿de qué y de quién quejarse oyendo al lago cantar eternamente estos versos cuyo metro está de acuerdo con la medida de sus aguas? Pocos poemas se han transformado en realidad más plenamente que éste, cuyo voto final se cumple ante nosotros por todos los elementos del paisaje:

O lac! rochers muets! grottes! forêt obscure!
Vous que le temps épargne ou qu'il peut rajeunir,
Gardez de cette nuit, gardez, belle nature,
Au moins le souvenir!

Qu'il soit dans ton repos, qu'il soit dans tes orages,
Beau lac, et dans l'aspect de tes rians coteaux,
Et dans ces noirs sapins, et dans ces rocs sauvages
Qui pendent sur tes eaux!

Qu'il soit dans le zéphyr qui frémit et qui passe,
Dans les bruits de tes bords par tes bords répétés,
Dans l'astre au front d'argent qui blanchit ta surface
De ses molles clartés!

Que le vent qui gémit, le roseau qui soupire,
Que les parfums légers de ton air embaumé,
Que tout ce qu'on entend, l'on voit ou l'on respire,
Tout dise: "Ils ont aimé!"

Todo lo repite: el amor de Lamartine y Elvira ha hechizado la ribera y las aguas, el viento y la luz narada. Nada podrá borrarle, ni la baráunda de los turistas, ni el pobre idilio del Aga Khan, ni lo que voy a contaros...

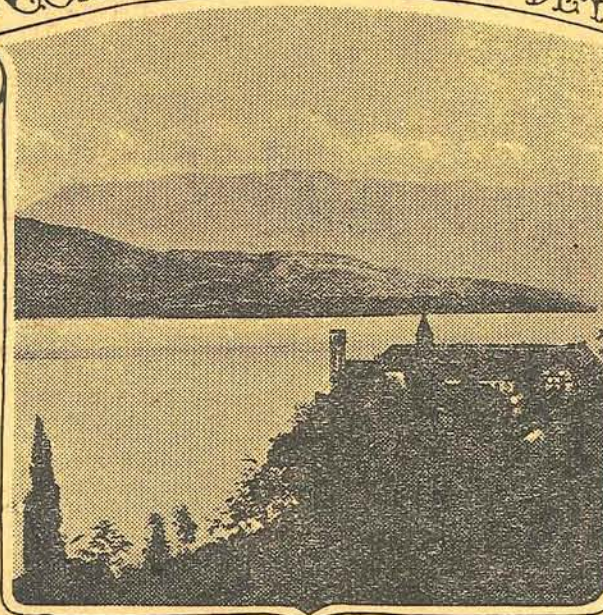
Desde luego Lamartine lo había predicho en su más célebre estrofa; pero aquí día no era la voz de Elvira la que "hería los ecos", no era su tierna plegaria: "O Tiempo, suspende tu vuelo". Era un estrépito de motores de hidroaviones que fustigaban las aguas armoniosas, levantadas con furiosos burbujear. Una fiesta de aviación desarrollaba sus números de atracciones sobre el lago solitario. La muchedumbre lo había invadido todo, aplaudía las hazañas del "virtuoso" Detroyat, y aclamaba a M. Bozon Verdura, el último compañero de Guynemer. El entusiasmo subía de punto con las proezas de las paracaidistas, hermosas jóvenes en malla, que los pilotos en pleno vuelo precipitaban en el vacío y que bajo la sombrilla desplegada de sus paracaídas, tocaban el agua con el balanceo de una flor mecida por la brisa. Las embarcaciones acudían para volver a pescar a las hijas del aire, convertidas en ondinas del lago, y el público las llevaba en triunfo, sonrientes y chorreando agua.

Henri Bordeaux que se encontraba allí, pues siempre está en Saboya, nos hizo recordar que el físico Carlos, esposo de Elvira, fué un aviador de la primera hora, que en el año 1820 hizo el viaje en globo de París a Chantilly: "Resucita ante nuestros ojos", decía M. Bordeaux, "fué siempre un apasionado por los problemas de aviación, y es él quien en este momento arroja a una mujer, a su esposa, a Elvira en fin, al poeta que la recibe del cielo".

Esta humorada, o sueño, era de una justa imaginación: unía con el arco de la Fantasía la realidad eterna, vista y grabada por el poeta, a los aspectos más imprevistos que el Tiempo ofrece al espejo del lago. En estas márgenes, toda mujer se convierte en Elvira, se idealiza y se sublimiza. No me atrevo a decir que todo hombre también se "lamartiniza", pero sí, que accede a los sentimientos que inducen a la nostalgia y a las lágrimas. Vale decir que todo ser se torna romántico frente al lago Bourget, y aun ignorante del poema, remonta inconscientemente el curso del siglo hasta el centenario que celebramos. Más, para celebrarlo, ¿cómo, de seguro, se exalta más el corazón al pie de la colina de Tresserve, que en medio de la sabia exposición de la Biblioteca Nacional!

Anney, en el mismo otoño.

Vistas desde la cima ocupada por el Imperial Palace, o desde el tranquilo puercecito de Talloire, las márgenes del lago de Annecy sobrepasan todavía a las de Bourget en gracias melancólicas. El espejo de las aguas parece más profundo y más tierno: nos devuelve nuestra propia imagen que parece la de nuestras propias inquietudes: angustia del tiempo que pasa



Hautecombe. Lago Bourget

JUAN JACOB ELVIRA Y TARTARIN POR RENE RICHARD

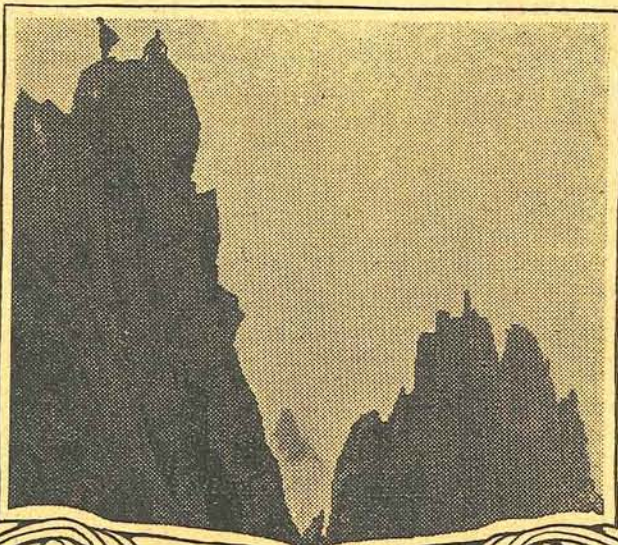
(Para LA NACION)

Lago Bourget, marzo de 1930.

y deja la marca de su paso, de la juventud que huye entre nuestros dedos pródigos, como la onda que la mano quiere retener. Nunca hemos sentido tanto, la emoción desgarradora de este adiós a nuestra primavera, como frente a estas colinas rojizas, a estas rocas rugosas y a estas ensenadas de un azul descolorido. Esas embarcaciones que se alejan sin ruido, como empujadas por una fuerza fatal, llevando una mujer joven y un apuesto remero, nos parecen la imagen de nuestras fuerzas desprendidas de nosotros mismos y nos devuelven el eco de nuestras risas olvidadas. Al compás del cuadrante van aumentando cada vez más su distancia y terminan por formar sólo un punto brillante en la luz que danza sobre las aguas.

Mas la firmeza de este paisaje y su savia poderosa, el vigor de sus árboles gigantes y las armonías de su tristeza, nos inducen a comprender la parte que aun nos queda por desempeñar. Frente a Aix les Bains, la melancolía nos lleva a una angustia resignada, hacia un abandono de nuestros remos a la deriva. La ciudad también, con su opulencia decaída y sus fastos fuera de moda, que evocan tiempos y fisonomías desaparecidas, prolonga los ecos románticos del lago. Annecy, por el contrario, da nuevo vigor: esta pequeña ciudad activa, a la vez italiana y saboyana, misteriosa y diligente, amorosa y mística, ofrece un bello marco para una pasión desesperada. Nos promete desquites ilusorios contra la edad, refugio contra nosotros mismos y contra todos. Todas las ciudades atravesadas por canales son ciudades de amor; ofrecen reservas de soledad mientras el público invade las arcadas de estilo italiano, donde se acumulan frutas relucientes y abigarradas, los muelles desiertos bordean con sus márgenes estrechas las aguas mates y mudas. Los balcones de madera dejan caer sus ramas de glicinas hasta los canales; pasos sonoros y apresurados rompen el silencio del anochecer. Las lámparas brillan ya detrás de las altas ventanas; parece como si en esta bruma casi glacial no pudiera hacerse otra cosa que acudir a una tibia cita.

He aquí la catedral donde Juan Jacobo Rousseau cantó vísperas. Todavía está señalada su silla en el



Los picos de Chamonix

coro. ¡Con qué gusto salmodiaría el pequeño embustero las loas a Dios, mientras asestaba una mirada hipócrita por encima de su libro, hacia la silla donde al parecer oraba Mme. de Warens. Esta vivía justo al lado. Al mirar este lugar, sumergido en el crepúsculo saboyano, me parece divisar a Juan Jacobo atravesando con paso suave delante del presbiterio y llamando con tres golpes sordos y cómplices a la puerta de su amante. La voluptuosa iniciadora del adolecente desasosegado aprendió bien la lección del paisaje: la melancolía de su otoño la inducía a esta ansia de desquite que ella saciaba, extinguidos todos sus fuegos. El marco de su pasión es de tal manera auténtico y está tan de acuerdo en todos sus detalles, que permanecí largo tiempo frente a estas ventanas cerradas, a través de las cuales no pasaba el menor rayo de luz, aguardando el milagro de un postigo que se abriera y la señal furtiva de una mano blanca...

El prodigio romántico de Annecy está en su poder de disociar los instintos de nuestra naturaleza. Si las pasiones, libertadas por esta alquimia, no se maravillan frente a su propio espectáculo, se complacerían con su análisis. ¿Y por qué no, en esta ciudad donde todo es stendhaliano? Los novelistas han alojado allí pasiones furiosas que fermentan en esta estrecha cuba, en este crisol de calles secretas y devotas que de buen grado amalgama la piedad con el amor. De este modo confúndense a lo largo de los canales los pasos de Juan Jacobo acudiendo al encuentro de Mme. de Warens, y los del dulce San Francisco de Sales encaminándose a la Visitación a las citas místicas de Juana de Chantal. Pero hay la escapatoria al lago y su melancólico consuelo; está el sosiego de esta luz italiana que ilumina sin calentar. Estas alternativas constituyen el equilibrio singular de Annecy, donde el amor no conduce al drama. Más allá, la ciudad de Julien Sorel resuena con un estampido que provocó cierto alboroto en la literatura. Más lejos, en Auvernia, Clermont Ferrand, ciudad de Pascal, volcán mal apagado, acumula nubes en su atmósfera apasionada. No existe en Francia ciudad más desesperada que Clermont Ferrand. Felizmente se ama poco allí, y el auvernés ha puesto su ternura en el éxito de su comercio; mas los amores ahogados que llegan a nacer no tienen otra salida que la tragedia.

Frente al puerto tan en calma, donde cruzan las gaviotas, en el centro del más romántico de los decorados, pensamos con cierto desdén en los esfuerzos realizados por los funcionarios de la "Nationale" para organizar una exposición del Romanticismo con gran acopio de estampas y sillones estilo Luis Felipe. Este paisaje, y todo lo que evoca con tanta intensidad, nos sumerge más profundamente en el corazón romántico de Francia. A unos pasos de Elvira, a las puertas de La Cartuja, frente a la ruta de Grenoble, nos hallamos en la encrucijada de estos itinerarios melancólicos que el centenario nos obliga a recorrer.

Y al nordeste corre el camino que lleva a Chamonix. ¡Señor, ya me olvidaba de Tartarin!

Chamonix, septiembre.

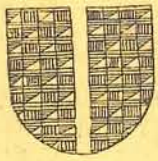
La vida es dura para Tartarin; hasta me pregunto si podrá seguir "tartarineando", pues Tarascón no es ya mercado para el heroísmo. Mucho me temo que Tartarin haya muerto en la guerra, un día funesto en que estaba tranquilo. Habría de este modo desaparecido en el momento en que surgía un mundo que dejaba poco lugar para sus talentos y su valor. ¿La caza? ¡Ah, sí, hablemos de ella ahora que se organizan cacerías de leones, tan prudentes como de conejos! ¿El desierto? Hoy se construyen allí hoteles con agua caliente en todos los pisos. ¿El alpinismo? Una señora anciana puede realizar en un teleférico lo que rompería las piernas a un atleta.

Efectivamente, fuera del sentimiento harto subjetivo de la dificultad vencida, del triunfo del esfuerzo, el sol brilla allá arriba para todo el mundo, y el viajero del vagón eléctrico al paso que bebe un vaso de leche fresca en lo alto del ventisquero de Bossons, aguarda con paciencia al compañero enérgico que se ha desgarrado contra las rocas y que llegará apenas con tres horas de atraso a la cita del sol poniente.

La montaña no pertenece ya, pues, a Tartarin; se ha entregado a las muchedumbres. Desde que el sol ilumina las cimas del valle de Chamonix, los desfileres rebosan, las cartujas rechazan multitud de viajeros y en el Mar de Hielo no se puede respirar. Lo altísimo resulta un entresuelo y el terrible Montanvers una burla.

Cierto es que aun hallamos alpinistas de verdad, con botas herradas, acompañados de guías curtidos, con la bolsa y la cuerda al hombro. Pero entre éstos y la muchedumbre falta, en verdad, el genial intermediario que era Tartarin.

¿Qué significa esto sino que los personajes románticos han desaparecido completamente? En los lugares donde amó Elvira dan tumbos las paracaidistas; las jóvenes norteamericanas cuya presencia es un adorno en el Imperial de Annecy, se preocupan menos de Juan Jacobo que de su primer tango y en el Mar de Hielo, Calino ha suplantado a Tartarin. ¿Qué queda del romanticismo? Paisajes; pero lo bastante grandes para contenerlo y prolongarlo.



NA madrugada, hacia las 4, el "mudo" Roldán se nos hizo anunciar con una prisa que nunca le habíamos conocido.

Generalmente el mensaje que hasta la oficina de la guardia llevaba un ordenanza de la redacción, era éste, poco más o menos: "El señor Roldán. Dice que si todavía tienen ustedes algo que hacer, él esperará urgente; no viene por nada urgente". Y ninguno de nosotros se sentía urgido. Sabíamos bien que el "Mudo" recalaba en la redacción cuando ya no quedaba en Buenos Aires sitio alguno donde pudiera recrearse la verbosidad de que le venía su apodo de El Mudo. A nuestra tertulia de trasnuchadores forzosa llegaba Agustín Roldán después de haber asistido en calidad de "pato" bienquisto a una partida de póquer o de haber cenado en el segundo domicilio de algún amigo con plata. La hora de recibir al Mudo era dada por las rotativas del diario; el ronco zumbido de las máquinas tenía entonces el doble encanto de una señal de libertad y del regalo de aquella palabra optimista, eternamente jovial, iluminada por la bondad de un alma de Dios.

Cuando el ordenanza nos anunció que el señor Roldán mostraba prisa por vernos, hubo un movimiento de estupor en la rueda somnolienta de la guardia. ¿Qué habría pasado?

Esa vez salimos con ansiedad al encuentro del visitante de casi todos los días. El Mudo se paseaba por la sala de espera, con un diario de la noche en la mano. Parecía a punto de reventar, congestionado por el asunto que venía a comunicarnos.

—Síntense. No me apuren. Les voy a contar algo estupendo. Se me ha muerto un amigo de veinte años, y un amigo por quien he sufrido grandes aflicciones...

El Mudo tomó resuello, se arrellanó en un sofá como para cobrar un envío necesario, y subrayó con gestos y silencios este relato que solamente la palabra inimitable de Agustín Roldán sería capaz de reproducir con todo el íntimo sabor que tiene.

—Yo, como todos ustedes, tengo mi sitio fijo en el hipódromo: una punta de banco en la parte alta de la tribuna popular, junto a la gradería que queda más cerca de la raya. (Cada cual se acerca a la raya como puede). En ese rincón plagado de jugadores emboscados y de mujeres feas, que son los seres más "secantes" del universo, conocí un día a un sujeto de esos que en las carreras se nos pegan al conocimiento como las manchas a la solapa del saco: sin que sepamos decir cómo, cuándo ni dónde.

Sólo recuerdo que nos juntó un apretadísimo final de carrera. Yo me arqueaba todo entero para el lado de la zurda, "ayudando" a un burro que se venía entregando, y el tipo se arqueaba hacia la derecha, cinchándole la carta a un jamelgo que atropellaba por afuera con una trágica debilidad ambiciosa. Cuando los dos arcos humanos se unieron por las cabezas y nos miramos como para pedirnos disculpas, Leguisamo nos había degollado a los dos, jineteando un animal que no estaba en nuestros libros.

A un angustiado "¿Qué le parece?" de mi compañero de desventura, contesté con la apología más brutal que le haya sido hecha a contrapelo a Irene Leguisamo. La desdicha nos unió, como a dos naufragos, para toda la vida.

Ninguno de los dos sabía cómo se llamaba el otro, ni hacía falta que lo supiera. Nos saludábamos todos los domingos,

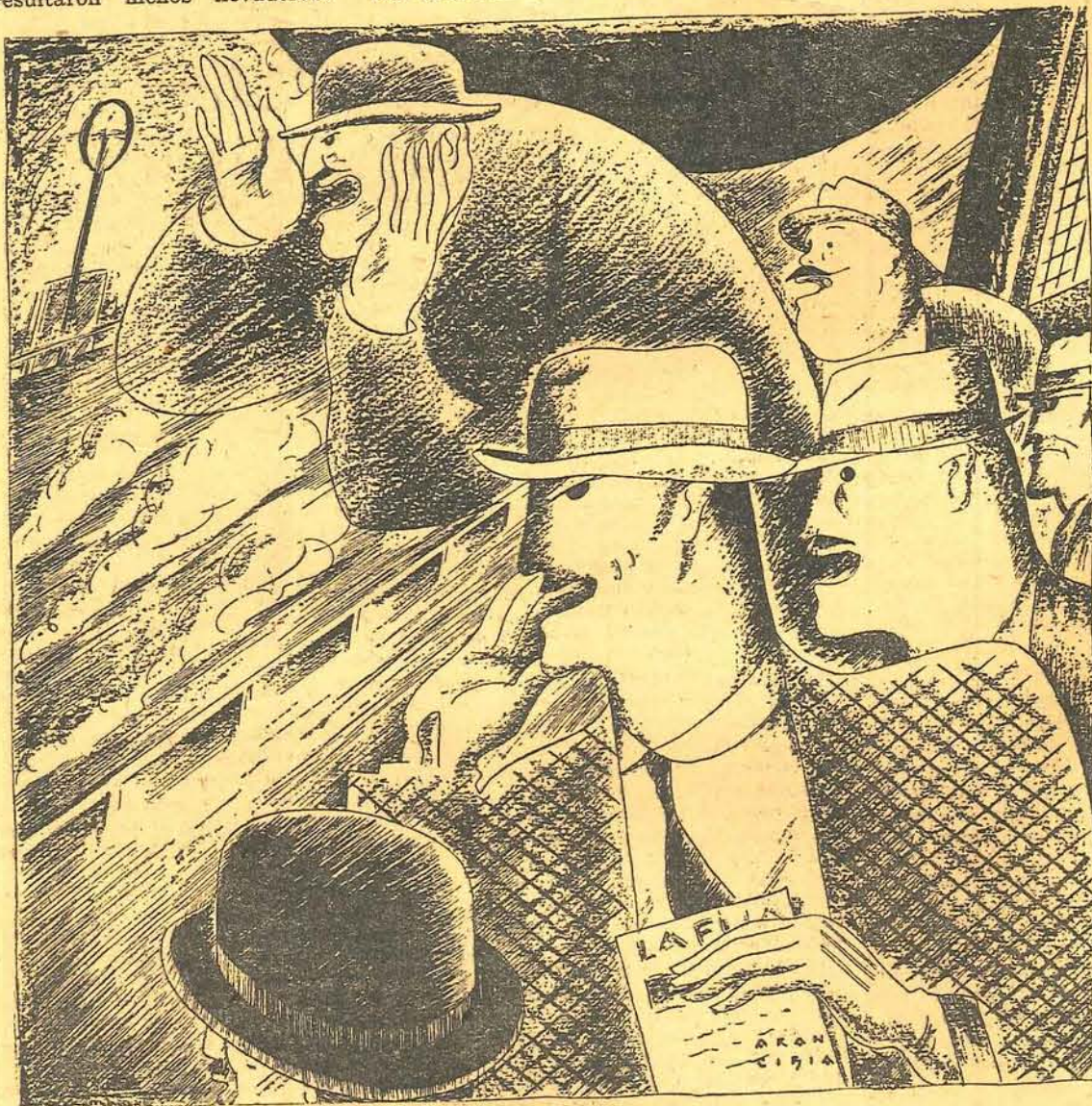
antes que el starter largara la primera; charlábamos en los descansos, después de haber pagado cada cual los impuestos; nos ayudábamos para descubrir durante la carrera dónde iban los matungos defensores de nuestras ilusiones; cuando el jamelgo de uno de los dos perdía prematuramente toda chance, los dos hacíamos fuerza en favor del que seguía dando señales de vida; cambiábamos impresiones sobre el estado de los caballos y otros factores para nosotros igualmente invisibles; y éramos, el uno para el otro, ese precioso órgano receptor de disparates que necesita tener a la mano todo buen aficionado a las carreras. Al final de la fiesta nos despedíamos con un "hasta el domingo" lleno de agradecida ternura.

Llegamos a necesitarnos y, por consiguiente, a ser amigos. Una o dos veces que mi hombre faltó a la cita dominical, las pérdidas de la jornada me resultaron menos llevaderas:

U N O
U N O

Eso me chocó un poco. Un jugador amarrete es como un automóvil en llanta. En el mate de mi amigo debía de haber una falla de organización y, a lo mejor, de esa fallita dependía que hubiera quedado en amarrete, que es decir a medio camino, una perfecta vocación de usurero.

La repulsión instintiva no llegó a cuajar en nada permanente, porque el fondo inagotable de tolerancia que hay en todo jugador me hizo concebir la esperanza de que aquello no fuera más que una deforme manifestación de la virtud exclusivamente humana del ahorrero. (Los animales no ahorran;



tenía que salir del hipódromo con toda mi carga intacta de improperios y maldiciones.

La misera condición humana me había ligado para siempre a ese desconocido, atando entre él y yo lazos tan absurdos como estrechos. Éramos, por el lado de la común afición a los caballos lustrosos, lo que ese extraño matrimonio que hace poco descubrió la comisaría 40a.: en veinte años de convivencia no nos habíamos mirado más que la cara y una de nuestras debilidades: el turf. En todo lo demás nos ignorábamos absolutamente.

Al principio, en los primeros meses de nuestra frecuentación, me pareció descubrir en mi amigo un grave vicio: el amarretismo. Jugaba 1 y 1 a las fijas más grandes, así bajara San Antonio del cielo para prometerle la seguridad completa de la victoria. De ese paso no lo habría sacado ni el Padre Eterno.

Además, daba la casualidad de que cada vez que tomábamos un cafecito en la misma mesa — y ello ocurría cuando nos topábamos abajo y no en la tribuna — al hombre le faltaba cambio. Acabé por convencirme de que, efectivamente, no era afecto al cambio,

por algo la naturaleza no les ha dado ese instinto).

Estaba yo en ese intermedio crítico con respecto a mi desconocido amigo, cuando la gran aleccionadora que es la vida me hizo devolverle toda la efusión de mi simpatía. Una vez más me animé a aludir a su invariable 1 y 1. Mi amigo me espetó un curso de filosofía para convencerme de la atrocidad que significaban mis frecuentes 3 y 2 y algún episodio 15 y 10 con que yo festejaba a veces un acierto. Me habló de tan desolada manera al referirse al valor posible del dinero, que lo absolvi de todo reproche y sentí un escozor en la conciencia. Comprendí, sobre todo, lo que hasta entonces me había sido incomprensible en él. ¿Cómo no iba a limitarse hasta el homeopático 1 y 1 quien profesaba tales normas de austeridad, impuestas seguramente por la tiránica opresión de la miseria! Mi desco-

nocido amigo tenía que ser soberanamente pato, después de haber sido tal vez inmensamente rico. Lo revelaban sus maneras y el "Don Pedro" con que una tarde lo saludé reverencioso un gallego enriquecido. Imaginé lo que era la vida de ese Don Pedro para mí sin apellido; vida frotada por todas las estrecheces y, sin embargo, ennoblecida por una metódica contribución al sport. Até recuerdos hasta entonces inconexos, y con esa gran sagacidad que tenemos los carreristas, penetré el sentido profundo de algunas raras actitudes de mi hombre.

Una vez, por ejemplo, salimos juntos del hipódromo y como yo había ganado tres pesos, resolví gastarme 2,50 en un automóvil que me llevara a mi casa. Me ofrecí a llevar a don Pedro hasta la suya, y aceptó el convite después de una vacilación silenciosa que de pronto yo no interpreté de ningún modo, absorbido como estaba en imaginar el programa

ganta un arrepentimiento súbito. ¡Torpe de mí! ¡En aquel hombre con gustos de gran señor había el pudor de la miseria. Acaso lo estuve mortificando al exigirle que me mostrara su casa. ¡En qué casa viviría don Pedro! ¡En qué boharcilla consumiría sus horas solitarias mi desconocido amigo, al cabo de una vida de holgura que en sus modales y en sus palabras no se habían borrado del todo! ¡Qué tragedia la de aquel hombre bueno y pato! ¡Cómo me dolió el recuerdo de mis 15 y 10 de los domingos subsiguientes al día de pago! Yo era un potentado junto a don Pedro. ¡Yo, un potentado!...

Otra vez — y un recuerdo se ligó al otro, aquella tarde del viaje en automóvil — al caballo de Uno y Uno lo habían dejado "listo" antes de entrar al tiro derecho. Tan listo, que hasta don Pedro, que era tenaz en sus ilusiones del hipódromo, acaso porque eran las últimas, se volvió de mi lado y me dijo con una voz quebrada por la angustia:

—Hago fuerza para el suyo. El mío parece que ya no puede ganar...

Hizo, realmente, una fuerza brutal, sin más que un imperceptible intervalo en un instante en que su burro dió una fugacísima impresión de resurgimiento. Don Pedro me "cinchó" aquellos cinco boletos como no he cinchado yo en mi vida paradas considerables. ¡Oh, solidaridad de los desvalidos! ¡Cómo le agradecí a don Pedro su colaboración de aquella tarde! ¡Por qué, pensé, Dios no habrá sido generoso con este hombre, que habría hecho tanto bien en el mundo con el dinero que otros atesoran inactivo con la vana pretensión de sobornar al demonio el día del viajecito al Valle?...

Agustín Roldán hizo un alto en su relato, nos miró uno por uno, como si quisiera certificar nuestra atención, y terminó así:

—Bueno, jóvenes; esta noche, cuando desdoblé en el tranvía este diario y vi este retrato a una columna, me dió un tumbó el corazón. Este es mi amigo, mi desconocido amigo, mi entrañable amigo de veinte años de porrazos en el primer hipódromo del continente. Un crimen, pensé en seguida. Al pobre lo han asesinado. Para necrología de un pato muerto de muerte natural, el grabado a una columna es excesivo. Para un asesinado anda bien. Me tiré a la lectura como a un pozo... y de ese pozo no he salido hasta ahora. Aquí tiene que haber un error y ustedes me lo van a aclarar.

El retrato es de don Pedro, pero lo que dice el artículo no puede referirse a él.

En el diario que Agustín nos alargó para que leyéramos estaba la cara de palo de don Pedro Esquivel encaramada sobre treinta centímetros densos de gambetas literarias bordadas alrededor del tema de la virtud humana.

Cuando el Mudo se dió cuenta de que todos estábamos en situación, dijo, antes de lanzar la primera de sus interjecciones funerarias a la memoria de don Pedro Esquivel:

—¿No es un error? ¿Este es realmente mi don Pedro? El pato que yo he compadecido durante tantos años ¿era éste?

—¡El mismo! ¡Quince millones de pesos! — explicó con santa indignación Fernando Smith, cronista de policía.

El Mudo cayó en un sofá como si se le hubieran falseado todos los resortes del cuerpo.

—Sí, dijo al rato, recobrándose y señalando en el diario el aviso fúnebre. No puede ser otro. Casa mortuoria: Pueyrredón 1700 y pico... Ha muerto Uno y Uno... Mi vida es 3 y 2 la suya... y a veces 15 y 10. Vámonos a comer un bife. Yo contribuyo con un duro.

DINTY
MOORE

ILUSTRACION DE
ERNESTO ARANCIBIA

LA HISTORIA Y LA CASA DE "BALILLA"



TODOS saben que Austria, inmediatamente después de los tratados de Utrecht y de Rastadt sentó sus lares en Italia. El Gobierno de María Teresa llegó hasta ceder "todos sus derechos" sobre el marquesado de Finale a Carlos Manuel III. No se debe olvidar que este marquesado — de grandísima importancia para los dos pequeños Estados — había sido vendido, algún tiempo antes, por la misma Austria a la República de Génova por la suma de cuatro millones ochocientos mil liras italianas, puntualmente desembolsadas por Domenico Maria Spinola, embajador de la República en Viena. Muchos ciudadanos propusieron al gobierno la celebración de una alianza con Francia y España, enemigas de Austria, para que en esta forma pudiera hacer valer sus derechos; después de largas discusiones se concertó, pero con el objeto de mantener una perfecta neutralidad fue, sin embargo, necesario reunir un "cuerpo de tropa, con el objeto de auxiliar a los de la Casa Real de Borbón". Los austriacos entonces se sirvieron de este pretexto para decir que siendo los Borbones aliados de los franceses y españoles, la neutralidad de la pequeña República no fué respetada fielmente y después de encarcelar a embajadores y enfermos se dirigieron a la puerta de Soberba, esperando hacer un rico botín.

Los franceses y los españoles que, en virtud de lo convenido en el tratado de Aranjuez, deberían haber prestado ayuda material a la República de Liguria, hallaron muy pronto la manera de abandonarla. Los austriacos entonces, seguros de no encontrar obstáculos serios, cruzaron los Apeninos y en muy breve tiempo atravesaron el valle de Polvera, presentándose bajo las murallas de la ciudad. Los genoveses, para evitar males aun más graves, debieron resignarse a subscribir aquella famosa "Capitulación del 6 de septiembre de 1746" que se conserva todavía en el Palacio Blanco y que está redactada en términos no muy distintos de los de la célebre nota que fué enviada por Austria a Serbia en julio de 1914 y que es universalmente considerada como la causa determinante del más espantoso conflicto que registra la historia.

Después de la firma de aquella capitulación, los austriacos se constituyeron en verdaderos dueños de Génova; pero el pueblo se cansó muy rápidamente de esa opresión.

En la tarde del día 5 de diciembre de 1746 — era un lunes — los austriacos transportaban por las calles de Génova un mortero robado de la muralla de Santa Clara, cerca de la "Cantera", para mandarlo, como ya habían hecho con tantos otros, a Provenza. Cuando llegaron al popular barrio de Portoria, a pocos metros del Hospital de Pammatone, la pieza, debido a su excesivo peso, cayó en el medio de la calle. Los austriacos, sin más trámite, ordenaron a los ciudadanos que se encontraban en esa localidad, que prestasen su ayuda para volver a levantarla. Naturalmente, todos la negaron. Los soldados repitieron la orden amenazando apalearlo o saquearlo a los que no la cumpliesen. Todas las amenazas fueron inútiles; el pueblo a duras penas ocultaba su desprecio, pero no se movía. Los austriacos propinaron entonces el primer palo. La ira de los genoveses no tuvo límites. No tenían capitán y carecían de armas, pero tuvieron la osadía y el heroísmo que caracterizaron a sus abuelos, señores del Mediterráneo, vencedores de los turcos, de

los moros y de los sarracenos.

Un muchacho improvisóse en su jefe. Sólo tenía 17 años; era natural de Montoggio, hijo de Marco Antonio y de María Gerónima, y había venido para trabajar como tintorero en el callejón Capriata. Se llamaba Juan Bautista Perasso, pero por su audacia se le dió el sobrenombre de "Balilla". Estaba destinado a ser el símbolo de la generosa juventud italia-

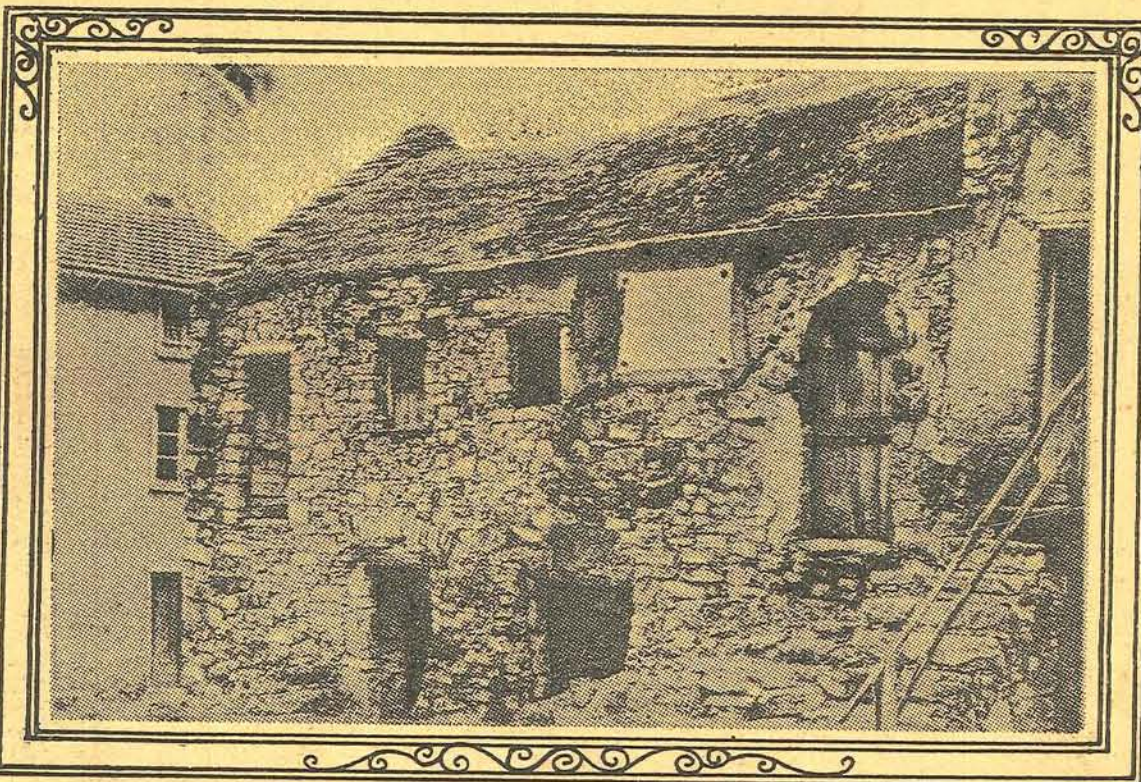
POR

B. MAINERI

(Para LA NACION)

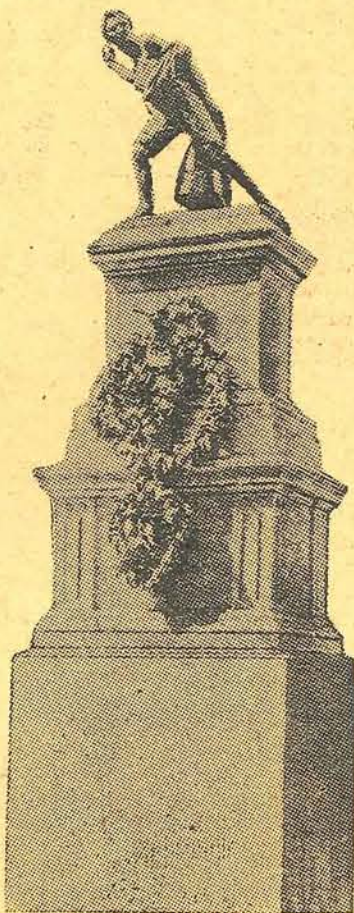
GENOVA, marzo de 1930

en que, según las aseveraciones de los historiadores más autorizados, habría visto la luz por vez primera y habría pasado los más hermosos años de la infancia y de la adolescencia.



La humilde casa de Montoggio, lugar cercano a Génova, en que nació el pequeño héroe

El primer Balilla de Italia, Juan Bautista Perasso, nació en Montoggio, hace dos siglos, más o menos, habiendo sido sus padres Marco Antonio y María Gerónima. Montoggio es quizá, hasta el presente, uno de los



El monumento a Balilla, en Génova

más interesantes y menos conocidos pueblitos de los Apeninos genoveses, no obstante estar, desde hace algún tiempo, unido a la Superba por un cómodo y regular servicio de automóviles. De origen antiquísimo — por algunos documentos se sabe que durante algún tiempo se llamaba oficialmente Montobium — conoció las guerras fratricidas de los siglos

pasados y dió siempre pruebas de un heroísmo poco común.

Montoggio está en una región verdaderamente encantadora, especialmente durante el verano; la forman muchas aldeas que ocupan un territorio vastísimo, en el cual el benemérito marqués Pareto descubrió, en los últimos años, notables minas de cobre aun no explotadas. El monumento más interesante de la región es, na-

chi contra Andrés Doria, Gerónimo Fieschi permaneció asediado en la fortaleza de Montoggio, que podía hospitalizar cerca de seiscientos soldados. Los sitiados se defendieron heroicamente y resistieron durante muchos meses. Solamente cuando fueron vencidos por el hambre se rindieron a Agustín Spinola, quien, según cuentan los historiadores italianos, no se mostró, sin duda, excesivamente caballero y generoso con los vencidos.

Gerónimo Fieschi fué decapitado, según parece, por orden de Andrés Doria; los valerosos prisioneros, en vez de recibir los honores de las armas, fueron muertos en la Capilla de San Roque, que se eleva al pie de la colina que vió su desesperado heroísmo, y el histórico castillo fué reducido a un montón de ruinas... "Sic transit gloria mundi". Una cruz colosal erigida a fines del siglo pasado, símbolo de amor, de fraternidad y de paz, contrasta actualmente con aquellas ruinas, recuerdo, quizá indeleble, del odio fraternal. Los Fieschi fueron siempre entusiastas señores de su feudo de Montoggio y se empeñaron en mejorarlo en toda forma posible. Debido a ellos, en la modesta iglesia parroquial de la alpina aldea se admira un valioso cuadro de Van Dyck, muy probablemente ejecutado durante alguna estada del gran pintor flamenco, rival de Tiziano, en el Castillo de Montoggio, como huésped de los señores del feudo.

La valiosísima pintura no es, ciertamente, conocida por los apasionados buscadores de obras maestras artísticas, y las autoridades locales, de acuerdo con los competentes oficios de las bellas artes, han debido apresurarse a tomar las providencias necesarias para evitar que la obra maravillosa pueda terminar, más o menos clandestinamente, en las manos de los crescos del otro lado de los Alpes o de ultramar, siempre dispuestos a disputar, a fuerza de dólares y de libras esterlinas, las mejores producciones de los genios inmortales... Las precauciones, sin duda justificadas, son tan extremadas, que los fieles y los turistas a duras penas y malamente pueden contemplar el estupendo cuadro. Cuando se haga notar este pequeño inconveniente a las autoridades de Montoggio, repetimos, con franca satisfacción, deberán pensar a tiempo en alguna cosa que lo elimine.

MONTOGGIO, ESTACION DE VERANO

En estos últimos años Montoggio comienza a ser un centro de veraneo, especialmente para los importantes hombres de negocios de la Superba, obligados a vivir, aun en el corto período de vacaciones, lo más

(Continúa en la pág. 31)

Causas del dolor de estómago

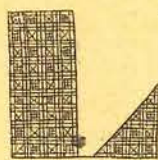
Las molestias del estómago son casi siempre originadas por el exceso de acidez, que atacando las paredes estomacales produce las desagradables sensaciones de ardor, dolor, acidez, etc.

Por eso se recomienda tomar después de cada comida 1/2 cucharadita de bicarbonato cálcico que neutraliza el exceso de acidez, produciendo inmediato alivio.

El bicarbonato cálcico es un producto científico que recomiendan los mejores médicos y que se puede obtener en toda farmacia.

Un folleto con amplios detalles se envía a quien lo solicite de los Sres. Laich & Rey, calle Belgrano 2544, Buenos Aires.

EL GENERAL DON FRANCISCO DE MIRANDA



A llegada de Miranda a Londres en 1789, causó gran inquietud a la representación diplomática española por ser el único país adonde no podía reclamarse abiertamente su persona.

Instalado como gran señor, frecuentaban su casa los hombres más importantes de esa época, a quienes entretenía con anécdotas de sus viajes y les demostraba conocimiento de las intrigas internacionales.

Una aureola de misterio le rodeaba, se le sabía perseguido, siendo contradictorios los motivos; España le acusaba de traidor, otros le tenían por espía de Rusia, los franceses le creían al servicio de Gran Bretaña, pero para los sudamericanos, siempre era el apóstol de su noble causa.

Las vinculaciones contraídas, su amistad con los soberanos y políticos de Europa y la buena acogida que tuvo en Londres hacían de Miranda un enemigo formidable de la monarquía española, por lo que tuvo que prevenirse de las celadas que le tendieron.

El conde Woronzoff, embajador de Rusia, describe en carta a su gobierno las peripecias del precursor:

"... algunos días después, el embajador de España encargó a uno de sus secuaces que ofreciera a un español preso por deudas, que sería libertado si juraba que Miranda le debía dinero... no faltó un abogado que patrocinara tal reclamación ante la justicia, obteniendo orden de arresto, que al serle intimada a Miranda, la eludió declarando formar parte del personal de la embajada rusa... a pesar de ello, para mayor precaución, me pidió después inscribiera su nombre en el registro que los ministros extranjeros presentamos al secretario de Estado con los nombres de todo su personal, lo que me ha sido imposible negar dada la orden de S. M. Imperial que V. E. me ha transmitido, intimándome no solamente proteger de todos modos al Sr. de Miranda, sino también hasta darle refugio en mi casa si fuese necesario.

"En consecuencia, envié ayer al Duque de Leeds el registro arriba mencionado, habiendo inscripto el nombre del señor de Miranda".

El salvo conducto de su eminente amiga la emperatriz Catalina, surtió efecto; la inmunidad diplomática permitiría al proscripto desarrollar con tranquilidad sus actividades en época y país propicio.

PROPOSICIONES CONCRETAS

El objetivo inmediato de Miranda era vincularse con el primer ministro Mr. William Pitt, el hombre de los preparativos, como le llamara entonces Mirabeau.

Sabía que como hijo de Lord Chatam, tenía hondos rencores contra España, por la negativa primero a una alianza en defensa de las colonias y por el apoyo prestado después al estallar la guerra terminada con la desmembración del Imperio.

Las relaciones entre Gran Bretaña y España eran muy tirantes, debido a un incidente ocurrido en la bahía de Nootka, territorio de California, adonde unas fragatas españolas aprehendieron a dos naves británicas que protegían la fundación de un establecimiento en dicho territorio; la reclamación se hizo en forma enérgica y terminante, exigiendo restitución de las naves e indemnización, haciéndose preparativos de guerra mientras se esperaba la respuesta.

Este momento fué aprovechado hábilmente por Miranda para enviar sus proposiciones al primer ministro, con quien conferenció el 14 de febrero de 1790, ratificándole por escrito su propuesta el 5 de marzo. Dos meses más tarde fué citado al despacho del secretario de Estado, informándole Pitt y Grenville que sus planes serían aceptados en caso de estallar la guerra.

En agosto 3, Miranda insistió en su pedido de cooperación británica, pero notó cierta frialdad en Downing Street, explicada más tarde porque llevaba miras de arreglarse el asunto de Nootka.

Francia, debido a su estado interior, no podía apoyar a España, y esta potencia prefirió

II Por CARLOS A. PUEYRREDON

prosperidad de la América del Sur y la opulencia y engrandecimiento de Inglaterra."

Aconsejaba la vinculación con los ex jesuitas desterrados, cuya influencia y amistades podían ser de gran utilidad, y planteaba una cuestión que había sido motivo de conversaciones: "Mi situación personal re-

ser juzgado; Robespierre, Danton y Marat pedían la muerte, y los girondinos trataron inútilmente de salvarle.

Miranda simpatizó con estos últimos porque "amaba la libertad, pero no una libertad sangrienta", y desagrado con lo que ocurría, pensó abandonar París para continuar sus viajes de propaganda en favor de las colonias.

Europa se coaligaba para restablecer la monarquía en Francia, y la Convención, anticipándose a los acontecimientos, declaró la guerra a Prusia, Austria, Inglaterra, Holanda y España.

Las perspectivas eran sombrías, invasión extranjera, desorden interno, desastres financieros, falta de jefes y oficia-

cursor; pero no quería libertar a su país para entregarlo al extranjero. Hombre experto, sabía también las dificultades que encontraría en la isla, adonde los esclavos, invocando los derechos del hombre, habían proclamado su libertad. Ante la gestión de los colonos-proprietarios la Asamblea Constituyente declaró excluidas del derecho común a las colonias. Se inició la lucha de razas, y para apaciguarla tuvo que reconocer la Asamblea la igualdad civil y política de negros y blancos. "Perezcan las colonias, pero sálvense los principios", fué la máxima famosa.

Sin embargo, los hombres de color volvieron a empuñar las armas para defenderse de los blancos que, proclamados independientes de Francia, pretendieron restablecer la esclavitud; hubo devastaciones, incendios y matanzas; sobre tal base no era posible emancipar las colonias españolas.

Miranda aconsejó madurar más el proyecto: remitió a Brissot el plan sometido a Pitt en 1790 y escribió desde Valencienes a Petion, el 26 de octubre de 1792, expresándole sus deseos de que antes de emprenderse tal campaña deseaba informarle sobre el estado de la negociación iniciada en Londres, las disposiciones de los Estados Unidos al respecto, los medios preparados en Italia de acuerdo con ex jesuitas americanos, y agregaba: "doce años de fatigas, viajes y meditaciones sobre este asunto me dan una especie de derecho que reclamo con cierta confianza".

MIRANDA Y EL VOTO FEMENINO

En la misma carta decía al citado convencional: "A propósito de legislación..., le recomiendo una cosa de mi parte: las mujeres... ¿Por qué en un gobierno democrático la mitad de los individuos no están directa ni indirectamente representados? Ellas están igualmente sometidas a la misma severidad de las leyes que los hombres han hecho a su voluntad. ¿Por qué no son consultadas al menos en las leyes que a ellas conciernen más directamente, como el matrimonio, el divorcio, la educación de las hijas, etc? Le confieso que todas esas cosas me parecen usurpaciones irritantes y muy dignas de ser tomadas en consideración por nuestros sabios legisladores. Si tuviera aquí mis papeles encontraría algunas observaciones que hice sobre esta materia a raíz de conversaciones mantenidas con legisladores de América y de Europa, quienes jamás me dieron razones satisfactorias y la mayor parte de ellos estaban convencidos de la injusticia..." ("Villanueva, Napoleón y la Independencia de América, pág. 67).

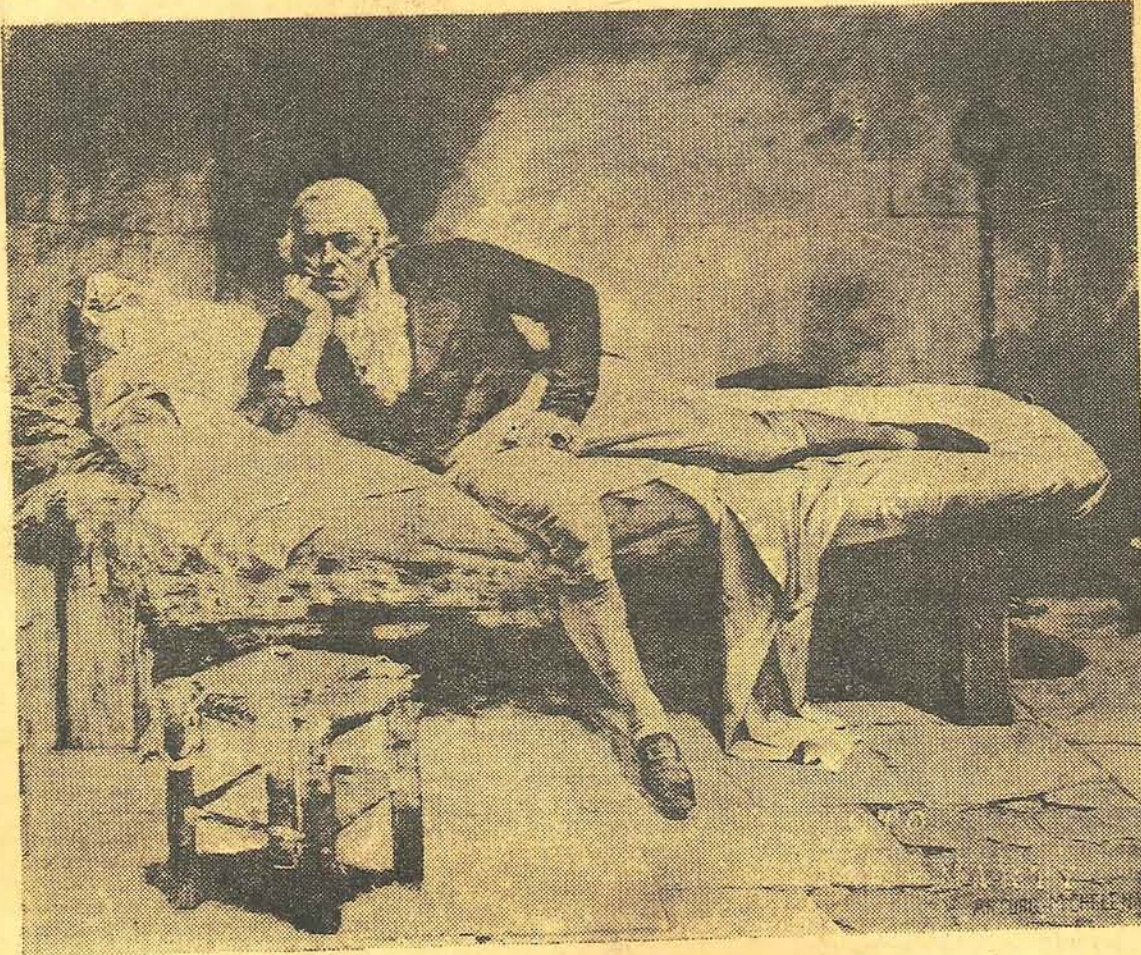
ACTUACION MILITAR

Largo sería enumerar los hechos marciales iniciados con la gloria indiscutible de la toma de Amberes, con armas y bagajes, su ascenso a teniente general en el campo de batalla y las felicitaciones efusivas del generalísimo.

Parra-Pérez, en su notable obra "Miranda et la Revolution Française", París 1925, estudia con detención todos los pormenores de esta fase interesante de la vida del sublime soñador. Bástenos mencionar lo más saliente: el comando en jefe que se le confió durante varios meses por ausencia del titular, el fracaso ante la plaza de Maëstricht y la derrota de Neerwinden, atenuada por la brillante defensa de Pellemberg.

Dumouriez, culpable de dichos contrastes, estaba ya en tratos con el enemigo para volver sus tropas contra París; insinuó una invitación a Miran-

(Continúa en la pág. 14)



El general Miranda en el calabozo de la Carraca. Oleo de Arturo Michelena

quiere, debo manifestarlo, que se me conceda una renta anual apropiada mientras no reciba la renta de mi propiedad en Caracas."

Terminaba la carta expresando su anhelo de no prestar servicios contra España por otra causa que no fuera la emancipación de las colonias. "Este es un punto de delicadeza para mí..."

La pensión, a pesar de habersele prometido, no fué fijada definitivamente en esta época; insinuó la suma de mil doscientas libras, expresando que en caso de no obtenerla tenía ofrecimiento de mil lises en oro de Catalina de Rusia; algo recibió de Pitt a cuenta, pero después de muchas gestiones y esperas. Esto le demostró que nada podía esperar de Gran Bretaña hasta que circunstancias propicias volvieran a poner sobre el tapete el plan de hostilidad que había dejado en el Foreign Office.

Con el deseo de presenciar de cerca la revolución francesa cruzó el canal de la Mancha a fines de 1791, dirigiéndose a Rouen, adonde permaneció algunos meses.

MARISCAL "SANS CULOTTE"

Llegó a París quince días después de los sangrientos sucesos del 10 de agosto de 1792; el gobierno estaba en manos del nuevo Consejo General; la Convención proclamó la república el 22 de septiembre y el Rey, preso en el Temple, iba a

les, porque la nobleza había emigrado para preparar la restauración; era necesario recurrir a todo hombre de buena voluntad que tuviera conocimientos militares.

Una mañana, Miranda fué sorprendido por la visita de Petion, quien sin preámbulos le dijo:

"¡Usted debería ponerse al servicio de Francia! El coronel aceptó, y Servan, ministro de Guerra, con el consentimiento unánime del Consejo Ejecutivo, le dió el grado de mariscal de campo de los ejércitos franceses.

"Acepté en 1792 el honroso cargo—dice Miranda—para defender la libertad francesa contra la liga de los despotas."

"Me he unido a los defensores de la libertad—escribía a Rusia—por ser mi divinidad favorita...; pero lo que me ha inducido más fuertemente es la esperanza de poder ser útil algún día a mi pobre patria, que no puedo abandonarla..."

El ejército francés, al mando de Dumouriez, trataba de contener la invasión de las agueridas tropas aliadas que comandaba el Duque de Brunswick; Miranda llegó a tiempo para ponerse al frente de una división y cooperar al rechazo del enemigo por los desfiladeros de Argona.

Estando en Valenciennes tuvo noticias de que Brissot consultaba a Dumouriez sobre la conveniencia de enviar tropas a Santo Domingo para revolucionar la España americana.

El comando de dicha expedición parecería que hubiera colmado las aspiraciones del pre-

EL PROBLEMA DE LA INDIA Y LAS MUJERES

Rabindranath Tagore

Lala Lajpat Rai

PAR
MARIE
HOLLEBECQUE

(Para LA NACION)
PARIS, marzo de 1930.

en contacto con ellas, instruir las y atraer a las más dotadas a las universidades, haciendo valer sus votos en los congresos feministas.

Conscientes ya del papel que están llamadas a desempeñar en el movimiento libertador de la India, iniciado en estos últimos diez años, son ellas las que han sostenido con más obstinación el principio de la no-cooperación decretada en 1919 por Mahatma Ghandi; y son ellas también las que se agrupan con más entusiasmo en torno de Rabindranath Tagore, en el centro de estudios que ha fundado en Santiniketan.

Pero otras, poetas y artistas, afirman con sus obras los dones especiales que como patrimonio han recibido siempre las mujeres hindúes. Ya ha llegado a nosotros la colección de cuentos de Santa Devi, y comienzan a sernos revelados los versos melodiosos de la poetisa Priyambada Dévi.

De esta mujer extraña poseemos un doble retrato, pintado y descrito por la gran artista francesa Andréa Karpeles. Largas estadas en la India la han puesto efectivamente en contacto con todas las grandes personalidades de aquella tierra, que en forma eminente han expresado el pensamiento y las aspiraciones de la raza.

Deseosa de servir a la causa de la India, que se ha convertido en la propia, Andréa Karpeles preside con su esposo, M. Högman, la publicación de "Feuilles de l'Inde", que bajo el aspecto de hermosos volúmenes de quinientas hojas, más o menos, tan perfectamente impresas como ilustradas, nos inician en la vida profunda de este país que quiere revivir y hallar su unidad.

De esta obra tan apreciada por aquellos que guardan todavía el culto del arte y de la verdad, sacamos el retrato de la poetisa Priyambada Dévi.

"Blanca y fina, tocada con blanco "sari" de viuda, con sus grandes ojos claros de inspirada, es una aparición inolvidable y sus menores palabras revelan el fuego poético que la anima y parece sólo hacerla vivir.

Con sus velos y su puro perfil ario, evoca una profetisa griega, cuyas palabras debían guardarse piadosamente.

Habría que leer sus poemas en bengalí... "traducidas, mis poesías no son sino pobres mariposas muertas, pinchadas en una caja", dice Priyambada Dévi... Habría que oír sus versos recitados por la autora.

"Priyambada Dévi habita una casa blanca, rodeada de un jardín florido. Una gacela tímida se pasea allí y acude cuando ve a la poetisa; un majestuoso pavo real despliega el esmalte azul verdoso de sus plumas en la arena rojiza de los senderos. En el silencio que reina en el jardín, la voz de Priyambada Dévi se eleva como un canto triste al revelarnos algunos de sus poemas. Uno de los más hermosos se llama: "Otoño". Una mujer solitaria interpreta las palabras melancólicas del viento otoñal; oye los sollozos de sus hijos que no nacerán nunca..."

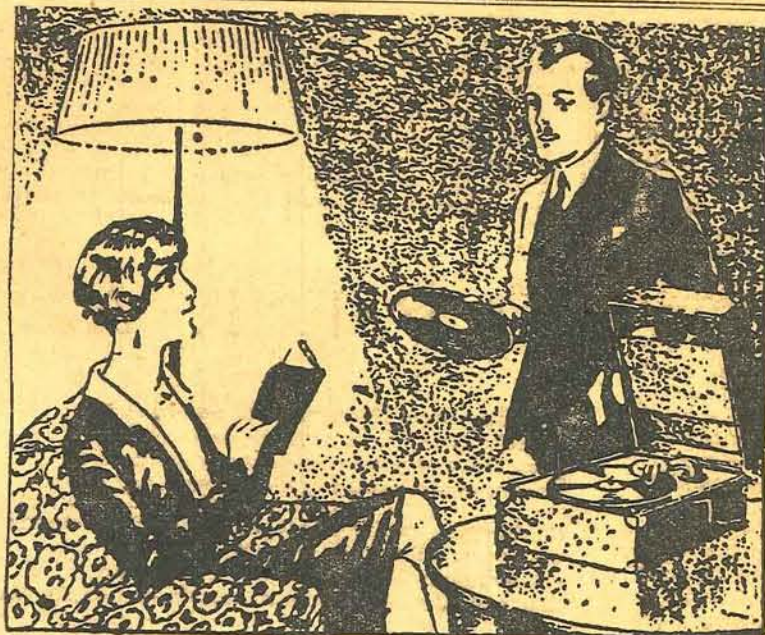
Pues poesía, música, ciencia, todo revive en la India. En los gineceos (las zenanas) millares de mujeres componen, sin la menor idea de gloria, poemas delicados y dolorosos, según la tradición. Músicos, tales como Tagore y Rabindranath Tagore, improvisan y luego fijan esos rasgos en los cuales expresan su pasión por los sonidos y la melodía. Sabios como J. C. Bose buscan apasionadamente la unidad del mecanismo de la vida y luego vienen a Europa trayendo el resultado de sus descubrimientos.

La India aparece así en ple-

no renacimiento y pronta a dirigir al mundo lo que llama "su mensaje".

Con todo, no son sino tentativas parciales; falta todavía intentar un gran esfuerzo para devolver a la totalidad del país, a esta masa de 300 millo-

(Continúa en la pág. 38)



Estudie IDIOMAS por discos LINGUAPHONE

Sentado cómodamente en su propia casa, usted escuchará la voz clara de destacados catedráticos extranjeros que hablan sobre tópicos de la vida común, sobre viajes y sobre literatura, si posee un equipo LINGUAPHONE para el estudio del INGLÉS — FRANCÉS — ALEMÁN — ITALIANO — RUSO — ESPERANTO

Los profesores del método LINGUAPHONE le dan a Vd. lecciones particulares, en cualquier sitio y a cualquier hora del día o de la noche.

Si Vd. ignora por completo el idioma extranjero, el método LINGUAPHONE le pondrá en estado de hablarlo con fluidez y escribirlo correctamente, al cabo de pocos meses.

Si usted conoce la teoría del idioma, pero experimenta alguna dificultad en comprenderlo o en pronunciarlo, el método LINGUAPHONE eliminará dicha dificultad.

Con un curso LINGUAPHONE no solamente Vd. sino también toda su familia y sus amigos pueden aprender el idioma al mismo tiempo y sin ningún costo adicional.

Los discos LINGUAPHONE le permiten hacer repeticiones aún años después de haber comprado un curso.

El método LINGUAPHONE, a base de discos fonográficos y libros de texto con vocabularios ilustrados, es el más moderno, el más eficaz y el más barato.

LINGUAPHONE es el preferido:

Por todos los que quieren aprender idiomas sin disponer de horas fijas;
por los que se quieren instruir en casa ahorrándose caminos improductivos;
por los que buscan un método atractivo y ameno;
por los que no pueden proporcionarse el lujo de pasar varios meses en el extranjero, con el único fin de estudiar idiomas;
por los que prefieren un profesor infatigable que repite las frases tantas veces como quieran;
por los que saben apreciar la ventaja de una enseñanza que no resultará más cara si se emplean tres o seis o más meses hasta terminar;
por cuantos se dan cuenta de que, delante del profesor Disco, no hay razón para avergonzarse ni necesidad de disculparse.

Monseñor Dr. GUSTAVO J. FRANCESCHI juzga así: "El método LINGUAPHONE es el mejor que haya experimentado en el estudio de lenguas y me hallo satisfechísimo de haberlo empleado".

Más de 150 médicos y abogados argentinos poseen ya CURSOS LINGUAPHONE



Bernhard Shaw grabó para el INSTITUTO LINGUAPHONE la serie de discos "Spoken English and Broken English". Son los únicos discos que existen del famoso escritor inglés.

Exclusividad:

JUAN TUERCKE

Demostraciones gratuitas:
VICTORIA 636, 7o. piso
De 9 a 13 y de 15 a 19
Buenos Aires

Señor
Juan Tuercke
Cas. correo 1209
Buenos Aires

Sírvase enviarme, gratis y sin compromiso, folletos explicativos sobre el método LINGUAPHONE.

Me interesa el idioma

Nombre

Profesión

Calle N°

Ciudad F. C.

VOLVAMOS a nuestras búsquedas. Habíamos quedado en el desgraciado accidente del diputado Syveton, cuya muerte, oportuna y repentina, fué siempre considerada por su partido como una ejecución policial. Nosotros, como se recordará quizá, aceptamos una hipótesis más moderada.

¿Quiere decir esto que los asesinatos cometidos por la policía deben ser rechazados en todos los casos? Sin duda que no. Durante el asunto Dreyfus, dos presos, que era incómodo guardar, fueron encontrados muertos en sus calabozos, el uno estrangulado y degollado el otro. Ninguno de los dos valía tres cominos; el uno era un agente de la policía secreta y el otro un espía. Suicidas, se dijo. Un hombre tan clarividente, tan bien informado como el coronel Picquart, que había dirigido durante varios años el servicio de informes del Ministerio de Guerra, creía en el asesinato. En el momento de ir a desaparecer el mismo en una temible cárcel, advirtió al público con este grito: —Si se encuentra en mi celda el lazo de Lemercier-Picquart o la navaja de Henry— declaró—, sepase que no soy yo el que los habrá empleado. Al final de 1917, al final de la gran guerra, murió en la cárcel, estrangulado. Almeréyda, un semitraidor, semiagente secreto, que se vendía a todo el mundo y sabía demasiadas cosas.

Llegados a estas profundidades sombrías, vamos a narrar un trágico episodio que, a pesar del silencio que lo rodea, tiene su sitio imborrable en la historia. Vale más que lo aclaremos nosotros un poco, a fin de que, observando pasivamente un triste silencio, esperemos a que lo haga el azar. Uno de nuestros escritores más vigorosos, León Daudet, arrebatado por un fogoso genio de polemista y de moralista, se puso a revelar, hace algunos años, en su diario "L'Action Française", los misterios de la policía. Con qué violencia y con qué fogosidad temeraria en el insulto y la acusación, sólo lo comprenderán aquellos que están acostumbrados a leer su prosa. "Daudet hace mal—observaba Maurice Barrés con su voz indolente;—esta campaña le va a costar caro". Barrés fué profeta. La policía, obligada a defenderse, cosa a que no estaba acostumbrada, azuzó contra Daudet y su diario a los grupos anarquistas, en que tantos hombres están a sus órdenes. En las mismas oficinas de "L'Action Française", uno de los redactores, llamado Plateau, fué muerto de un tiro de revólver: el apuntado era Daudet. Poco después, un administrador del diario caía herido de bala. Los asesinos fueron absueltos. "A los jurados del Sena—observaba M. Lepine en sus "Souvenirs"—no les agrada ponerse mal con los anarquistas". Ahora bien, en estos casos los acusados eran agentes policiales y anarquistas. Por último, el espantoso atentado que va a terminar esta lucha: uno de los hijos de León Daudet, de 15 años de edad, niño enfermizo, afectado por esa clase de perturbaciones nerviosas que determina fugas, cayó, durante una de esas ausencias, en un lazo que le había sido tendido. Fué encontrado, al cabo de cinco días, con la sien perforada por una bala, al caer la noche de un día

OTRA VEZ LA POLICIA

POR
DANIEL
HALEVY

(Para LA NACION)
PARIS, marzo de 1930.

que pasara con libertarios afiliados a la policía, y bajo la estrecha vigilancia de la misma autoridad. Suicida, se dijo. Siempre la misma palabra. ¿Qué habrá pasado? El padre se presentó en queja. Se levantó un sumario con bastante lentitud. Pero la justicia es impotente contra la policía. La policía es su brazo, su ojo; si se atreve a atacarla, a la policía le basta abstenerse, y la justicia se queda a oscuras. Por otra parte, raras veces se atreve a hacer este gran esfuerzo y nunca lo lleva lejos. La queja de León Daudet fué rechazada. Luego, como seguía protestando y continuaba su encuesta y sus acusaciones, fué perseguido por difamación y

cia enviada al "Journal de Genève", M. Pierre Bernus — la mayor parte de los hombres que podrían y deberían expresar su opinión, parece que temblarían ante la sola idea de condenar públicamente los métodos siniestros de la policía, como si temieran la venganza de la Cheka".

Por fin, el primero de enero

ción del juez de instrucción, el asesino Mestorine confesó su crimen. El hombre era odioso. La rapidez de su arresto, de su confesión, satisfizo a la opinión que, sin entrar en averiguaciones, encontró que aquello era trabajo bien hecho. Esos mismos procedimientos, aplicados a un hombre, probablemente inocente y que tuvo el valor de acusar a la policía, acaban de producir alguna emoción. Está claro que la policía está atribuyéndose el derecho de arrestar en locales propios, que el código no ha previsto, a cualquier persona a quien ella inculpa un delito, empleando para arrancarle confesiones los medios violentos que es fácil adivinar. No

1898, que prohíbe el interrogatorio de los inculcados sin la presencia de su defensor; está la debilidad de un jurado mal escogido, mezclado con elementos revolucionarios, que multiplica las absoluciones insensatas, generalmente por desidia, a veces con indulgencia sistemática o si no, por premeditada negativa a sostener la sociedad.

Por otra parte, hay el constante aumento de la criminalidad, que pone en peligro a la sociedad en su conjunto total. Nuestras grandes ciudades, París, Marsella y Lyon se han vuelto, desde hace diez años, aglomeraciones cosmopolitas en que se mezclan, como en Chicago, donde la violencia es tan frecuente y la policía tan brutal, multitudes desmoralizadas por el desarraigo, amenazadoramente armadas por el rápido browning. De ahí la urgente necesidad de una fuerza que las domine. ¿De dónde sacar esta fuerza? La represión está enervada, el público quiere que se le defienda. ¿Cuál será el recurso contra el crimen?

La policía lo satisface. Es solamente un expediente, pero robusto. Los procedimientos de instrucción, de que acabamos de hablar, sólo han producido una breve emoción. Ha vuelto a reinar el silencio, ese singular silencio que ya hemos observado, y que le permite a la policía el proceder en la sombra, que facilita su trabajo. En el mismo diario que más completamente expresó la emoción de algunos, un periodista muy popular, M. Clément Vautel, ha dado la señal del fin del combate: "Lo que favorece el desarrollo del crimen—escribe el 2 de diciembre—es el estado casi salvaje en que viven no pocos contemporáneos, cada vez más numerosos, y es también—y quizá sobre todo—la apariencia de una justicia debilitada por un humanitarismo flojo... Cuando la policía se ponga a la obra, ya se verá el resultado".

Así piensa el público, y acepta en silencio los procedimientos bárbaros que ha podido adivinar.

Debilidad del poder legal, agravación de la amenaza criminal o revolucionaria; agravación paralela del empleo de procedimientos extra legales. Tal es el encadenamiento que se deja entrever. A los ejemplos que nos han instruido podríamos agregar otros. Este, por ejemplo: la práctica de apalear llamada "passage a tabac". A los vagabundos, malhechores, manifestantes, en seguida de arrestados se les da una violenta paliza en el interior de las comisarias. Es la antigua corrida de baquetas, restablecida subrepticiamente. Es muy temida. Este otro ejemplo: la prisión preventiva. La libertad provisional de los inculcados es raras veces concedida. Mientras que en Gran Bretaña el inculcado

(Continúa en la pág. 41)

OPERA BARATA

I — EL REY

Por su enorme figura se nota que es el Rey; un señor de baraja, rodeado de su corte; y es tanto el predominio de su rígido porte, que su canto parece que es la voz de la Ley.

Se desquita, en las tablas, de sus horas modestas de obrero silencioso, de paciente artesano, e interrumpe los dúos de tenor y soprano, llenando, como el viento, su misión de aguafiestas.

Todo un cielo estrellado descende por su espalda, como si se alegrase de brillar en su manto; y en su corona, duerme la mar de una esmeralda.

El pueblo de su orquesta le escucha y le comprende; y el violín, sobre el grave decreto de su canto, parece que en sus cuerdas, una rúbrica extiende.

II — LA SOPRANO

Su cuerpo de romanza se estremece, lo mismo que una alondra, de trinar, y la potencia de su voz parece decirnos todo lo que pudo amar...

Tiene un abrazo listo a cada instante, y una sonrisa para el sí bemol. Siempre está en despedidas con su amante, bajo la luna, o cuando muere el sol.

Gorgea un "aria" en cuanto queda sola, y alza un cuello de nota musical; y sabe prolongar como a su cola, el fantástico agudo del final.

Margarita y Manón, Violeta y Norma, dentro de ella consiguen revivir una pasión igual que se transforma, y un afán de cantar hasta morir.

Y cuando la agonía se preludia, y se hace cada cuerda, un corazón, entre un desmayo y una tos, estudia el modo de morir en la canción.

Después, sale entre gasas a la escena, por temor de que el viento la resfrie, y llora una emoción que la enajena; y el director de orquesta se sonríe...

III — EL CORO

Juntos por el mismo desdén de la fama, estos seres cantan un canto común. Se han envejecido comentando el drama, pero no consiguen descansar aún.

Quizá, en otro tiempo, fueron conocidos o representaron un papel exiguo;

y hoy sin voz, sin nombre, se ven confundidos, como los retratos de un álbum antiguo.

Al final del acto, tan lerdos concurren que se ve que cantan por obligación; repiten palabras, y después que aburren, se alejan zumbando como un moscardón.

IV — EL TENOR

Mientras cumple su aérea labor de equilibrista, entre saltos de arpeggios y la escala del sí, oportunos aplausos de la sala conquista, apoyando sus notas como un punto en la i...

Sufre, si no repite la esperada romanza, si aplauden a su amada de un modo más sonoro, si es muy larga la danza, o si entusiasma el coro.

Ante el romanticismo que sus notas resumen, todo un mundo olvidado se empieza a despertar, como el olor a tiempo de un antiguo volumen, que al hojearlo, de nuevo, nos vuelve a perfumar.

¡Oh, los tiempos remotos, de abanico y camelia! Como ya no hay Julietas, se han muerto los Romeos. Fausto no cree en el Diablo, ni se enloquece Ofelia, y ya no hay trovadores más que en los cuadros feos...

El tenor, todavía, cree en el abrazo tierno, en las palabras dulces y en el amor intacto, y lucha contra todos por un amor eterno que está para morir ya desde el primer acto.

Y este don Juan que, a ratos, la multitud admira, ha conquistado sólo, con sus voces de miel, a una corista gruesa que él ni siquiera mira, y que llora por él...

V — EL PARTIQUINO

Humilde acompañante y anónimo cantor, menospreciado amante y actor-espectador, gracias a ti "la estrella"

cobra más resplandor, y parece más bella la canción del tenor. Tú eres como la rama, necesaria a la flor;

pues cerca del que ama vives sin el amor. Tu papel secundario se asemeja a la vida: un hablar necesario

y una que otra salida... Todos somos lo mismo, desdeñado comparsa que ocultas tu heroísmo hasta el fin de la farsa.

PEDRO MIGUEL OBLIGADO

condenado a un año de cárcel. En las prisiones la policía es poderosa. ¿Qué se hubiera atrevido a hacer contra Daudet? Daudet consiguió evadirse y se fué de Francia. Hace de esto dos años. Los hechos que acabamos de reseñar someramente, han sido durante largo tiempo un tema inabordable, por dos razones: una de ellas es que León Daudet, a causa de su violencia para el insulto y con harta frecuencia la calumnias, se ha acarreado muchas enemistades de esas que no perdonan. La otra es que la policía consigue siempre que se haga el silencio respecto de sus actos más sospechosos. "Hecho sintomático—escribía hace poco un distinguido periodista, en una corresponden-

último, un indulto oportuno le permitió a Daudet volver a Francia. Las protestas de algunos escritores, la energía inteligente de M. André Tardieu, produjeron esta decisión. Pero es cierto, por otra parte, que varios hechos penosos, imputables a la policía, y recientemente averiguados, han producido una disposición de los espíritus que hubo que tener en cuenta.

He aquí los hechos. Desde hace ya algunos años era visible que la policía intervenía más que antes en la instrucción de los crímenes. Eso se notó por primera vez en cierto asunto Mestorine. En una noche de interrogatorio sin interrupciones, hecho por la policía solamente, sin interven-

se trata de un hecho aislado, sino de un hábito prácticamente admitido. Esto es grave: es la antigua tortura, contra la que tanto protestara el siglo XVIII, y que por edictos reales se suprimió en 1780, que reaparece entre nosotros, restablecida por vías oblicuas, reinstaurándose secretamente. Es un acontecimiento en la historia de nuestras costumbres. ¿Qué explicación tiene esto?

Hay, sin duda, que hacer intervenir un doble orden de causas. Por una parte, está la fatiga de la administración oficial, un personal insuficiente, abrumado por el número de crímenes; está la traba, que entorpece las instrucciones de la ley demasiado liberal de



EL GENIO DE DAVID HERBERT LAWRENCE

HACE poco tiempo que D. H. Lawrence, una de las figuras más significativas de la literatura mundial, murió en Niza.

Su muerte fué una conmoción para quienes habían sabido apreciar la profundidad y la magnificencia de su notable talento. Lawrence era relativamente un hombre joven; la muerte le ha sorprendido a los cuarenta y cuatro años, cuando aun podían esperarse de él obras mayores de las que realizó. Para aquellos que discrepan de su concepto sobre la vida, de su manera sutil para escudriñar la subconciencia de hombres y mujeres, la muerte de Lawrence habrá representado algo semejante a un alivio. La brutal franqueza del autor de "Pornography and Obscenity"—un panfleto que fué el último trabajo publicado por el gran escritor—está lejos de complacer la convencional y caballerescamente inglesa. Sin embargo, los escritores que vieron en Lawrence uno de los talentos más brillantemente dotados de la presente centuria, que siguieron con interés la curva evolutiva de su penetración y de su examen interior de la naturaleza humana, piensan que su temprana muerte es una de las mayores pérdidas que ha sufrido la literatura inglesa moderna. Porque este hombre, que ha sido un genio, fué único. Al igual de tantas otras grandes personalidades británicas de las letras, Lawrence fué mejor comprendido y apreciado en el Continente y en América que en su propio país.

En Bandol, en medio de los encantadores olivos plateados, adelfas florecientes, perfumes de montes con tomillos silvestres y el incesante canto de las cigarras, en el Mediterráneo, transcurrieron los postreros años de su existencia; mientras su nombre llevaba el enojo y la furia a los corazones de los que se dicen respetables, suscitaba, por otra parte, la desconcertante admiración de quienes valoran sobre todas las cosas la sinceridad, el magnífico estilo de prosa inglesa, juntamente con la extensa y variada experiencia de la vida, hábilmente reflejada en novelas y versos profundamente conmovedores.

Respecto a su obra no ha sido posible adoptar ninguna actitud ecuaníme; la discusión violenta en pro o en contra de sus teorías ha sido y es regla corriente entre sus lectores. Sus partidarios consideran a este hijo de un minero de Nottingham como uno de las más poderosas figuras entre los escritores anglo-sajones modernos del mundo entero; aquellos que le rechazan se desahocen en vituperios sobre la misma, sobre sus brillantes estudios de psicología sexual y de análisis de las pasiones, sobre su absorto interés en el campo fascinante de las investigaciones freudianas. De esta suerte, cada libro de Lawrence era objeto de enérgicos ataques por parte de los que se titulan miembros sanos y normales de la sociedad, y contrariamente recibía elogios y muestras de admiración de los menos convencionales—cultos o presuntos intelectuales—, para quienes sus escritos eran como el maná cayendo del tumultuoso cielo literario.

Y en Bandol, en el hechicero Bandol que hospedó por una temporada a Katherine Mansfield (la exquisita criatura que es también una de las más sobresalientes escritoras del período de la postguerra, vivió este hombre extraño, cuya personalidad y cuyas obras dieron a la crítica tanto alimento para sus comentarios desde la aparición de su primera novela, "The White Peacock", impresa en la primera década del pre-

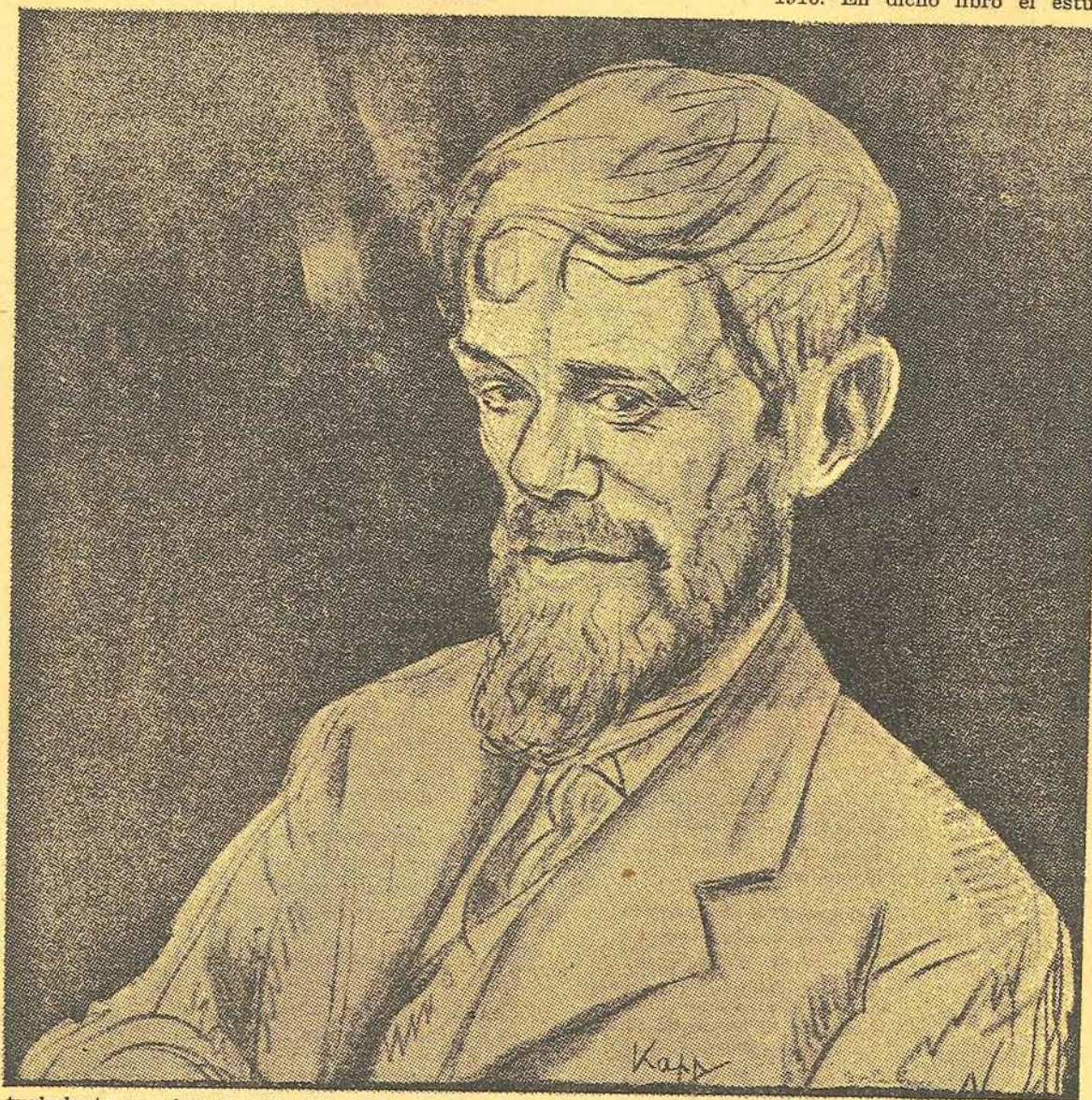
sente siglo. Más de una vez fueron censurados sus libros. "The Rainbow" determinó una algarabía entre los sentimentales y románticos, empecinados en atribuirse la razón; "Lady Chatterley's Lover", a pesar de haber sido privadamente impreso en el extranjero, fué confiscado en las oficinas de correos como materia obscena en caminata a corromper la moral pública. Scotland Yard confiscó parte del manuscrito de "Pansies", colección de pensamientos escritos en un emotivo verso libre. Mientras en Londres Lawrence presentaba una exhibición de cuadros de igual orientación—un esfuerzo poco feliz, hay que reconocerlo—, aquélla fué visitada por los guardianes de la moral para comprobar si su espíritu

LA LITERATURA INGLESA
Y LA OBRA DE ESTE
PROFUNDO ANALISTA

I
POR

HERMINE
HALLAM-
HIPWELL

compleja, consciente de sí esforzándose ya en penetrar los problemas de la vida y del sexo, de la sociedad y de la emoción, temas que fueron evolucionando hasta constituir el nudo de sus trabajos literarios cuando hubo alcanzado la edad madura.



David Herbert Lawrence. (Dibujo del caricaturista Kapp)

turbulento y obsesionado con el sexo no había infringido las leyes de la decencia común en sus extraños cuadros de hombres, mujeres y niños.

Extraño, misterioso, de rostro barbudo, con sus ojos pequeños que expedían la fría llama de las gemas, con su boca cruel de labios carnosos, con su sonrisa infinitamente triste y con sus frondosas cejas de genio, Lawrence tenía un aspecto realmente extraño. Vivía retirado, en las costas del Mediterráneo, riendo despectivamente a sus críticos y detractores, mientras escribía sus largas novelas repletas de expertos y amargos análisis sobre la obsesión del hombre, o bien componía versos de incomparable belleza sobre el maravilloso espectáculo exterior del mundo, como puede comprobarse en su magnífico volumen titulado "Birds, Beasts and Flowers".

No es difícil encontrar en los tempranos comienzos de Lawrence, en su vida entre los mineros de Nottingham, mientras trabajaba entre ellos, alguna clave de su adulta personalidad; su amarga misantropía, su desprecio, su intolerancia, tanto como el intenso deleite que experimentaba por la belleza del mundo, todo ello, en ocasiones, le impulsaba a escribir pasajes de una casi irresistible intensidad. No es necesaria mucha imaginación para figurarse al joven Lawrence. Fué un muchacho de psicología

Sus tempranas lecturas, su constante estudio de la Biblia (que ha influido sobre tantos escritores ingleses desde la primera publicación de la versión autorizada ocurrida en el siglo diez y siete), la lectura de Thomas Hardy, rasgos de cuyo estilo grandilocuente y rico talento descriptivo privilegiado se hallan en su prosa; de Walt Whitman y Robert Browning, y luego de Segismundo Freud; su técnica, la propiedad con que empleaba su léxico, su pasión por las descripciones coloridas y su odio por la simplicidad fácil le acreditan como escritor.

El joven Lawrence derivó su pasión a los pasajes descriptivos extensos, a un minucioso culto del detalle y a un gran amor por la naturaleza pomposa, partiendo de la poesía de los victorianos, de los versos sonoros y en ocasiones oscuros de Browning y de las coloridas concepciones de Hardy. Lawrence trasunta en todas sus obras más bien interés que amor a la naturaleza. La salvaje belleza de la escena montañosa de Cerdeña y el enervante hechizo de Italia le mueven a escribir pasajes que provienen de otras manos hubieran degenerado en lo insípido. Su claro talento, su profunda apreciación de la magnificen-

cia terrestre y sobre todo su acabado conocimiento de la prosa inglesa impidieron que incurriera en ello. A pesar de lo que digan sus detractores, describiéndolo con los términos más ofensivos como un maniático obsesionado por el sexo, ellos primero y luego todos los demás se ven obligados a admitir que era uno de los escritores modernos que mejor conocían la forma de emplear el lenguaje inglés a través de los laberintos de su sintaxis.

Este hábil dominio de la prosa y su facilidad descriptiva son muy perceptibles en uno de sus libros de menor orientación freudiana: "Twinlight in Italy", que contiene impresiones sobre Italia y que fué publicado por vez primera en 1916. En dicho libro el estu-

tos que penden en sus cruces a lo largo del camino! Puede tomarse como ejemplo la infinita, secreta y plástica belleza del Cristo de Bavaria; la misma esencia de la vida campesina; su firmeza, su finalidad están expresadas en la figura hermosamente proporcionada, aun blanca y tiesa, del Redentor. En el Cristo sangrante de las montañas austriacas, en la pequeña figura envuelta en una capa roja de franela, con ojos que reflejan la desesperanza y con labios de rictus trágico, está esculpida la tristeza del alma que solloza. "¿Qué sucede, pues?" El Cristo v. a. es, elegantemente viril y de apariencia casi necia; el terrible Jesucristo de la garganta de Klamm, en cuyos ojos y en cuya boca está el sello del cansancio eterno y de la desilusión apasionada y, finalmente, el Jesucristo caído de Merán, yaciendo entre la nieve en medio de círculos blanquecinos, con los brazos arrancados de sus hombros, olvidado y desprovisto de abrigo, pero aun poderoso y Dios.

En este corto ensayo, Lawrence desarrolla sus brillantes cualidades de escritor y de pensador. En él no existe la estéril descripción de la manifestación externa de las cosas—Lawrence ha odiado sobre todo la esterilidad intelectual—, sino una introspección sumamente profunda de lo más íntimo del paisaje: el infinito glacial, encantador en su conjunto de las montañas bávaras cubiertas de una túnica de nieve o el obscuro misterio de la garganta de Klamm. Y cuando este examen interior es aplicado no a los crucifijos que se levantan sobre las márgenes del solitario camino, ni a las manos piadosas de los campesinos que los colocaron, sino a los más complicados motivos y creencias de hombres y mujeres educados y semieducados, a sus amores y a sus odios, al misterioso operar de sus subconciencias, es cuando verdaderamente se revela como un espíritu maestro. Sus novelas "Sons and Lovers", "The Rainbow", "Women in Love" "Aaron's Rod", en todas las cuales se agitan conflictos sexuales y mentales de hombres y mujeres, la búsqueda de la culminación del ego, son el fruto de un profundo estudio de las teorías de Freud y de la directa y libre aplicación de las mismas a los problemas y a los vicios de la vida moderna. Principalmente, la obra de Lawrence como novelista se reduce a esto: atrae al estudiante de psicología y al pensador imparcial que extiende su vista serenamente sobre el mundo contemporáneo, pero arroja al frenesí al hombre descentrado vulgar, al hombre que prefiere los hospedajes vedados y el imperio de los temores sexuales, al hombre que encuentra

dante de la naturaleza, que escudriña y atisba en la lejanía, aparece en su mejor aspecto. ¡Cuán profunda fué su interpretación de los crucifijos situados en la carretera imperial que va de Munich a Verona, cruzando el Tirol, a través de Innsbruck y Bozen! ¡Con cuánta clarividencia analizó el carácter de los diferentes Cris-

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Ud. está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Ud. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puede darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escribame sin demora, y a vuelta de correo, recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídale ahora mismo, a **S. MORASSUT** (ESPECIALISTA)
SARMIENTO 1584 **ROSARIO (Argentina)**

motivo de diversión en una historia realista, y que considerándose persona íntegra, aun tiene la impudicia de hallar en la viril descripción de la fuerza vital de Lawrence y en las aberraciones de la lujuria, solamente material para burladores infames y escandaloso espanto en la "repugnante franqueza" de este literato que desgarró tantos velos del convencionalismo y aguzó la falacia de innumerables bajos conceptos humanos".

"Sons and Lovers", considerada por muchos no únicamente como la más hermosa de las novelas de Lawrence, sino también una de las más salientes novelas modernas cuya tendencia es autobiográfica, es la historia de Pablo Morel, el niño del minero, hijo de un hombre tan hermoso como extraordinariamente falto de voluntad. La señora Morel administra enteramente su familia; trabaja y se esclaviza por los demás, jamás descansa. Lo que al principio era tierno amor a su esposo, cambióse primero en odio y luego en un sentimiento de fría indiferencia. Entonces transfirió el amor a su hijo Pablo, cuya alma está estrechamente ligada con la de su madre, como parte integrante de la misma, espíritu de su propio contrariado espíritu; bajo su hechizo vigoroso le domina hasta el punto de que lejos de ella es incapaz de hallar el complemento que su perturbada adolescencia ansia. El fondo de "Sons and Lovers" se refiere a su búsqueda, a su vana búsqueda, en los brazos de su novia y luego en su esposa, que le ama, para cumplir el destino que proporcionará descanso y tranquilidad a su alma turbada y transida.

Pablo, hermoso y sensible, crece en medio de las bellezas y fealdades de la región minera—la fealdad hecha por la mano del hombre—y la belleza, que no puede ser negada, de las floridas tierras de Inglaterra. Apuesto, inteligente y amable, Pablo es uno de los más atractivos caracteres de Lawrence, y los lectores siguen con interés su trayectoria desde la tímida desarticulada infancia hasta la encantadora, más bien orgullosa y reservada niñez e inocente juventud, interés que está matizado a la vez de simpatía y de tristeza. Porque Pablo es el hijo y amante típico, sufriendo bajo el complejo de Edipo, afanándose y soñando alcanzar la fama por el recuerdo de su valiente madre con ojos azules y hablar cáustico.

Y el lector agradece la sinceridad y la belleza de la manera expresiva peculiar de Lawrence. Se impacienta cuando Pablo momentáneamente se aleja de su madre para enamorarse de Myriam, la mística y sen-

anochecer. En estos primeros capítulos está pintada con pincelada maestra e inolvidable el retrato de Myriam en toda su juventud, belleza y cautivadora inocencia, tal un ángel en una anunciación forjada por las ma-

go extraordinario aconteciese e hiciera explosión sobre su mundo. Hubo un silencio dentro y fuera de la casa. Myriam parecía un personaje de algún cuento visionario, una doncella en su cautiverio, soñando con una

rey Kophetua. Repentinamente dióse cuenta que los ojos dulces y celestes estaban fijos en ella, envolviéndola. Lamentó que se hubieran percatado de todo. El notó que las medias de ella estaban arrugadas. Enro-

jeciéndolo vivamente, entró rápidamente en el lavadero. Después, mientras trabajaba, sus manos temblaban ligeramente. Por poco deja caer todo lo que llevaba. Cuando su sueño interior se agitaba, su cuerpo se estremecía con violencia. Sentía que él hubiera visto tanto".

No obstante, mucho más tarde, a los bordes de la rendición, a punto de caer en la pura pasión física, Pablo escribe a Myriam: "Yo puedo darle un amor espiritual; se lo he tributado hasta ahora y desde hace largo tiempo, pero no una pasión material."

Usted es una monja. Le he dado todo lo que podría ofrecer a una sagrada monja: como un monje místico a una mística monja. Indudablemente, lo apreciará más. Quizá lo lamenta; no, lamenta lo otro. En todas nuestras relaciones nada material interviene. No le hablo a través de los sentidos; lo hago más bien por intermedio del espíritu. Por esto nosotros no podemos amar en la acepción lata. Nuestro afecto no es el de todos los días. Como aun somos mortales y el vivir uno cerca del otro sería terrible, no puedo ser trivial con usted durante largo tiempo, y usted comprende que mantener siempre alejada esta ansia mortal sería perderla..."

Esto es típicamente idealista y juvenil, característico del primer amor, tan delicado y romántico y lleno de temores de la realidad. Pero la virilidad de Pablo no sería desmentida; My-

rian se entrega a él y durante una feliz semana, en una solitaria casita situada en un bosque tupido, ambos pretenden

(Continúa en la pág. 31)

Después del Quebracho Herrado, Según la historia lo escribe, Persiguiendo a Juan Lavalle Va ese general Oribe.

Así en contraste tan rudo Negó la suerte a aquel bravo Los laureles que hasta entonces Conquistó sin menoscabo.

Porque donde entra Lavalle, Para qué te quiero, gloria, Si no es para hallarle justa Consonancia a la victoria.

Pero esa vez la desgracia Le había llegado a él también. Ya no iba a hallar en el mundo Tregua, acierto ni sostén.

Derrotado marcha al Norte Juan Lavalle el temerario, Sembrando la caballada, El parque y hasta el vestuario.

No deja el camino real, Y aunque no exige hospedaje, Va requisando en las postas El ganado y el carruaje.

Dicen que por Río Seco, Tirado en una berlina, Pasó sin dejarse ver, Con su escolta correntina.

Dios le ayude, porque Oribe, El mejor de sus rivales, Manda lo más aguerrido De las tropas federales.

Por capaz y diligente Se las ha confiado Rosas, Y don Juan Manuel, en esto, Sabe arreglar bien las cosas.

Cada división de aquellas, Monta caballos de un pelo. Y en el porte y disciplina Cada soldado es modelo.

Llevan punzó el chiripá, Chaqueta y goma de manga. No le faltan los enabados Hasta al de más morondanga.

Son veteranos de aquellos Que al entrar en la pelea, Por dragona de los corvos Suelen prender la manea.

Y hastacuentan que en las cargas Se ha visto más de un barbudo Que para andar sin estorbo Con las barbas hizo un nudo.

Es de verlos cuando avanzan Con un empuje tremendo Entre el polvo y la humareda Como un pajonal ardiendo.

Mas los de la otra divisa Topan esa llamarada Como las olas azules Que encrespa la marejada.

Cada cual un elemento Con su color representa. Todos argentinos son, Saquen ustedes la cuenta.

sual hija de un labrador, y luego de la lasciva, demoníaca y descontentadiza Clara. Hasta los capítulos relativos al despertar del amor consciente y normal en el joven son intuitivos con belleza, no solamente la belleza de los sentimientos, sino de todas las cálidas ansiedades propias de la pasión naciente están representados en los primeros encuentros con Myriam, con lo cual contrasta la natural reacción del lazo que ligaba la psicología de Pablo con su madre en esta nueva emoción que perturba su lealtad para con ella, sino también los perfumes y sonidos; un capullo de rosa en flor en la púrpura sangrienta del crepúsculo; las flechas de resplandor de hermosas estrellas que atraviesan los plomizos cristales de un

nos de Botticelli. Lawrence describe en esta forma el primer encuentro de Pablo con Myriam:

"Myriam preparaba la cena. Pablo vigilaba todo lo que sucedía. Su rostro era pálido y delgado, pero sus ojos eran vivos y brillantes, como siempre. Miraba la extraña y casi rapsódica manera con que la moza caminaba al llevar un recipiente al fuego o al vigilar la cacerola. La atmósfera era distinta de la reinante en su casa, donde todo parecía ordinario y miserable. Cuando el señor Leivers gritó fuertemente ahuyentando el caballo que estaba acercándose al jardín con la probable intención de devorar los capullos de rosas, la joven se sobresaltó, miró a su alrededor con ojos negros, como si al-

tierra mágica y muy lejana. Y su viejo y descolorido vestido azul y su calzado roto se asemejaba a los románticos harapos de la doncella mendiga del

rean se entrega a él y durante una feliz semana, en una solitaria casita situada en un bosque tupido, ambos pretenden

(Continúa en la pág. 31)



Esa es guerra de la grande, Y en aquel juego funesto, El que no echa vale cuatro Canta contra flor y el resto.

Acaso alguno desdeñe Por lo criollos mis relatos. Esto no es para extranjeros, Cajetillas ni pazguatos.

A las cosas de mi tierra, Tal como son las divulgo. No saboreará el pastel Quien se quede en el repulgo.

II

Apenas la villa ocupa La vanguardia federal, Pone en la plaza el banquillo De la pena capital.

Así entonces lo estilaban Los ejércitos, señores, Para terror de enemigos Y escarmiento de traidores.

Con que al toque de retreta, Se echa bando por pregón, De que un desertor, mañana, Sufrirá su ejecución.

No bien raya el nuevo día, Todo el pueblo acude a ver. Si no se ha quedado un hombre, Menos falta una mujer.

Había corrido la voz Que el reo era un lindo mozo,

Medio de mala cabeza, Pero de muy buen carozo.

Que conforme con su suerte Y sin mostrar ningún susto, Se portó esa última noche De guapo que daba gusto.

Porque acordadas tres cosas A aquel que se halla en capilla, Sólo pidió una guitarra, La guayaca y una silla.

Que por cifra les compuso, Y en décimas, una glosa Sobre esta copla asentada Por una mano piadosa:

"Preso y sentenciado estoy," "No tengan pena por eso," "Que no soy el primer preso" "Ni dejo de ser quien soy."

Y que hasta bailó una cueca Que audaz llamó "la del bando". Con la mujer del sargento Que le hizo el gusto llorando.

Porque era mozo tan ágil Y delgado de tobillos, Que se arregló soliviando Con una faja los grillos.

Mire que es fatalidad Venir así a errar la huella. Mire que haya quien desniegue Esto de la mala estrella.

LEOPOLDO LUGONES

ILUSTRACION DE HECTOR BASALDUA

Esto de la mala estrella Contiene mucho argumento. Mas por hoy, señores míos, Hay que seguir con el cuento.

III

Ya el reo se halla vendado, Y ante tropa y concurrencia, Se echa por última vez El pregón de la sentencia.

Que habiendo correspondido Consejo sobre el tambor, Resuelve que así se cumpla El comando superior.

Que por su artículo tal, La ley con rigor ordena Que al desertor en campaña Se aplique la última pena.

Pero que si una mujer Por marido lo pedía, En prisión aquel suplicio Conmutado le sería.

Es que en su misma dureza, Compasiva la ordenanza, Querrá acordarle al amor Aquella última esperanza.

El caso es que para el reo No fué el destino tan cruel. Porque una dijo que estaba Pronta a casarse con él.

La que a esa carta perdida Se juega de tal manera. Es, con sorpresa de todos, Na Justa la pastelera.

Parda jamona, y de yapa, Bizca por su mala suerte, Aunque todos reflexionan Que al fin más fea es la muerte.

Y que un culpable indultado, A quien la cárcel aguarda, No va a andarse con melindres Sobre si es negra o es parda.

Ella le hace caridad, Porque al fin es un suicidio Pasar la vida esperando A la puerta del presidio.

Con lo cual bien los asombra Cuando ruega muy entero, Que los ojos le desaten Porque quiere ver primero.

Y en cuanto echa su vistazo, "No me conviene la prenda" Dice con resolución Y vuelve a pedir la venda.

Recibió sus cuatro tiros Dándose por satisfecho, Y así la pobre ña Justa Sufrió el último despecho.

Misericordia por esperanzas Ella buscó decidida. Y al rigor de la fealdad El sacrificó la vida.

No sé qué crearán ustedes, Mas yo tengo para mí, Que merece algún respeto Quien supo morir así.

Kola Cardinette

el tónico universal que prevendrá a su organismo contra los cambios de temperatura.

Su sabor es muy agradable.

Es el que más recetan los médicos.

Tonifica y Sustenta.

The Palisade Mfg. Co. — Yonkers, New York, E.U.A.

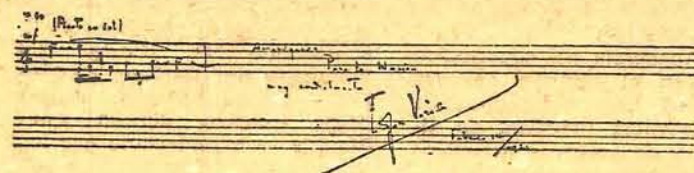
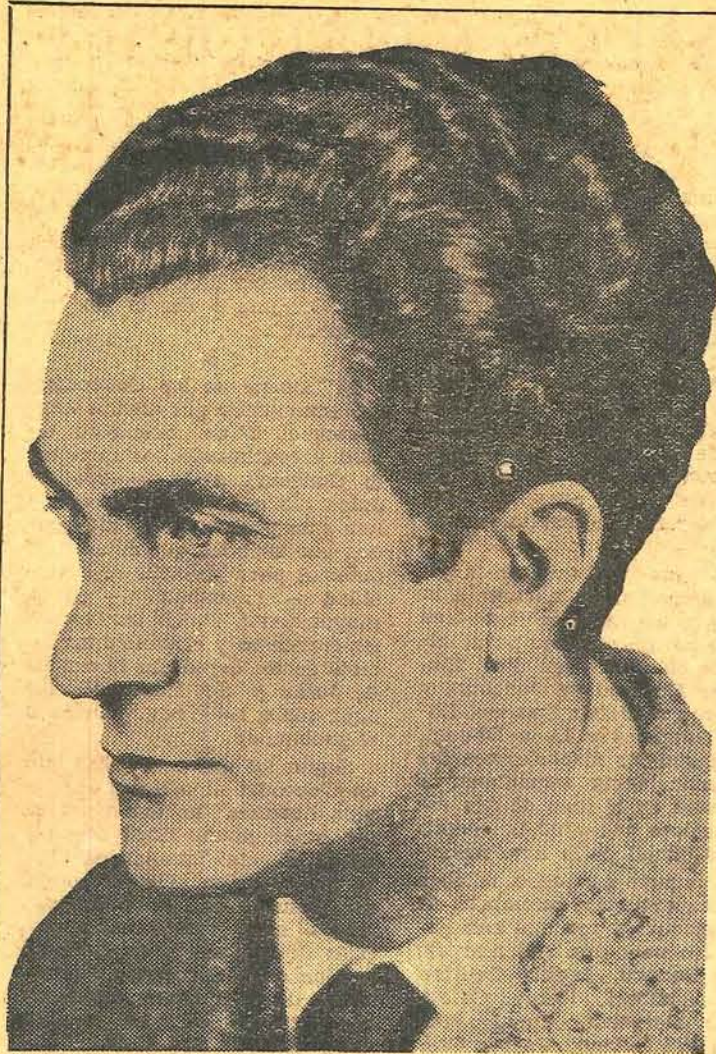
Por JOSE ANDRE

(Para LA NACION)

PARIS, marzo de 1930.

POCO antes de la guerra era una silueta familiar por los cafés de Montparnasse la figura de Edgar Varèse. Alto y fornido, buen mozo, paseaba su persona y su indumentaria peculiar por los sitios más frecuentados del "quartier", siempre con alguna partitura envuelta bajo el brazo. Se decía que era un extraordinario músico, un compositor de vanguardia, un loco. Se referían anécdotas pintorescas sobre su vida. Había vivido en Praga y en Berlín. Se elogiaba el valor de su producción, pero nadie había oído una sola nota. Era algo así como el músico desconocido. Vino la gran hecatombe y Edgar Varèse, como los demás, cumplió con su deber. Desapareció de Montparnasse y nada más se supo de él. Un buen día, después de la paz, se dijo que Varèse había anclado en Nueva York. Este ciudadano francés, con viejas raíces en la Borgoña, parisiense de nacimiento y hasta primo del pianista Cortot por más señas, se había convertido, allí, en el campeón de la música ultramoderna. Sus teorías y sus obras, que recién comenzaron a ejecutarse, eran objeto de las más violentas polémicas. Sus audiciones terminaban, por lo general, con escándalo. Pero el escándalo era un estímulo para Varèse. Apoyado por elementos de prestigio, multiplica las audiciones, no sólo de sus obras, sino de compositores franceses y americanos. Funda entonces la International Composers' Guild, la primera organización en los Estados Unidos consagrada exclusivamente a la música moderna, sociedad que en poco tiempo revelaba la obra de cincuenta y seis compositores de catorce nacionalidades, bajo la dirección de Salzedo, Goossens, Klemperer, Reiner, Stokowski y el propio Varèse. Otras asociaciones solicitan el concurso de este gran animador. Así la American Society for Cultural relations with Russia lo elige presidente de su comité musical, y otro tanto hace la Pan American Association of Composers. En poco tiempo, pues, Edgar Varèse había adquirido en la América del Norte una notoriedad sorprendente por su acción y por su obra. Esta, sin embargo, es relativamente limitada. El autor es de esos artistas que piensan que para que las obras perduren hay que hacerlas con la ayuda del tiempo.

Edgar Varèse estudió en la Schola Cantorum con Vincent d'Indy, de 1904 a 1906. Allí conoció a nuestro compatriota el compositor Ricardo Rodríguez, a quien recuerda con afecto. Trabajó el contrapunto con Albert Roussel y luego siguió los cursos de Widor en el Conservatorio de París. Debussy fué uno de sus amigos más fieles. Formó entonces el Coro de la Universidad popular para obreros, que interpretaba todo el repertorio clásico. Poco tiempo después se traslada a Berlín y encuentra el apoyo caluroso de Strauss, Muck y Mahler. Allí funda la Symphonischer Chor para revelar los motetistas. Esta misma organización interviene en las representaciones de Max Reinhardt. Luego residió en Praga, donde puede decirse que se inicia en la dirección de orquesta, que debía practicar más tarde en forma intensa en los Estados Unidos. Pero Edgar Varèse, como todos los creadores que tienen una palabra nueva que decir, es, sobre todo, un



Retrato y autógrafo de Edgar Varèse

producto de la reflexión y el estudio propios. Ha compuesto para orquesta "Tres piezas", "Chansons des jeunes hommes", "Rhapsodie romane", "Prélude a la fin d'un jour", "Bourgeoisie Mehr Licht", "Gargantua", "Les cycles du nord", "Ameriques" y "Arcana"; para pequeña orquesta, "Hyperprism", "Octandre", "Intégrales" y "Offrandes". La guerra interrumpió su colaboración con Hoffmaensthal en una obra titulada "Oedipus und der Sphinx". Sobre un poema de Alejo Carpentier escribe actualmente la "Canción de la niña enferma de fiebres" para soprano y orquesta, y con este mismo poeta cubano trabaja en el texto de un milagro que se llamará "The one all alone".

Después de más de diez años de ausencia reapareció el año pasado por las calles de Montparnasse Edgar Varèse. Ahora se sabía que había trabajado bien y mucho en los Estados Unidos en favor de la música moderna y, como es natural, en particular por sus compatriotas de nacimiento, porque Varèse había adoptado la ciudadanía americana. Se conocían y se enumeraban los títulos de sus obras. Se comentaban los aplausos y los silbidos. Había explicable expectativa por oír algo de "todo" eso. Vino el momento. Gastón Foulet, el joven y animoso director que allí conocimos, se atrevió con los toros. Y fué así como, entre un "Concierto" de Mozart y una "Balada" de Fauré, en compañía de "Amazonas" de Villa Lobos, lanzó, como un petardo, las "Ameriques", en un concierto en la Sala Gaveau. Sólo se recuerda en París otro escándalo igual al que se produjo: el estreno del "Sacre du printemps" de Stravinsky. El público formó un imprevisto y formidable coro de silbidos y gritos. Hubo peleas y golpes entre admiradores y detractores. Epílogo: varios contusos y media docena de personas "au poste de police". Un éxito como en vano lo buscan muchos

compositores... Pero, a través de esa batalla, la crítica pudo vislumbrar cualidades extraordinarias en la obra de Edgar Varèse. Se elogió unánimemente la potencia de su dinamismo, "magistralmente y científicamente organizado", decía Jules Cassadessus. Se habló con entusiasmo de la audacia de su orquestación. Alejo Carpentier resumía así su impresión: "Ante el cataclismo que provoca en esta partitura un solo casi pastoral, recordamos las trompetas milagrosas que volteaban las murallas. Nuestros prejuicios críticos se derrumban. A pesar nuestro, nos sentimos arrastrados por una ronda cósmica donde entreveremos imágenes caras a nuestros ideales modernos. Torbellinos de tifón alternan con sordas y casi estáticas percusiones subterráneas. Una atmósfera tropical, pesada, se superpone a la transparencia de altas cimas. Es música implacable como una catástrofe. Y cuando se calla nos miramos con espanto como cuando en los trópicos acaba de pasar un huracán que ha arrasado una ciudad." Contrariamente a lo que podría suponerse, en "Ameriques" el autor no trata de traducir o exaltar la vida prodigiosamente activa del Nuevo Mundo. El título tiene tan solo el valor de un símbolo. Pretende despertar ideas nuevas, horizontes libres, así como en el Renacimiento la imaginación de los aventureros los llamaba hacia América, símbolo de nuevas esperanzas. En cuanto a la realización de esta partitura, escuchemos al propio Varèse como nos explica su concepto. "En mi música, nos dice, lo que busco son los planos, los volúmenes y las masas sonoras. Tengo acordes que Arthur Hocrée ha llamado rascacielo porque comprenden una gran extensión entre el bajo y el superagudo, basados en la especulación de las distancias, y que, partiendo de un pianísimo, alcanzan en el espacio de un segundo volúmenes sonoros imprevistos y estallan literal-

EDGAR VARESE Y LA MUSICA DE VANGUARDIA

mente. Mi lenguaje es netamente atonal, aunque ciertos temas, ciertas notas repetidas, a la manera de tónicas, constituyen ejes alrededor de los cuales vienen a aglomerarse las masas sonoras. De este modo el desarrollo se hace poco a poco por la repetición de ciertos elementos que se presentan siempre bajo aspectos diferentes, y el interés se mantiene por la oposición de los planos y la movilidad de las perspectivas. Si los temas reaparecen, ocupan siempre una función distinta en un nuevo medio (los volúmenes). Para la interpretación de este nuevo concepto de la música orquestal habrá que modificar también los elementos actuales. Hasta hoy se necesita el ejecutante y el director. Es decir, el intermedio entre el creador y el oyente. Lo más frecuente ahora es que el intérprete, aun el de mayor talento, haga la función de una lente deformadora, porque proyecta, casi siempre alterado, sin mala intención, lo reconozco, el pensamiento del autor, lo cual es lógico, desde que ciertos aspectos de la obra, pero no todos, se hallan más cerca de su temperamento. La orquesta, tal como existe, es un contrasentido. Los bajos son débiles y el agudo es muy limitado. Con aparatos eléctricos se pueden agrandar los registros, en el agudo hasta dos, tres o más octavas, teniendo en cuenta el límite de percepción humana. Creo que el compositor, con las maravillosas invenciones actuales, podrá escribir su partitura en una notación convencional, fuera del sistema temperado (aunque éste podrá figurar en la producción si lo cree conveniente), en la cual los sonidos se producirán a cualquier frecuencia o intensidad. Y cuando esa partitura esté escrita, con ponerla sobre un aparato transmisor y apoyar sobre un botón, la música será "producida" y no "interpretada". Tomemos, por ejemplo, un violoncelo. Tiene como energía un watt, pongamos. Pero con un pequeño aparato que podremos llevar en el bolsillo, produciría millares... Cuando agreguemos a nuestras fundamentales, series de armónicos determinados por las necesidades de la obra, llegaremos a obtener sonidos individuales o combinados de calidad y riqueza de timbres insospechadas. Podremos alcanzar intensidades, en la fuerza o en el piano, ilimitadas. Mediante la colocación de difusores será posible subdividir el sonido y dar, por las emisiones que partirán de distintos puntos de la sala, esta realización de planos, volúmenes, masas, perspectivas y proyecciones que se encuentran ya en la gráfica de mis partituras, pero que no se pueden obtener con la orquesta y los límites acústicos actuales. Estas nuevas posibilidades, que se están estudiando seriamente en los Estados Unidos, darán, desde un punto de vista real, el sentido del espacio, del movimiento y del relieve acústico. Además, la producción mecánica tendrá la ventaja de ser silenciosa, ningún ruido de ataques, frotamiento de cuerdas, etc., el sonido puro. Así escrita la música por el compositor y con la colaboración del intérprete, que será el ingeniero, el impresor si usted quiere, la obra podrá difundirse por el mundo entero, llevando fielmente la concepción del creador. Y Edgar Varèse se sienta al piano y hace algunas demostraciones sobre este concepto de la producción, que son toda una revelación sobre las posibilidades futuras de la música.

Aprovecho para interrogarlo

sobre el movimiento contemporáneo. Creo, me dice, que la música entra en una nueva faz, y era tiempo. Por las perspectivas que la ciencia le trae, puede decirse que estaba en la infancia, ya que la ayuda de la ciencia permitirá al compositor la realización de cualquier concepción que el sistema temperado limitaba hasta hoy. Soy el primero en reconocer el valor de los grandes maestros del pasado y lo que de ellos conocemos debe servirnos, precisamente, para seguir adelante. Encuentro pueril el retorno a cualquier época, período o maestro. Tomemos, por ejemplo, el retorno a Bach, tan de moda hoy. Bach era un hombre que sintetizó todas las épocas hasta él, las resumió y con el apoyo formidable de su genio nos dio las obras que conocemos. Pero se equivocan los que ven en Bach un punto de partida, porque era, en realidad, el final de un período. Cerró las puertas de oro de una época. Y la mejor prueba es que el desarrollo posterior, cronológicamente, de la música, fué la forma homófona con su culminación en Mozart. Si hubiéramos de recordar un hombre que abrió puertas, éste sería Beethoven, quien a partir de la tercera Sinfonía inicia el romanticismo. El neo-clasicismo es imposible en este sentido. No se "hace" clásico. Todos los revolucionarios han sido, después, clásicos. Es imposible producir clasicismo; se hace academismo entonces. El pasado debemos conocerlo, poseerlo y amarlo, pero debemos hacer otra cosa y, sobre todo, amarlo penetrando en su contenido emocional. Para mí no hay arte antiguo ni moderno. Hay arte que vive en el presente. En toda época y en cualquier obra, hablo de las grandes, los mismos principios y los mismos elementos son comunes a todos. Y el oyente los encuentra siempre, en cualquier época, aunque bajo distintos aspectos a causa de los medios empleados para expresarlos. Estos medios varían según el momento y las circunstancias. Y ello prueba la vida implacable.

(Continúa en la pág. 41)

USE UD. IODEX



PARA granos, diviesos, úlceras y otras afecciones cutáneas. Las alivia en muy poco tiempo. Excelente para tez tierna, porque ni irrita ni quema.

Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.

MENLEY & JAMES, LTD.
70 West 40th St., Nueva York, E.U.A.

EN TORNO A LOS GONCOURT



Edmond de Goncourt

TODOS los años, en el mes de diciembre, los escaparates de las librerías de París están atiborrados de volúmenes blancos, grises, verdes... en cuyas fajas puede leerse la inscripción siguiente: "Prix Goncourt 19...". Los Goncourt han abierto una vez más, el camino de la popularidad — y quizás de la gloria — a un joven escritor. Tales fueron, por lo demás, sus propósitos al crear la conocida recompensa literaria otorgada por la Academia instituida también al efecto. Merced al premio Goncourt el nombre de un escritor se hace popular en pocos días y su obra adquiere una difusión que no ignoran los editores. Ahora bien, la obra novelesca de Jules y Edmond de Goncourt — esa obra maravillosa tejida con trozos de la realidad misma — su obra histórica — esos delicados apuntes de la vida del siglo XVIII — su obra de crítica de arte, en fin —, de una visión tan fina y clarividente — no ha logrado despertar el interés que el más insignificante de los "premios Goncourt" suscita en el gran público. ¿Por qué razones?

La primera, en mi sentir, es el gusto refinado y la manía preciosista de los autores de "Germinie Lacerteux". La misma tendencia que les impulsaba a la busca del "bibelot" raro o de tal o cual producción de arte japonés, traducíase, en literatura, por la expresión inesperada y artificial, de factura artística irreprochable casi siempre, aunque rebuscada y de creación un tanto difícil. De aquí una cierta fatiga del "lector medio", que permanece sorprendido ante el neologismo extraño o el giro incorrecto,

por exceso de preciosismo. La impresión realista del cuadro no está acompañada, para él, del léxico que en su opinión conviene a tal pintura. Por esta razón Zola ha penetrado más profundamente en el corazón del pueblo. El preciosismo del lenguaje constituye, en efecto, una barrera infranqueable para el lector medio. ¿Es un bien? ¿Es un mal...?

Sin embargo, no debe atribuirse exclusivamente a la manía preciosista la escasa difusión, en el público, de la obra de los Goncourt. Téngase en cuenta que el lanzamiento literario — ¡la terrible enfermedad del día! — no se conocía en la época del famoso "granero" de Auteuil. Ningún editor ha "trabajado" la publicación Goncourt como el nombre de los dos hermanos admirables ha servido la de un joven escritor recién llegado de un rincón de una provincia francesa. Se me dirá que otros escritores de la época de los Goncourt — Zola, Alfonso Daudet — han conocido una notoriedad bien superior a la de los fundadores de la "Academia de los Diez" y que, en fin de cuentas, la Academia y el premio han sido dos excelentes medios de propaganda póstuma organizada por sus mismos fundadores. En todo caso, el hecho es evidente: el público conoce mejor el premio Goncourt que la obra de los Goncourt. Y ello es de lamentar.

En fin, lo que ningún escritor, sea cual fuere su tendencia, pondrá en duda, es la perfecta honradez artística de los dos hermanos, que quisieron conciliar un realismo crudo y terrible con una elegancia de expresión que raya en lo buscado y artificial por exceso de preciosismo. Y eso en toda su obra, de "Germinie Lacerteux" a la "Fille Elisa". Sin embargo, Edmond de Goncourt, el verdadero realizador de los proyectos literarios esbozados en unión de su hermano Jules, no debió soportar fácilmente los éxitos literarios de algunos autores afortunados. Y quizás nació de este modo la Academia Goncourt.

En un artículo de Ernest d'Hervilly, aparecido en el "Bien Public", del 23 de junio de 1882, se anuncia, por primera vez, la fundación de una academia literaria que llevará el nombre de los Goncourt. A la muerte de Edmond de Goncourt (1896), la academia en-

contróse por fin constituida si no de hecho (pues los herederos de Jules y Edmond la atacaron en un proceso célebre, ganado por Raymond Poincaré, consejero jurídico de la compañía), de derecho, puesto que, de los diez sillones académicos, siete fueron atribuidos a León Hennique, Gustavo Geffroy, J. K. Huysmans, Paul Margueritte, Octave Mirbeau, en fin, J.-H. Rosny senior y junior. La fecha oficial de la constitución de la Academia Goncourt se remonta al 10. de marzo de 1900. Se trata, pues, de una amable dama de treinta primaveras.

Los siete miembros de la joven compañía, dedicáronse a la busca y captura de los tres asociados necesarios para alcanzar el número de diez, fijado por Edmond de Goncourt y eligieron a Elemir Bourges, Lucien Descaves y León Daudet, que según las disposiciones del fundador, debía reemplazar a su padre en el caso de que este muriese antes de la constitución oficial de la Academia.

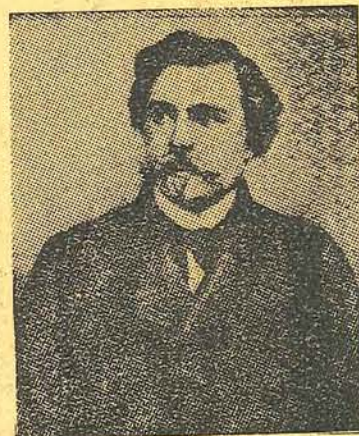
La muerte ha hecho su obra nefasta entre los miembros de la Goncourt y por ella han pasado (o son aún miembros): Jules Renard, Judith Gautier, Jean Ajalbert, Henri Céard, Emile Bergerat, Raoul Ponchon, Pol Neveux, Gaston Chéran, Georges Courteline y Roland Dorgelés.

La Academia así constituida debía, en el espíritu de sus creadores, hacer una obra de independencia literaria, de libertad y de progreso artístico; debía, además, otorgar un premio anual de cinco mil francos a un escritor joven, como recompensa de una obra novelesca original y de tendencias nuevas. Edmond de Goncourt se aseguraba de este modo la notoriedad que le faltó en su época. (Parece fuera de duda que la popularidad de Zola llegó a despertar la envidia del viejo Goncourt; ¡envidia atizada quizás por oficiosos intermediarios!...) En fin, si la Academia Literaria fundada por

Edmond de Goncourt puede considerarse como una justa reivindicación del derecho a una cierta notoriedad póstuma, el "Diario de los Goncourt" es la confesión oculta de esta reivindicación. Pero esto nos conduce a hablar del "Diario de la vida literaria o Diario de los Goncourt".

El "Diario de los Goncourt" fué comenzado por ambos hermanos el 2 de diciembre de 1851 y continuado por Edmond de Goncourt a la muerte de Jules (1870). Nueve volúmenes han sido publicados. ¿Qué pueden contener los que están aún inéditos para suscitar la curiosidad — ¿malsana? — de la mayor parte de los intelectuales franceses y el pánico invencible de los herederos literarios de Jules y de Edmond? He aquí cómo está hoy planteado el problema:

Según los deseos de Edmond de Goncourt el "Diario de la vida literaria" no debía ver la luz hasta veinte años después de su muerte. Transcurrido este plazo, dicho "Diario" podría ser consultado y publicado. Ahora bien, veinte años después de la muerte de Edmond de Goncourt, el corazón y el cerebro de todo francés estaban concentrados en una palabra simbólica: Verdun. Había que esperar el fin de la guerra. Llegada ésta, el problema de la publicación del "Diario" fué planteado por muchos escritores — León Deffoux, André Billy, nuestro llorado Paul Souday — y rechazado por los "Diez", que se negaron a publicar el manuscrito por temor al escándalo. El ministro de Instrucción Pública interviene como árbitro y decide la no publicación del "Diario". Los espíritus se exaltan; polémicas de prensa; palabras gruesas y, en fin, en vista de que la Academia, amparándose en la decisión del ministro, no consentía la publicación, los herederos de Zola reclaman las cartas, escritas por el autor de los "Rougon-Macquart" a los hermanos Goncourt. Como las cartas no constituían una parte del "Diario", los herederos de Zola obtuvieron satisfacción. El camino así trazado, mi amigo Georges Normandy, administrador de la obra de Jean Lorrain, reclama a su vez la correspondencia del exquisito cronista. Esta correspondencia se publicará quizás un día, pero, en todo caso, y según los más autorizados augures de la Aca-



Jules de Goncourt

mia, amparándose en la decisión car acaso, si desde su tumba normanda pudiera escribir, por qué la publicación del "Diario de los Goncourt" despierta tan serios temores. ¿No fué, en efecto, Jean Lorrain, en unión de Octave Mirbeau, uno de los más "activos" confidentes de Edmond de Goncourt? Ahora bien, la fantasía desbordante de Jean Lorrain es demasiado conocida para no suponer que en sus confidencias hubo una gran parte de "historia contemporánea novelesca". ¿Qué podrá contener el "Diario de los Goncourt"?

En espera de su publicación y a pesar de los ataques de la izquierda y de la derecha literarias, los "Diez" se reúnen, una vez al mes, en un gabinete particular del restaurante Drouant. Discusiones literarias, asuntos privados de la Academia y, en la comida de diciembre, designación del premio Goncourt.

El premio Goncourt no es hoy lo que el autor quiso crear: una ayuda económica a un principiante de talento y, sin embargo, en esta terrible carrera en pos de los premios más o menos oficiales, es acaso el único que confiere una autoridad especial y el que consagra un valor literario. De Duhamel a Maurice Bedel, de Francis de Miomandre a Marcel Proust, de Claude Farrère a Henri Béraud, puede decirse que el premio Goncourt, al confirmar un valor literario indudable, ha afianzado su prestigio y ha consolidado su importancia, de tal manera, que el premio de la novela, el único, "¡el premio!" es el premio Goncourt.

Y eso sin haberse aún publicado la parte más interesante del "Diario de la vida literaria". ¿Qué será después!...

JOAQUIN DE LUNA

(Para LA NACION)

PARIS, marzo de 1930.

EL GENERAL DON FRANCISCO DE MIRANDA

(Continuación de la pág. 8)

da, y ante su rotunda negativa, intentó perderle inculpándole graves errores. En marzo 25 se le llamó para justificarse; Chauveau Lagarde fué su abogado y eran tres los puntos de la acusación: traicionar a la República a raíz del bombardeo de Maëstricht, la evacuación de Lieja y la batalla de Neerwinden al mando del ala izquierda.

Varios defensores surgieron, empezando por el ciudadano Dumont, quien inculpó los puntos primero y tercero a Dumouriez y la evacuación de Lieja al general Valence. Otro de los jurados, Saintex, se indignó de la calumnia "vomitada por el crimen" del impostor Dumouriez. Jourdenil elogió al acusado. "Miranda—dijo—es el más esclarecido filósofo, el más sincero amigo de la Revolución, el padre de los soldados, el defensor de los oprimidos. Si la República no hubiera tenido sino generales como él, los despotas ya no existirían..."

Miranda usó de la palabra

con elocuencia, impresionando al auditorio como militar y como político; exhibió pruebas escritas concluyentes que demostraron ser calumniosas las acusaciones. Cuando el presidente del tribunal, Montane, le declaró absuelto y ordenó su libertad, los jurados le felicitaron y la concurrencia le sacó en andas de la "conciergerie", coronándole de hojas de laurel, y le llevó en triunfo hasta su casa en medio de un delirante entusiasmo popular.

"Su acusador en esos días — dice Becerra—libraba su salvación a la ligereza de su caballo, e iba a refugiarse en el campamento austriaco para evitar ser fusilado por la espalda como traidor."

La popularidad del ilustre general, "la espada de la Gironde", como alguien le ha llamado, no fué vista con simpatía por los jacobinos, triunfantes después del golpe de Estado del 2 de junio.

Como amigo de la facción caída, hubo pretextos para encerrarle de nuevo en la prisión, permaneciendo 18 meses sin saber con exactitud los delitos de que le acusaban. Vivía en una casita en el municipio de Belleville, rodeado de libros y

papeles, cuando un criado declaró que, a su juicio, Miranda planeaba conspiraciones de acuerdo con Stone, sospechado de agente de Pitt, y con tal pretexto llegó una partida de gendarmes que le arrestó, embargándole todos sus papeles.

Sabiase inocente, e indignado de la injusticia, se defendió con energía y temeridad, exponiéndose a la guillotina al desafiar a los despotas en plena era del Terror. Tan absurdos eran los cargos, que después de la caída de Robespierre la Convención le absolvió de culpa y cargo, decretando su libertad el 5 de enero de 1795.

A pesar de no recibir sus emolumentos como general, se instaló con lujo; tal vez recibiera ayuda de los jesuitas, y frecuentó lugares elegantes, adonde se reunía el "tout Paris", teniendo aventuras, entre otras con la famosa Marquesa de Custine, que, al decir de madame Junot, era "un don hecho al mundo por el cielo en un día de magnificencia".

La caída del Terror pudo darle éxitos políticos: fué candidato a ministro de Marina y hasta hubo quienes pensaran en él para más altos destinos; pero al apóstol no le interesaba la

política francesa; su idea fija estaba en las colonias españolas.

No le fué favorable el cambio político del 18 de Fructidor. Barras y sus colegas, sospechando del extranjero, que, según el ciudadano Letourneur, "hacía sombra al Directorio", decretaron su expulsión.

Consiguió demorar unos meses oculto en la cercanía de París, y como Francia ya no le interesaba por su nueva alianza con España, decidió pasar a Londres.

NUEVO PLAN

Antes del viaje concertó, el 2 de diciembre de 1797, una convención en 17 artículos con los ex jesuitas José del Pozo y Sucre, peruano, y Manuel José de Salas, chileno, quienes se titulaban delegados de las colonias.

En tal documento se resolvió por unanimidad proclamar la independencia, se pedía apoyo británico, ofreciéndole un tratado de alianza e indemnización de treinta millones de libras por los gastos que se ocasionasen; se fija en 20 el número de barcos de guerra necesarios, con diez mil hombres de tropa; se declara la conveniencia de

que los Estados Unidos entre en la alianza y se plantean las bases de un tratado comercial, estableciendo las condiciones para "el paso o navegación por" el istmo de Panamá, que de "un momento a otro debe ser" abierto, lo mismo que la "navegación del lago de Nicaragua", que será igualmente "abierto para facilitar la comunicación del mar del Sur" con el Océano Atlántico. Los Estados Unidos, en compensación "de la posesión de las Floridas y aun de la Luisiana", deberían contribuir con su aporte, y las operaciones militares y negociaciones serían dirigidas por Miranda, quien juntamente con don Pablo de Olavide, o uno de ellos, en caso de enfermedad del otro, quedaban facultados para contraer empréstitos y obtener de Inglaterra auxilios de tropas, vestuarios y armas, autorizándose también para asociar a sus importantes funciones a su compatriota don Pedro Caro, que se encontraba en Londres en misión secreta.

Con esta credencial, el precursor partió para Londres, adonde la presentó el 16 de enero de 1798 a Sir William Pitt, quien estaba otra vez en el poder.



NUEVAS MEMORIAS DEL ESPECTADOR DESCONOCIDO

Emil Jannings suda de feo.

John Barrymore está siempre mirándose al espejo de perfil.

En el paso de Greta Garbo hay una ancestral dificultad de sirena.

El beso final ha dejado de ser un lugar común del cinematógrafo. Es una institución.

Las espaldas de Joan Crawford son las espaldas "in-folio" del cinematógrafo.

Para un verdadero "cow-boy", el mundo es un arriesgado parque de diversiones.

Chaplin empezó, jugando al ta-te-ti con el cinematógrafo. Hoy nos tira a las narices con las bolitas de papel del ta-te-ti.

Bebe Daniels será siempre aquella insignificante prima nuestra que un día se convirtió en una maravillosa mujer.

Harold Lloyd sigue pedaleando en su bicicleta imaginaria.

Billie Dove se pinta las pestañas con tinta china.

El uniforme de los acomodadores representa la garantía honoraria de la moralidad de las salas.

El cinematógrafo nos ha descubierto una nueva realidad impagable: la vida privada de las piernas debajo de las mesas.

El sol de muchas películas es sol de tintorería.

Lilian y Dorothy Gish. Dorothy se tomó todo el Wampole de su hermana.

Un papel que vuela va trazando en la calle el diagrama de las corrientes de viento.

El caballo del "cow-boy" galopa a lo largo del paisaje con una insistencia de locomotora primitiva.

Detrás de Emil Jannings hay toda una tradición de cervecías.

Buster Keaton es el hombre de cartón armado.

Los ojos de Colleen Moore están diciendo siempre: o, o.

En muchas películas la nieve cae en copos de bicarbonato.

H. B. Warner realiza el tipo acabado del profesor de inglés.

Entre escena y escena, Abel Gance se saca de la manga su pañuelo de encajes.

¡Qué voces musculosas las voces de las películas parlantes!

El cinematógrafo tiene todavía un gran género sin explotar: la novela pastoril con "ralentiseur".

Las escaleras de incendio de

las casas neoyorquinas sirven solamente para huir de la policía.

El viento de las películas sonoras hace bramar a los ventiladores de las salas.

Leatrice Joy o la sirvienta que se casó con el patrón.

Los agentes de tráfico de Nueva York tienen una solicitud de agentes aficionados.

Greta Garbo camina como abriéndose paso entre los juncos.

En el cinematógrafo hay lagos de tarjeta postal con chorreras de luz de luna.

Nancy Carroll tiene cara de nuez.

Para sentir un paisaje es preciso respirarlo. Por eso sobran las fotografías.

Todo hombre de temperamento inferior al de su mujer es nada más que un animal doméstico.

¡Oh, los sombreros parapetados de plumas y los escotes hondos de las vampiras antiguas!

Lewis Stone tiene todos los tics del tomador de rape.

¡Cuántas veces nos hemos sentido culpables de esas mue-

cas de espanto de las películas rusas, asomadas horriblemente a la pantalla!

El cinematógrafo es para la mayoría de la gente la novela pullman.

Hay que acostumbrarse a mirar el amor desde el punto de vista de los amantes. O recordar por lo menos que la vida nada tiene que ver con la lógica.

En los jardines de los hospitales de Francia hay siempre un sol floricultor para alegría de los soldados inválidos.

Jannings es demasiado truculento.

No basta con hacer reír para merecer la gloria de actor cómico: la verdadera comicidad es abundancia de corazón y desbordamiento de sí mismo.

John Barrymore, el de la mirada de pájaro.

El optimismo puro es en la mayor parte de los casos pura estupidez. El verdadero optimismo, el optimismo realmente humano, no es precisamente aquel que aspira a descubrir sólo el aspecto agradable de las cosas o de los hechos, sino aquel que sabe transformar lo desagradable en escandaloso asombro y la fealdad en regocijado escándalo.

El más mínimo gesto de

Dios, y el desierto se levantará como un enorme camello...

Para los malos actores el dolor es un simple juego de los músculos de la cara.

En las grandes películas alemanas la luz patina estirada sobre las sombras, como si quisiera lustrarlas.

El exotismo ruso es nada menos que primitivismo.

Aquel amor era grande como una calamidad.

"Filmar" una novela es someterla al lavado. El cinematógrafo es el mejor descolorante y también el mejor desinfectante de la literatura.

La verdadera emoción artística es la emoción con las celosías entornadas.

John Barrymore junta las cejas y ya se cree un hombre complicado.

La timidez consiste en pretender desmentirla.

Aquel hombre tenía ese aire de aburrimiento mártir que los alemanes llaman tristeza.

Los policías neoyorquinos no saben ir sentados en los automóviles. Van trepados.

Lilian Gish o la muñeca de trapo.

George Bancroft mueve las

manos como paletazos de ventilador.

¡Qué admirable cara de "extra" tiene Emil Jannings!

Rodolfo Valentino usaba las patillas como muletas.

Todas las carreteras americanas son de Harina Lacteada Nestlé.

Pauline Frederick o la tigresa distinguida.

Los actores sonrientes se limpian los dientes con Puloil.

Las quintas de los alrededores de Nueva York tienen alambrados de cancha de tenis.

Las negras de la Guerra de Secesión en el cinematógrafo son todas negras lavanderas.

En las películas de la alta sociedad americana, los hombres bailan los "fox-trots" como boxeadores. Por momentos dan la impresión de que estuvieran bailando en "clinch" con sus parejas.

La voz de Josephine Baker tiene un dejo a aceitunas y a vermut.

IGNACIO B. ANZOATEGUI

DIBUJO DE

JUAN CARLOS HUERGO

"Si el jabón le irrita la piel es porque usa un jabón inadecuado"

dice

ÉMILE MASSÉ

cuyo instituto de belleza de París,
es conocido en todo el Continente.

"La cara necesita jabón y agua, pero algunos jabones son nocivos. Dañan los tejidos de la piel. Contienen demasiado alcalí, soda cáustica y otros irritantes análogos. Es por eso que aconsejo a todos mis clientes: 'No usen otro jabón que no sea Palmolive.'"

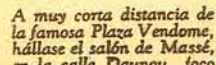
E. Massé

16, rue Daunou, París

"El especialista en belleza no puede trabajar en un cutis irritado", dice Emile Massé, de París. "Todas las señoras debieran colaborar con su especialista usando Palmolive. Su contenido de aceite vegetal es inofensivo y suavizante y no irrita la piel." Monsieur Massé, famoso especialista parisién, condensa en estas palabras el porqué 18.900 de sus colegas de mayor renombre recomiendan el Palmolive. Quieren que sus clientes usen un jabón que ayude decididamente al especialista en la conservación del encanto facial. Y sobre Palmolive recae precisamente la elección universal.

Por qué la cara necesita jabón y agua

Los poros deben ser limpiados suavemente dos veces por día para mantener el cutis libre de arrugas e impurezas. Los aceites de palma y oliva combinados en el Palmolive imparten una limpieza sana y profunda que es la base de la belleza de la cara. Desde Cleopatra hasta nuestros días, estos dos aceites cosméticos han sido usados como elementos embellecedores. Nada los ha suplantado jamás. "Este jabón", dice Massé, "combina una higiene perfecta con los conocidos efectos cosméticos que poseen los aceites de palma y oliva."



A muy corta distancia de la famosa Plaza Vendôme, hallase el salón de Massé, en la calle Daunou, foco del París elegante.

El color del Palmolive es el mismo de los aceites

El Palmolive es puro. Está hecho de aceites de palma y oliva, reconocidos desde hace muchas generaciones como los mayores elementos naturales de belleza.

de palma y oliva. Su aroma natural hace innecesario agregar perfumes penetrantes. No contiene grasas, sino sólo aceites cosméticos naturales.

Consulte a su especialista en belleza

Visite con regularidad a su especialista si desea conservar el encanto de su belleza en todo detalle, y colabore con él usando el jabón Palmolive mediante este tratamiento tan sencillo, recomendado por más de 18.900 especialistas en belleza.

Con ambas manos masajee la piel con una espuma suave de Palmolive durante dos minutos. Enjuáguese con agua tibia primero y luego fría. Esto es todo. Pero hágalo siempre, dos veces por día, de mañana y de noche, como aconsejan Monsieur Massé y otros especialistas.

Use también Palmolive para el baño. Como usted ve, no cuesta más que los jabones ordinarios.

Colgate-Palmolive-Peet Ltda., S. A. Ind., Bs. Aires.

He aquí al célebre Massé, dirigiendo personalmente un tratamiento facial dado por una de las ayudantes de su salón.

¡18.907 de los más conocidos especialistas especifican Palmolive para los tratamientos caseros de belleza facial!

El jabón Palmolive jamás se vende desmenuado



35

centavos la pastilla

3 pastillas por \$ 1.-

JABON PALMOLIVE



PUERTO Rico, la verde isla del Caribe, completamente envuelta en el inmenso azul de mar y cielo, sólo mide 56 kilómetros de Norte a Sur por 120 de Este a Oeste. Su clima suave parece acariciar al que llega con suavidad de terciopelo. Sus altas palmeras mecidas blandamente por perpetua brisa marcan a la vida un diapason de calma y bienestar. Una zona estrecha y llana en que se cultiva la caña circunda por completo su interior montañoso donde se produce el tabaco y el café.

Al llegar a San Juan, su capital, se recibe una impresión de prosperidad. Su inmenso capitolio de mármol resplandece como un monte nevado al sol, sus calles principales están congestionadas de automóviles, productos fabricados en los Estados Unidos se amontonan en los escaparates de sus tiendas y en el aire, con sonido estentóreo emitido por gramófonos y radio, se confunden el danzón con el fox-trot y con el jazz.

Quince mil automóviles y camiones circulan por sus mil cuatrocientos kilómetros de carreteras, pero el gíbaro vive en su solitario bohío, construido de tablas y paja sobre cuatro estacas, clavadas en la tierra, con su alimento diario de café, plátanos, de vez en cuando un poco de arroz con habichuelas y si tiene suerte, una vez por semana un pedacito de bacalao. Cargado de anemia y tuberculosis, acepta la calumnia de ser un indolente y gana un sueldo que fluctúa entre ochenta centavos y un peso cortando caña durante seis meses del año que le produce un término medio de cuarenta o cincuenta centavos diarios.

La población que se dedica a trabajar el tabaco o el café gana menos todavía, y las mujeres que luchan por la existencia con la aguja o en el taller consiguen con ocho, diez o más horas de trabajo ganar la insignificancia de veinte centa-

vos diarios hasta seis pesos semanales, según la labor. Debido a esta colosal baratura del trabajo manual, empiezan a desarrollarse en Mayagüez y algunos otros puntos de la isla pequeñas industrias de ropa, en las que se recibe el material de los Estados Unidos ya cortado, y por medio de máquinas adecuadas se cose y se devuelven los trajes hechos a Nueva York.

El gíbaro, la población blanca, se ha concentrado en las montañas del interior, mientras que el negro y el mulato vive en los llanos de las costas. Las instituciones de enseñanza y las pequeñas industrias se han multiplicado en las llanuras, mientras que en el centro montañoso escasean ambas, con el resultado que la gente de color tiene más facilidades para educarse, para trabajar y para nutrirse que el elemento blanco, con la consecuente tendencia de darle al negro y al mulato un ascendiente sobre el blanco en las clases trabajadoras.

En los últimos veinticinco años se ha multiplicado por doce el comercio exterior, que ha pasado de diez y siete a más de doscientos millones de dólares, pero en cambio se calcula que sólo queda ya en manos de puertorriqueños, menos del quince por ciento de la riqueza de la isla. El pequeño terrateniente está desapareciendo, como ha desaparecido el cultivo de legumbres y la explotación de la industria ganadera. El sistema económico-político de los Estados Unidos aplicado repentinamente a un sistema de vida primitivo y pastoral ha producido un efecto algo parecido al ciclón de San Ciriaco. Con la fuerza arrolladora de millones de dólares prestados al gobierno insular desaparecieron por causa de los primeros agricultores que les vendieron

Vista parcial de la ciudad de San Juan de Puerto Rico, desde la fortaleza de San Cristóbal

EL PROGRESO DE PUERTO RICO

sus tierras y los millones de préstamo se desvanecieron en magníficas carreteras y en un sinnúmero de edificios públicos de una ostentación fuera de toda proporción con los medios de la isla.

Los pequeños propietarios que vendieron sus terrenos a las corporaciones, faltos de educación y de adaptabilidad al nuevo ritmo de vida, no tarda-



Un pintoresco bohío entre palmares, vivienda de una humilde familia de jíbaros

ron en deshacerse del dinero que les había producido sus tierras, y ya sin dinero y sin tierras no encontraron manera de hacerse útiles a su país. Al desaparecer la agricultura y la ganadería se hizo forzoso importarlo todo, hasta el arroz y las habichuelas, con el consecuente encarecimiento de la vida.

Los magníficos edificios públicos entre los que se encuentran algunos de gran utilidad como los de la Universidad, Escuela de Medicina Tropical, Escuela de Agricultura y gran número de colegios de primera y segunda enseñanza, Escuela Normal, etc., comenzaron a producir maestros, abogados, médicos, ingenieros, literatos, mecanógrafos, tenedores de libros, etc., en una isla en la que faltan hortelanos y sobran tinterillos. Se intentó enseñar el inglés a los niños que aun no sabían leer y escribir en español correctamente, con el resultado que terminaban su educación sin saber ninguna de las dos lenguas.

En esta situación y tras del último Ciclón de San Felipe,

tras una serie de gobernadores incompetentes y con un déficit de más de un millón y medio en el presupuesto, llega a la isla nombrado por el presidente Hoover, un joven de alta cultura, graduado de la más antigua universidad de los Estados Unidos, inflamado con el propósito de dejar su nombre en la historia de la isla, como "El Amigo del Pueblo de Puerto Rico". En cuanto recibe su nombramiento, empieza a estudiar el español, su esposa lo estudia, se rodea en palacio de ayudantes y secretarios que saben hablar español, manda a su hijo a una escuela puertorriqueña, en tres meses visita setenta y tres de los setenta y siete municipios de la isla, convida a su mesa casi todos los días, sin distinción de raza,

credo o color, a uno o más de los hombres que representan diferentes sectores de opinión; congrega constantemente en su despacho de la Fortaleza alrededor de la larga mesa, a los jefes políticos y a los jefes de su gabinete con el propósito de que con el constante intercambio

de opiniones se pongan de acuerdo todos los que aman a Puerto Rico.

Por primera vez en la historia de la dominación norteamericana lee en el salón del Senado, en español, su mensaje a las cámaras, ante una sala repleta de gente, parada desde las cuatro de la tarde para conseguir puesto. Empieza a las ocho de la noche la penosa labor de leer, en una lengua nueva para él, un discurso de dos horas. Su profesor le dice que debe pronunciar muy despacio, y el fiel discípulo separa cada sílaba hasta que el cerebro del oyente se pierde en la monotonía de millares de sílabas, y el gobernador casi desfallece del esfuerzo y se derribe en la atmósfera tropical privada de la brisa en el encarcamiento de los muros marmóreos del Capitolio.

Nada importa, el pueblo de Puerto Rico, hondamente afectado por la caballería, el respeto a las tradiciones, el entusiasmo casi místico que por él siente el gobernador, irrumpen en aplausos frenéticos cuando dice: "Creo conocer el corazón de nuestro pueblo en la Isla. Quiero que el resto de nuestros conciudadanos en los Estados Unidos continentales lo conozcan como yo". Los periódicos, todos, en sus editoriales, la gente en las calles, en los campos auguran que "este go-

bernador irá lejos", dicen: "suerte que nos ha tocado un gobernador como éste".

... y tienen razón. El gobernador Teodoro Roosevelt, hijo del gran patriota y ex presidente de los Estados Unidos, de su mismo nombre, cifra su esperanza en multiplicar y diversificar las industrias y la agricultura y en establecer en toda la isla, especialmente en el interior, lo que llama "segundas unidades", o sea escuelas con enseñanza agrícola práctica en huertos adyacentes a la escuela y en establecer cooperativas cuyos recursos sean duplicados por el gobierno federal y por medio de las cuales podrá comunicarse a toda la población la información necesaria para el desarrollo de la agricultura en fincas pequeñas.

La labor es larga, dura y requiere gran persistencia, en primer lugar para conseguir el apoyo de los antiguos políticos amargados con la experiencia de anteriores administraciones y además con teorías sobre economía política que lo menos que pueden llamarse es sorprendentes; en segundo lugar, haber que el gíbaro trabaje, porque hay el círculo vicioso de que el gíbaro no trabaja porque no está nutrido y no se nutre porque no trabaja.

Este año habrá una zafra de setecientas mil toneladas. Sólo le faltan cincuenta mil para igualar la más grande que ha tenido la isla. Es cierto que los precios son bajos, pero no sería extraño que la falta de buen precio fuera más que compensada por el nuevo espíritu de esperanza y de entusiasmo que ha comunicado a la isla la presencia del nuevo gobernador, que constantemente escribe a todos los capitalistas que conoce en los Estados Unidos, incitándolos a poner industrias nuevas en la isla. Los antiguos políticos no tienen simpatía por este procedimiento, creen que es convertir la isla en eterno peonaje para el "capital ausente", pero no comprenden que si esto puede hacerse en suficiente escala, subirán los sueldos y vendrá el ahorro que es imposible ahora, y si viene el ahorro el peonaje está condenado a desaparecer.

Este movimiento combinado con su política agraria puede ser el golpe de gracia que termine con la situación actual en que la caña de azúcar es rey. La caña de azúcar es rey por dos causas: la tarifa norteamericana y la excesiva baratura de la mano de obra; a pesar de la última, cuesta el doble cultivar caña en Puerto Rico de lo que cuesta en Cuba, por la naturaleza de las tierras.

Probablemente siempre se cultivará caña, pero si este movimiento tiene éxito, es fácil que sólo sea en una pequeña parte de la isla.



¡Guerra al CAOUTCHOUC!

Debe considerarse nocivo, pues no compensa su relativa comodidad, con la obesidad que nos proporciona su uso. Desista de usarlo.

La Poupée

CERRITO, 122 y 188

Presenta su nuevo modelo de corsé conformador, que corrige la línea y su presión es anatómica, eliminando los peligros indicados.

VISITENOS

JOSE CAMPRUBI

(Para LA NACION)

NUEVA YORK, marzo de 1930.



CORREO DEL CINE

cará a desarrollar el argumento de la obra.

Si los productores cinematográficos se llegan a contagiar de esta manera de reducir los argumentos a su menor expresión, no pasarán muchas semanas sin que veamos escenas con las siguientes inscripciones: Epoca actual. Mary, corista. Mac Dermond, millonario, enamorado de Mary. Tom Kelly, villano. Evelyn, vampiresa. Celos. Robo. Disputa. Acusaciones. Policía. Fuga. Choque de automóviles. Mueren Tom y Evelyn. Reconciliación. Casamiento. Final.

EL RUIDO DE LOS AEROPLANOS

Eso de tener que meter acertadamente en tarros — sincronización — el ruido producido por los motores y hélices de un aeroplano en pleno vuelo, era un problema que ha tenido preocupados a los técnicos de la industria, desde el día que el

"mike" hizo su aparición en los "sets". En la actualidad, una de las empresas locales que durante los últimos meses nos ha tenido a la expectativa de un gran descubrimiento que en breve dará a conocer, ha revelado por fin el secreto de sus elucubraciones. A uno de los privilegiados cerebros técnicos de la empresa, se le ocurrió la siguiente idea: en la superficie exterior de un globo cautivo, el técnico hizo colocar a distancias convenientes, uno del otro, varios micrófonos y alrededor del globo hizo que volaran un par de aeroplanos, con los "mikes" recogiendo y transmitiendo a tierra a las máquinas registradoras los ruidos naturales producidos por los motores y hélices de las naves aéreas. ¡Gran éxito! Hasta el momento de la solución de este problema, el ruido de los motores y hélices en las películas sonoras, se conseguía con un par de ventiladores comunes, cuyas paletas chocaban con unas varillas de celuloide, las que al vibrar tocaban la superficie de un par de bombos o tambores, produciendo de esta manera el efecto deseado.

Adolfo Menjou, en su nueva película "La moda en el amor", donde es acompañado por Milian Seegar

CARTA DE HOLLYWOOD
Por WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, marzo de 1930.

LOS PROYECTOS DE CLARA BOW

DENTRO de poco expirará el contrato que Clara Bow tenía firmado con la compañía Paramount. A pesar de los deseos y esfuerzos de la empresa en prolongar la estada de la diminuta estrella en el "lot" de la Famous Players, Miss Bow ha rechazado las nuevas propuestas de sus contratantes.

Clara se dedicará al "free-lancing" es decir, a trabajar independientemente para las compañías que le ofrezcan papeles más variados que los que hasta ahora ha estado desempeñando. Es muy probable que la estrella pruebe la sensación de enfrentar el verdadero público, haciendo su "debut" en los teatros de revistas o comedias musicales de la ciudad de los "rascacielos".

NUEVA REVISTA CINEMATOGRAFICA

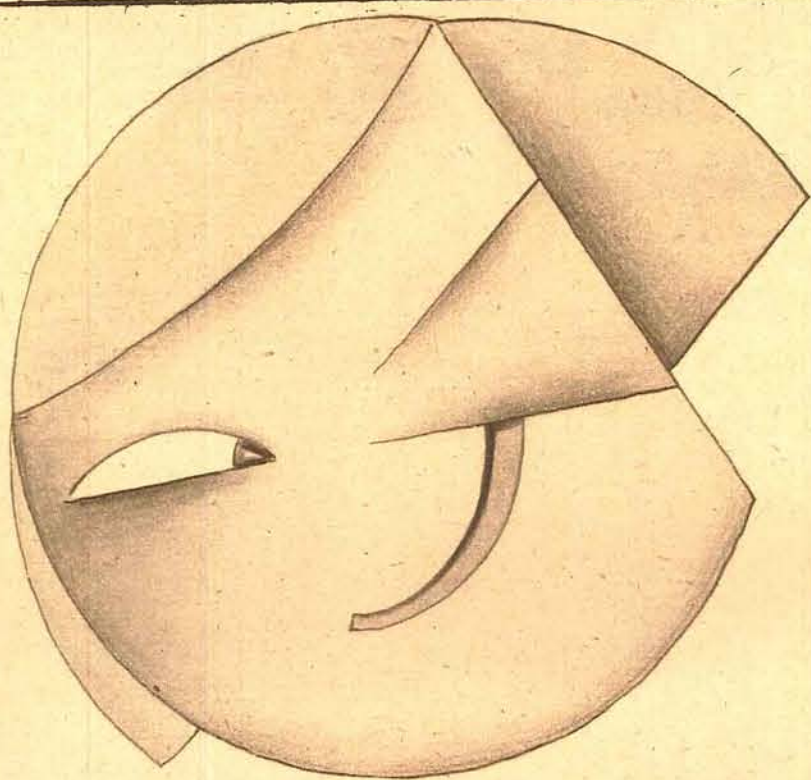
Mary Dressler y Polly Moran, dos populares actrices de la pantalla, volverán a presentarse frente al público en los papeles principales de una revista cinematográfica ténico-color, cuyo argumento está en preparación, a cargo del nuevo personal de escritores y escenógrafos que ha importado de Nueva York al "lot" de Culver City, la compañía Metro-Goldwyn-Mayer. Charles Reisner tendrá a su cargo la dirección del "film" sonoro.

VIAJE DE CORINNE GRIFFITH

La compañía First National pagará a Corinne Griffith por la producción de "La mujer extraviada", que será su última película para la mencionada empresa y por su esfuerzo ante el micrófono, la suma de 225.000 dólares. Su previo contrato con la First National hacía que la hermosa Corinne recibiera 125.000 dólares por película. Terminada la impresión de "La mujer extraviada", termina la actuación de Miss Griffith en el "lot" de Burbank. Miss Griffith y su esposo Walter Morosco, se ausentarán por dos meses para Honolulu a descansar de las fatigas cinematográficas. Al regreso, la actriz tomará en consideración varias ofertas que le han sido hechas por varias compañías.

ARGUMENTOS SINTETICOS

"Control" es el título de la próxima película de la popular "comediante" Fannie Brice y constará de 6800 pies de negativo. De esta cantidad de celuloide, 5500 pies estarán dedicados a cantos, música y números de baile y el resto, o sean los 1300 pies del "film", se dedi-

ANTES
A 10 ¢AHORA
5

Centavos

LA TABLETA

NESTLÉ

EL MEJOR DEL MUNDO

LAS ETIQUETAS SE CANJEAN POR JUGUETES, ÁLBUMES Y REGALOS ÚTILES

La Nación 20/4/30

CASA NESTLÉ, Balcarce, 327, Buenos Aíres.

Sírvanse enviar una lista de premios a:

NOMBRE.....

CALLE.....

CIUDAD.....

MODA PORTIVO



A. Ceresetto, solo, es ya un guardián formidable de la valla de Huracán. Es fácil figurarse cómo aumentará su seguridad con la compañía en que le ha sorprendido el fotógrafo



Quien concede un favor, puede quitarlo.

La Naturaleza ha favorecido al país del Plata, concediéndole las mujeres más lindas. Pero la belleza merece ser cuidada. No descuide su cutis de rosa, admirable argentina. El

Jabón Heno de Pravia

usado diariamente, conservará a través de los años la suavidad y tersura de la piel en su rostro, en sus manos, en sus brazos, en su escote...

Jabón puro. Espuma cremosa y abundante. Perfume de buen tono, persistente e inconfundible.



Precio, \$ 0,70
en toda la República.
En Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

Perfumería Gal. - Madrid.
Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14.
Proveedores de S.S. MM. los Reyes de España.

VERITAS



El esfuerzo final del sprinter está patentizado en esta expresión de Payal Alzúa, atleta nacional, que tuvo destacada actuación en el último torneo de la Federación Atlética Argentina



El capitán del team de football del Club Infantil "La Nación", Alfonso Roura, fué objeto de una demostración con motivo de su viaje a Europa. He aquí a los asistentes a la fiesta, que se realizó en casa del presidente de la comisión directiva, Jacobo Toledano

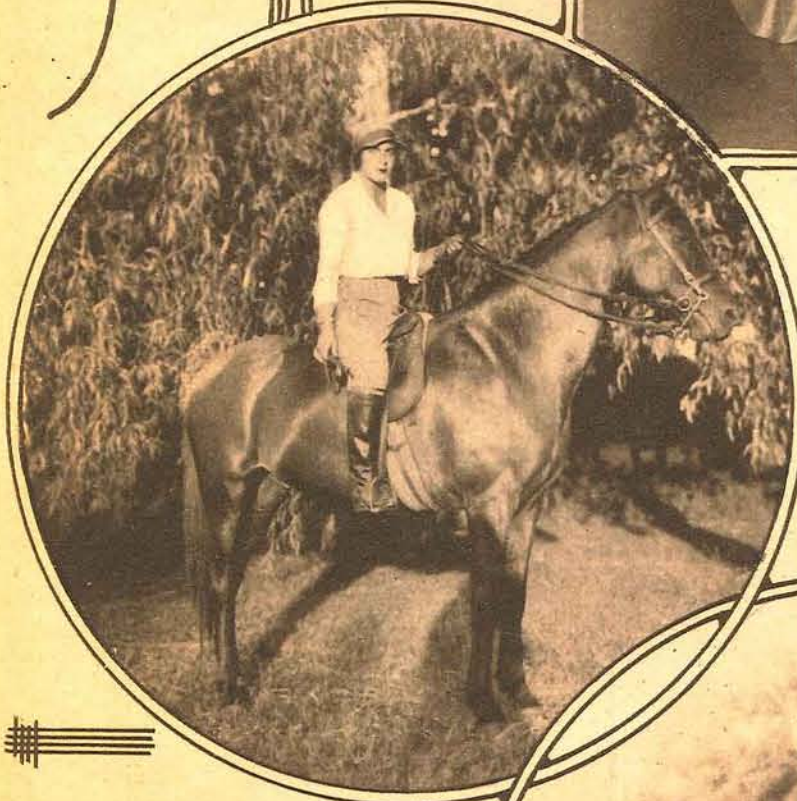


Durante el veraneo en Viña del Mar. Las señoritas Hebe Lastra Cranwell, Susana Frers, Ana M. Frers Lynch, Elena Quesada Irarrázabal, Elena Gres Irarrázabal y los señores Eizaguirre, Claro y Figueroa.

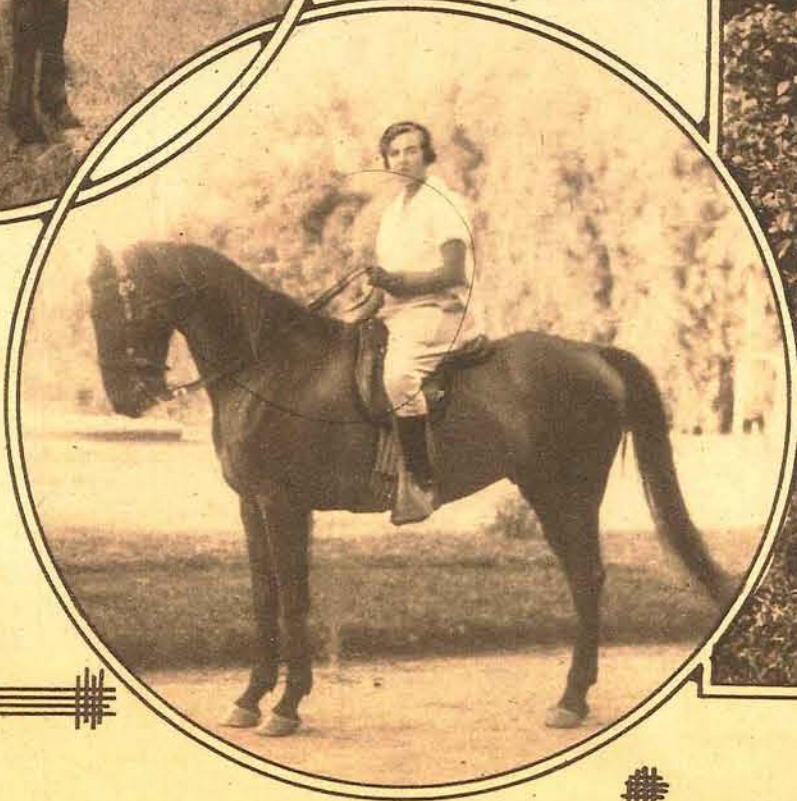
FILM Social



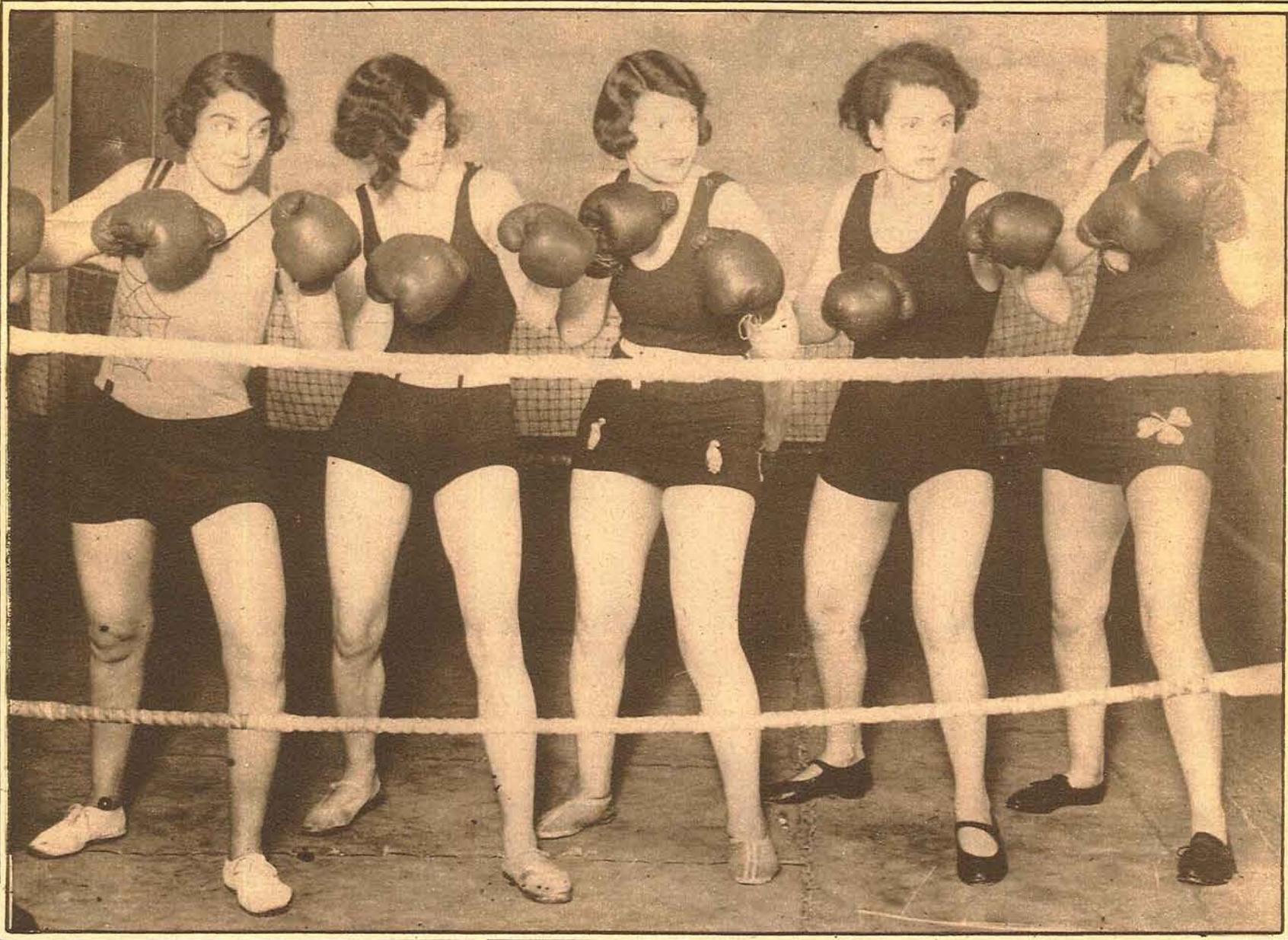
El embajador argentino en Chile, D. Federico Quintana, su esposa, Da. Clementina Achával de Quintana, Da. Cora Lynch de Frers, las señoras de Eguiguren y Salinas y el señor Salinas.



Las señoritas Angélica y Marta Pueyrredón, experimentadas amazonas, en la estancia "La Idalina", del doctor Honorio Pueyrredón.

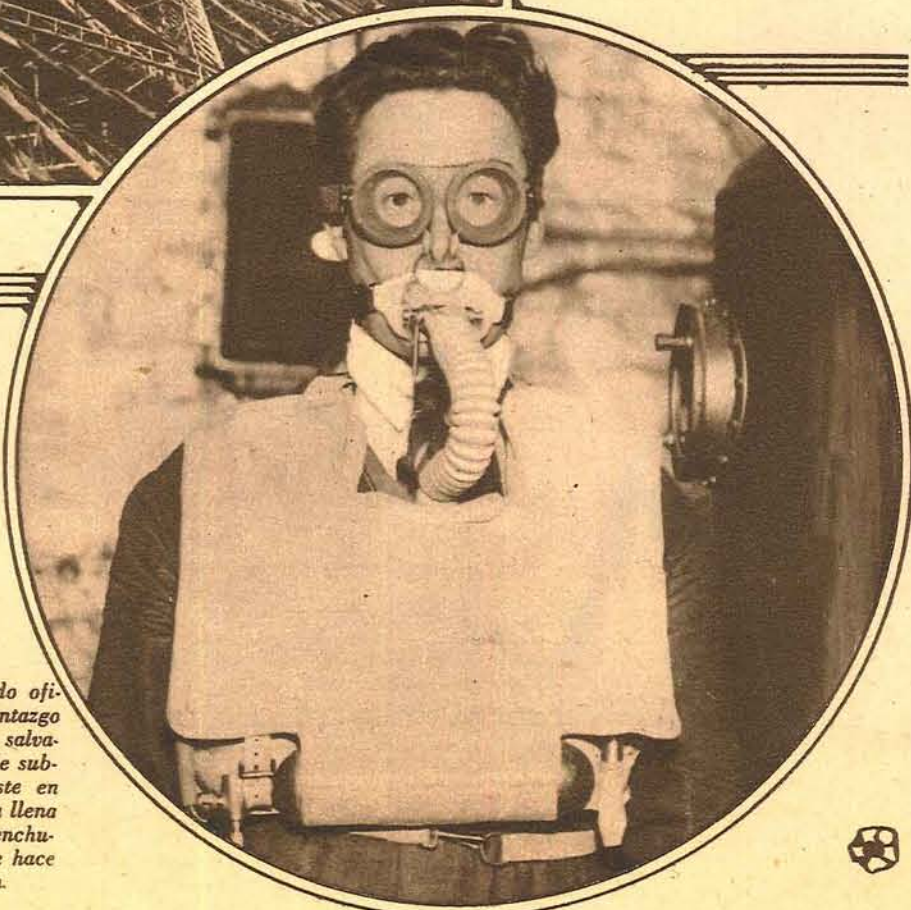
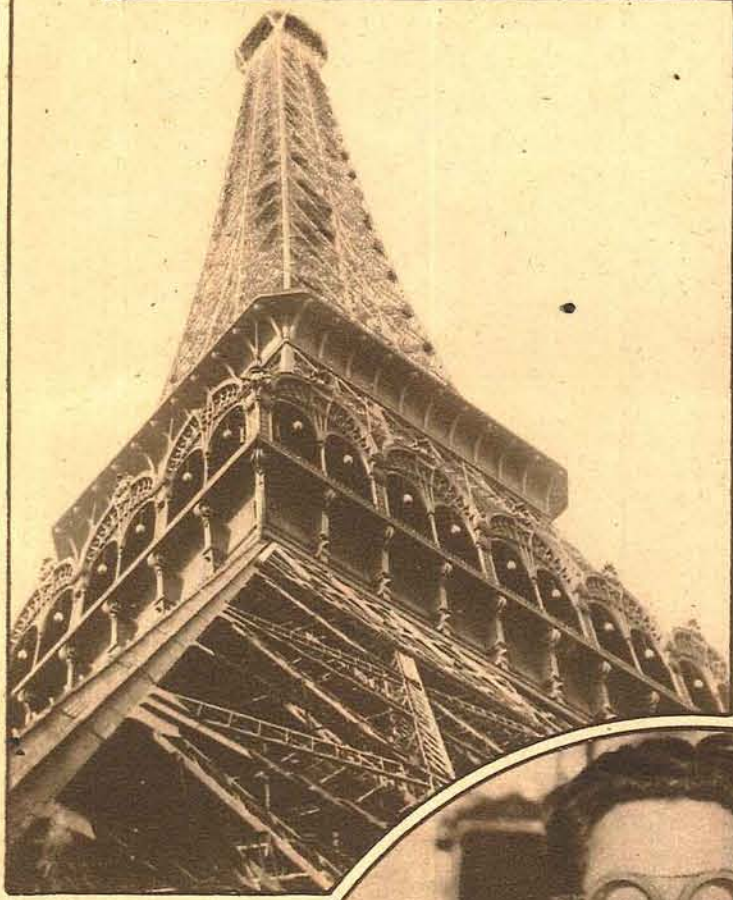


La señorita Lola Bunge Campos Urquiza.



Unas cuantas muchachas de las seleccionadas para representar a Gran Bretaña en un concurso de belleza de Hollywood, entrenándose en las artes del boxeo en un gimnasio de Londres. El "equipo" norteamericano, rival de estas bellas "girls", estará formado por otras tantas bellezas de la capital de Cinelandia.

Curiosa fotografía de la Torre Eiffel tomada desde el Campo de Marte.



Novísimo aparato adoptado oficialmente por el Almirantazgo británico para facilitar el salvamento de los tripulantes de submarinos hundidos. Consiste en una bolsa-chaleco de goma llena de oxígeno a la que va enchufado un aparato bucal que hace posible la respiración.

POR EL TACTO SE
NOTA SU DELICADEZA



Muchas mujeres dicen, cuando sacan el Jabón "LUX" de Tocador de su bonita envoltura, que es casi demasiado lindo para usar. Es delicioso sentir su suavidad, como marfil sobre su mejilla, y aspirar su delicada fragancia. La apariencia del Jabón "LUX" de Tocador da impresión de alta calidad y al usarlo Vd. no se engaña. En él tiene un jabón que hace que su cutis se sienta mejor cuidado - un lujo distinguido a un precio que no es exorbitante,
50 centavos la pastilla

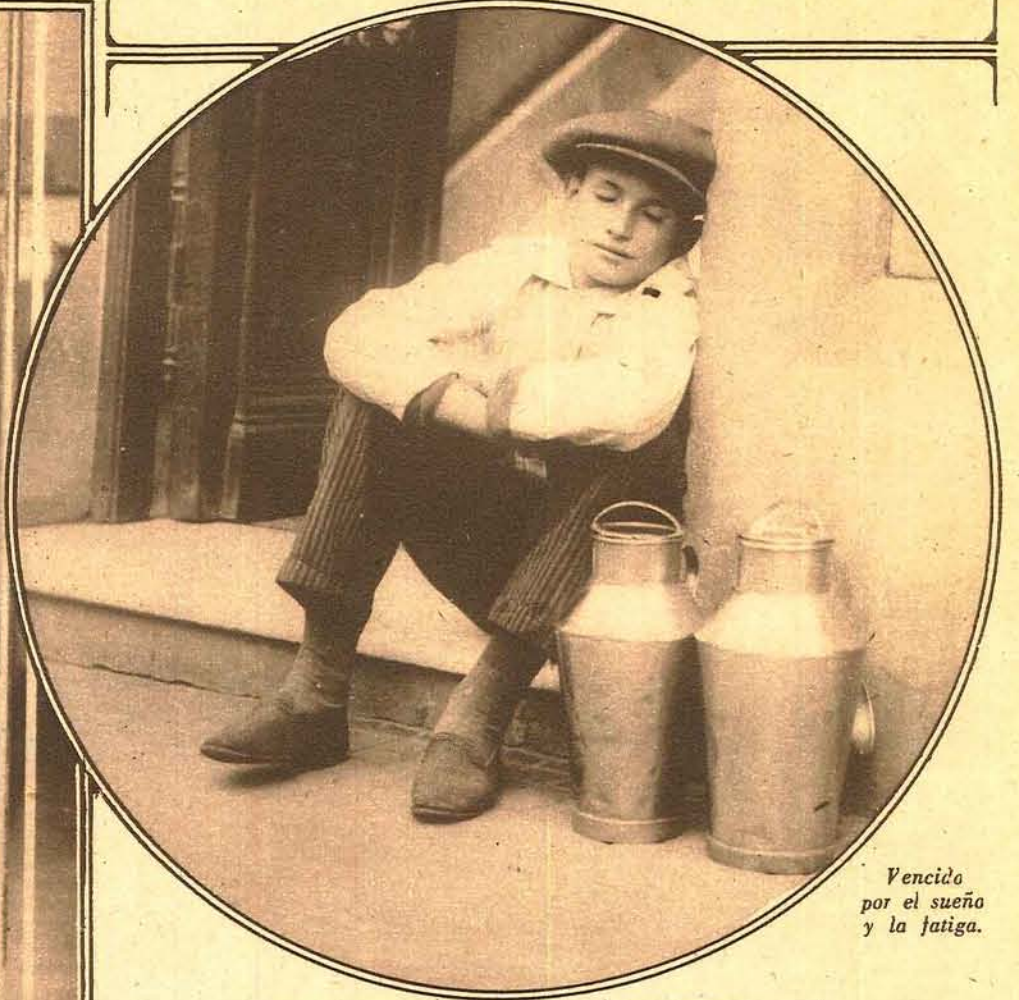
LUX JABÓN DE
TOCADOR

LEVER HERMANOS LIMITADA - ESMERALDA 70 - BUENOS AIRES

LTS 10



Una escena del jardín de infantes que funciona en el palacio central de Correos y Telégrafos.



Vencido por el sueño y la fatiga.

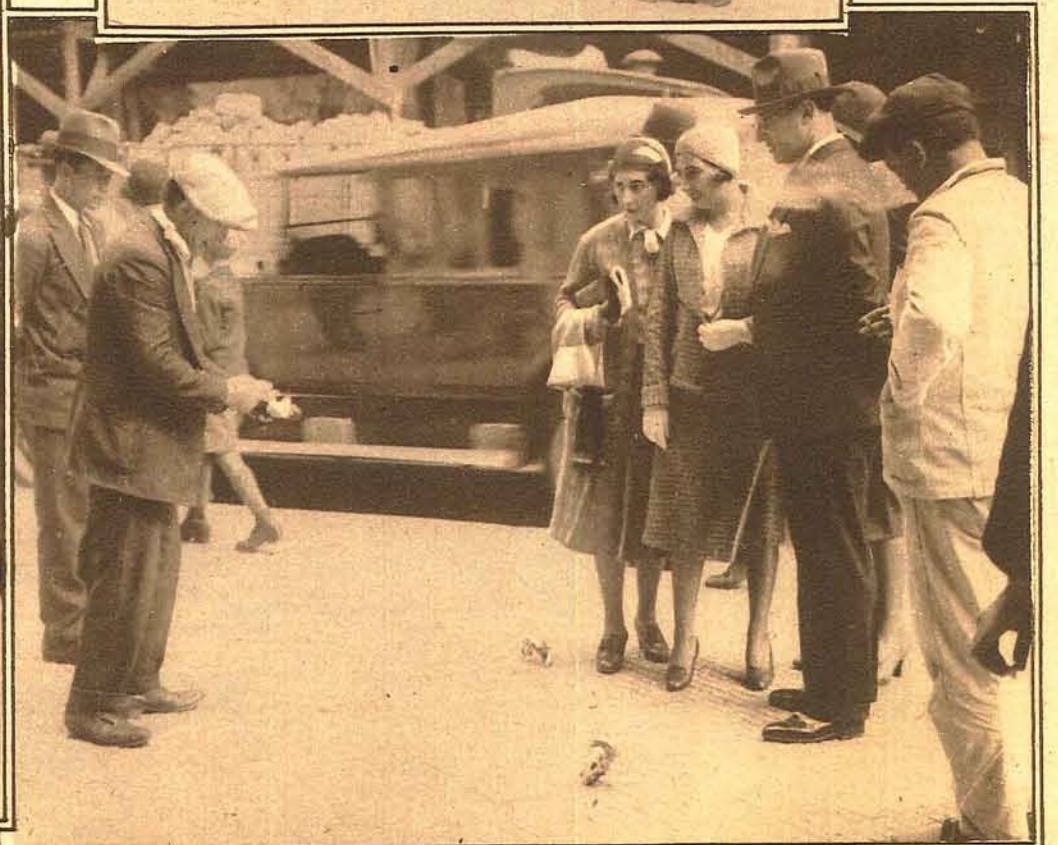


"...siga dos cuadras y en la esquina doble a la izquierda..."

INSTANTANEAS



La despedida.



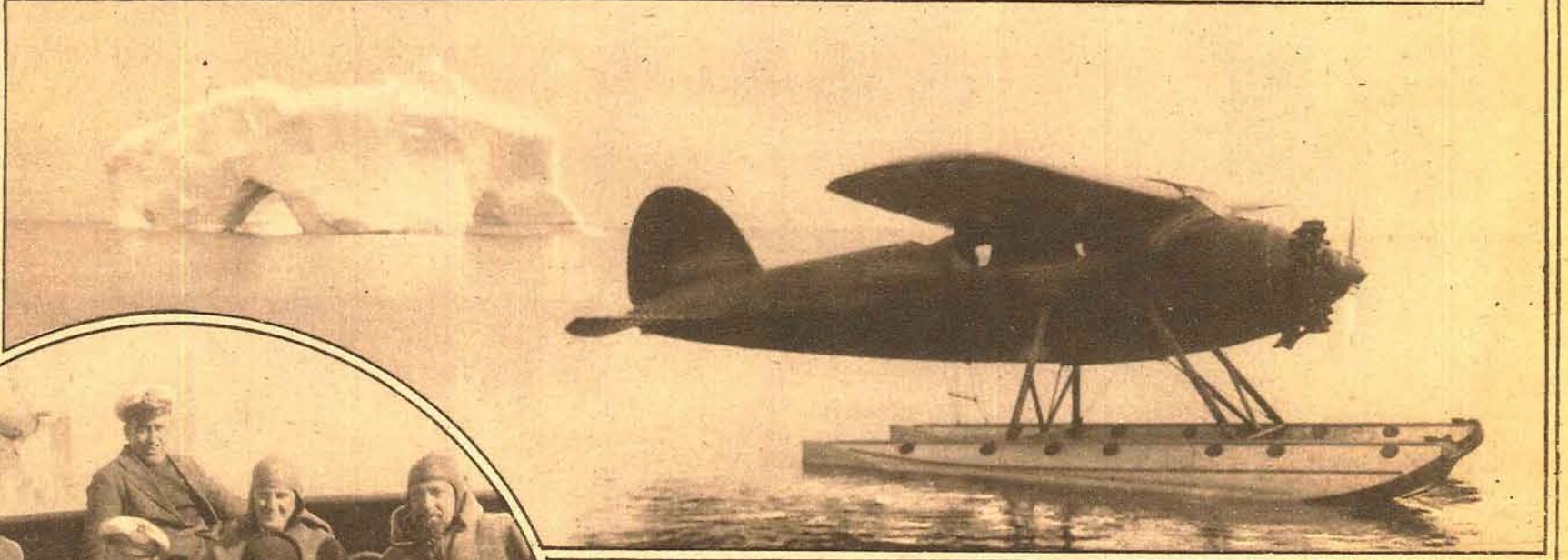
—¡Un lindo juguetito muy baratito!



EL VUELO ANTARTICO DE WILKINS



El ballenero "William Scoresby", barco auxiliar de la expedición, anclado en Puerto Lockroy.



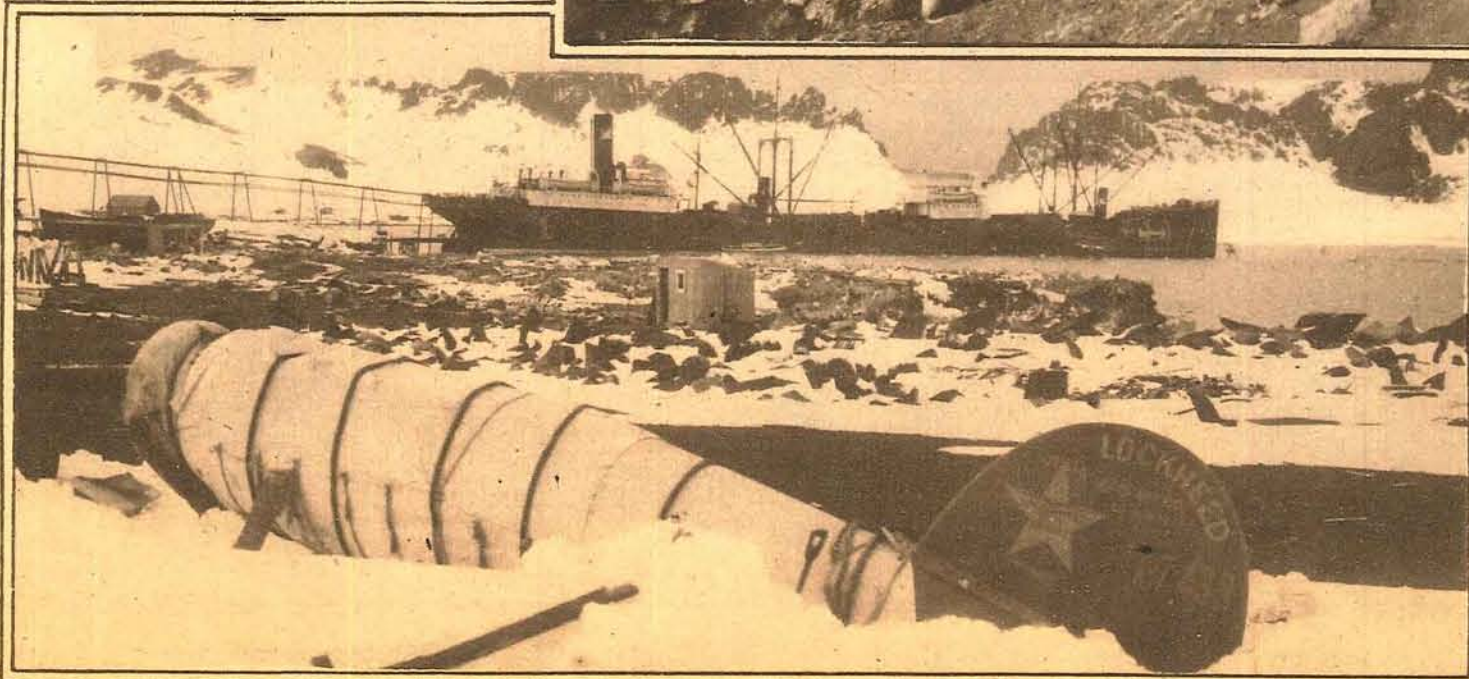
El hidroavión Los Angeles, listo para emprender vuelo desde las cercanías de un iceberg.



Los miembros de la expedición y la tripulación del "William Scoresby". Wilkins aparece en el extremo derecho de la segunda fila.



Una "familia" de pingüinos que se presta muy gustosa a ser perpetuada por la cámara fotográfica.



Armazón de un aeroplano Lockheed sepultada entre la nieve tras la invernada en la isla Decepción.





Galletitas Delia

*Si hoy compra una caja,
mañana sentirá la necesidad
de comprar otra...*



Veinticuatro horas son pocas para olvidar,
¡y tal vez sean muchas para esperar!...

Tome hoy el té con las sabrosas "DELIA",
y mañana, a la misma hora, usted hará que las
"DELIA" le renueven a su paladar las muy
agradables sensaciones de hoy.

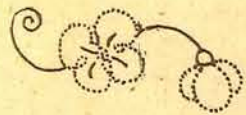
Son galletitas de "doble gordura". Su
masa es del tipo de la "pasta frola",
de tanta aceptación.

Igualmente deliciosas solas o con mer-
melada, y con leche, chocolate o té.



**S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI**

Pídalas a su proveedor.
Se venden en todo el país.

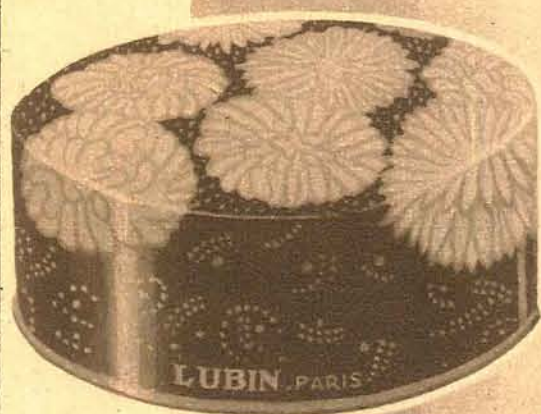


Canoas saltando "la barra" durante una regata realizada en Sydney, Australia. Este peligroso sport exige de quienes lo practican sólidos músculos, calma y valor excepcional.



POLVOS DE TOCADOR

LUBIN

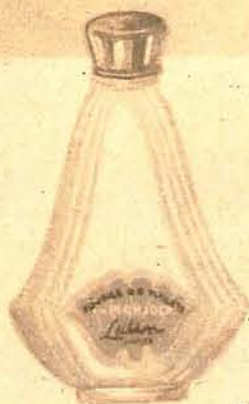


POLVO LUBIN \$ 0.70
Gran Modelo \$ 1.60



En los perfumes

**NASIBA
AMARILLYS
SOLA MIA
ENIGMA**



TALCO LUBIN
FRASCO DE VIDRIO
\$ 0.70



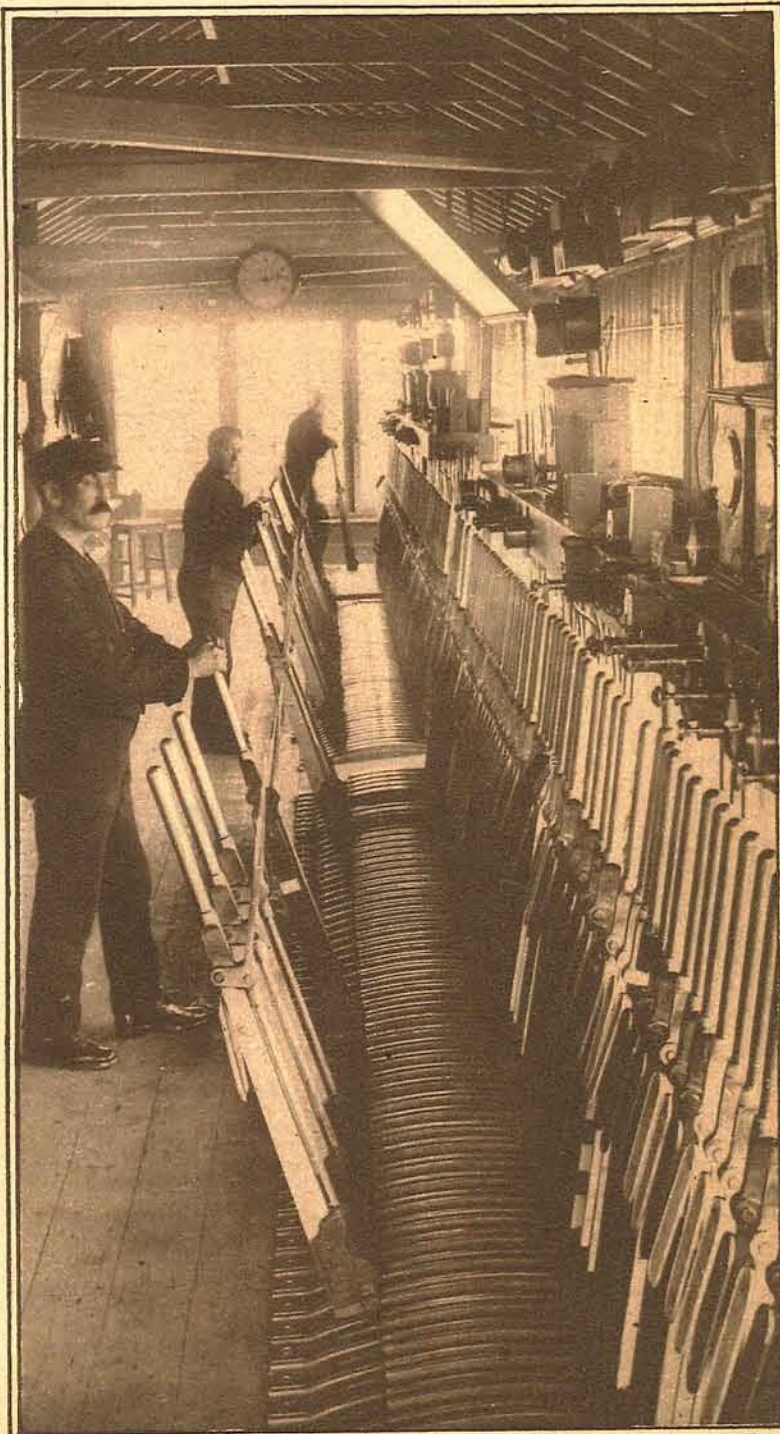
LOCION
e \$1.90 ¼ litro \$ 4.80

LUBIN
Parfumeur Paris

Distribuidores: Rivadavia 4447 - Buenos Aires



La Argentinita, la bailarina famosa cuya actuación en Nueva York ha despertado extraordinario interés en los círculos teatrales de la gran ciudad.



Una enorme cabina de señales de la estación ferroviaria de Liverpool. Servida únicamente por tres hombres, realiza el contralor de 165 señales.



Marie Belle, Edna Mae y Nathalie Stellrecht, tres lindas hermanas, tomando baños de sol en la playa de Miami, una de las más renombradas de los Estados Unidos.



Steffi von Bissing, nieta del célebre general von Bissing y una de las más populares actrices del teatro Carls de Berlín.



Un coche y una deliciosa pasajera de las muchas que tomaron parte en la Fiesta de las Flores, de Niza.

“La tez aclarada... parece adquirir la luminosa limpidez de una perla blanca”, dice la talentosa primera actriz señora Berta Gangloff.



Las actrices tenemos fama de saber conservar jóvenes durante más años que la generalidad de los mortales. Ese segundo arte nuestro se debe a que el escenario nos obliga a prestar gran atención al cuidado físico. Elegimos entonces los mejores productos de tocador. Sabemos juzgarlos. Yo nunca he visto ni oído de ninguna crema que reuniera tantas y tan buenas condiciones como la Crema de Oriente Vindobona. A los pocos días de usarla, al mirar el cutis en el espejo, al palparlo, parece que se viera y se sintiera el cutis de una criatura. He observado que la tez aclarada por ese producto parece adquirir la luminosa limpidez de una perla blanca.

Berta Gangloff

Ella ha encontrado el sencillo tratamiento que confiere lozanía y blancura a su cutis y lo libra de todas las imperfecciones, borrando las huellas dejadas por los años de exposición al frío, al sol y al viento. Crema de Oriente Vindobona es todo lo que usa.

Blanquea la piel — elimina las pecas y manchas cutáneas — alisa las arrugas

Hoy es notablemente fácil adquirir un cutis claro, blanco, libre de toda impureza, sin pecas, manchas cutáneas, granos, barros y arrugas. La científica Crema de Oriente Vindobona elimina las impurezas cutáneas con asombrosa rapidez. Alisa las arrugas, porque penetra hasta las capas ocultas de la dermis y las tonifica. Mejora así la piel del rostro y elimina el cutis marchito y la tez cetrina. Casi en una noche, como por arte de magia, adquiere el cutis esa clara y lozana belleza que todo el mundo admira.

Compruébalo en 3 minutos

Ya pasó el verano. Ya el cutis tostado por el sol no está de moda. Ahora usted necesita lucir la piel suave y perlina. Es tiempo de hacer algo en seguida para aclarar su cutis. Tres minutos antes de acostarse introduzca la delicada Crema de Oriente Vindobona en su cutis. A la mañana siguiente mírese en el espejo. Observará cómo la piel cetrina, manchada, ha comenzado a dar paso a un cutis nuevo, claro, liso, sin arrugas. Y nadie se dará cuenta del tratamiento, pues Crema de Oriente Vindobona no levanta la piel. Es en las capas ocultas de la dermis donde ejerce su benéfica acción.

Resultados garantizados

Tan maravillosos, tan rápidos y seguros son los resultados de la Crema de Oriente Vindobona que la garantizamos ampliamente. Empiece a usarla desde ahora. Haga como las más destacadas actrices, que saben mucho de belleza y juventud. Si usted no quedara encantada con los resultados del tratamiento, le devolvemos el dinero gastado.

Crema de Oriente Vindobona se vende en las casas de mayor prestigio, entre ellas:

Farmacia Franco-Inglesa, Sarmiento y Florida; Gath & Chaves, Casa Central y Sucursales: Casa Scherrer, Suipacha, 171; Farmacia del Pueblo, Rivadavia, 729; Perfumería Vislowna, Cabildo, 1589; Farmacia Gibson, Alsina y Defensa y Florida, 381; Ciudad de México, Florida y Sarmiento; Farmacia Scannapieco, Esmeralda y Tucumán; Beretervide y Cia., Piedras, 161, y en la Suc. Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida N° 8 — Piso 1° — Buenos Aires
(Atendida por señoritas)

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida N° 8 - Piso 1° - Buenos Aires.

L. N. O. 31

Sírvanse enviarme gratis folletos explicativos sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre

Calle..... N°.....

Ciudad..... F. C.....

Pedidos del interior se sirven en el día.

Folletos gratis. Remita el cupón.

EN MONTEVIDEO:
Andes, 1338
2° piso



Devuelve la juventud a sus senos

Con un sencillo tratamiento que usted sigue en la reserva de su hogar, sus senos recuperarán la bella forma clásica, juvenil dureza y, a la vez, una piel suave y aterciopelada.

La cosmética moderna, auxiliada por la dermatología, le brinda a usted un medio fácil, seguro, para fortalecer los senos y darles la bella rigidez: Senoxol.

En la discreción de su hogar, sin que nadie se entere, usted se aplicará sobre los pechos este líquido modelador. El seno recupera, entonces, la posición que el sentido de la belleza aprecia como la más hermosa. Lo priva de toda flacidez, elimina las sustancias grasas excesivas y en cambio fortalece los músculos. Con este tratamiento, inofensivo y rápido, los pechos adquieren la forma perfecta. No importa cuán caídos y mal formados fueren los senos. Se endurecen, recuperan tamaño y posición y se conservan firmes, lisos y juveniles a cualquier edad.

Senoxol, producto del Instituto Sarowal de París, es la obligada receta médica para el tratamiento de los senos. Es de resultado eficaz, positivo, porque actúa no sólo sobre las células epiteliales de la epidermis. Llega a la capa profunda de la dermis, estimulando la renovación de los tejidos.

Senoxol es el producto indicado para que usted conserve o recupere el encanto de un busto bien formado. Recuerde: pechos rígidos, de forma clásica, de piel suave, lisa, libre de toda impureza, se consiguen con Senoxol, el líquido que confiere juventud a los senos.

Se vende en las casas más prestigiosas del ramo, entre ellas:

Franco-Inglesa
Sarmiento y Florida
Farmacia Echeverry
Rivadavia 6851
Farmacia Chialvo
Sarmiento y Talcahuano
Farmacia González
Rivadavia y Centenera

Farmacia Scannapieco
Esmeralda y Tucumán
Farmacia Santa Ana
Rivadavia 3202
Farmacia Nelson
Suipacha 477
Farmacia Del Pueblo
Rivadavia 729

Laboratorios Vindobona
Florida, 8 - Piso 1°
Farmacia Inglesa
Av. de Mayo 900
Casa Argentina Scherrer
Suipacha 171
Farmacia L'Aiglon
Cangallo y Callao

Perfumería Vislowna
Cabildo 1589
Tienda “La Piedad”
Bm. Mitre y Cerrito
Farmacia La Estrella
Rivadavia 1501
En La Plata:
Calle 7 esq. 47

En Mar del Plata:
San Martín 3458
En Mendoza:
San Martín y Lavalle
En Córdoba:
Lima 34
En Montevideo:
W. Ellis, Andes 1338



Bellezas latinoamericanas que tomaron parte en el concurso realizado recientemente en Miami, Florida. De izquierda a derecha: señoritas Raquel Calvo, "miss" Guatemala; Irma Pizarro, "miss" Bolivia; Mary Dean, "miss" Zona del Canal; Julia Salazar Loria, "miss" Costa Rica, premiada en el certamen; Haydee Morales, "miss" Nicaragua; Medila Boyd, "miss" Panamá, y Emma McBride, "miss" Perú.



Annie Markart, que desempeña el papel de heroína en "Those Smart Young People", comedia que está obteniendo un gran éxito en Nueva York.



Algunas de las bellas muchachas norteamericanas que tomaron parte en el concurso de Miami. De izquierda a derecha: señoritas Letta Bell Martin, "miss" New York; Margaret Ekdahl, "miss" Florida; Irene Merilyn Lord, "miss" Maine. Arriba: la señorita Elizabeth Bacon, "miss" Oregon.



"Miss" Kate Calder, reina de la Corte de los Frivolos en las fiestas del Mardi Gras, en Gálveston, Estados Unidos.

CROSLEY

Maravilloso tono natural

Alcance extraordinario

Sencillez inimitable

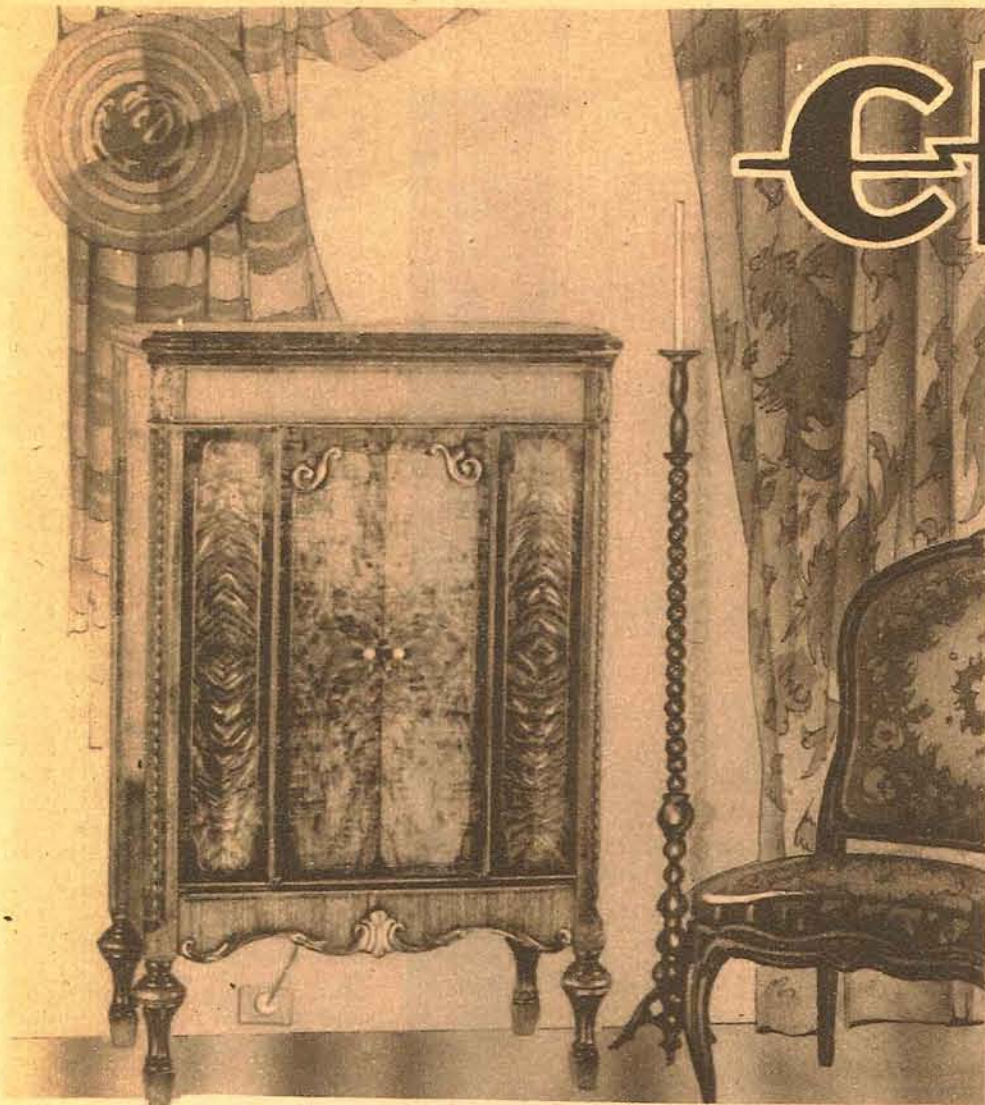
Potencia superior

Son las cualidades de un receptor CROSLEY.

En venta en todas las buenas casas del ramo de la República.

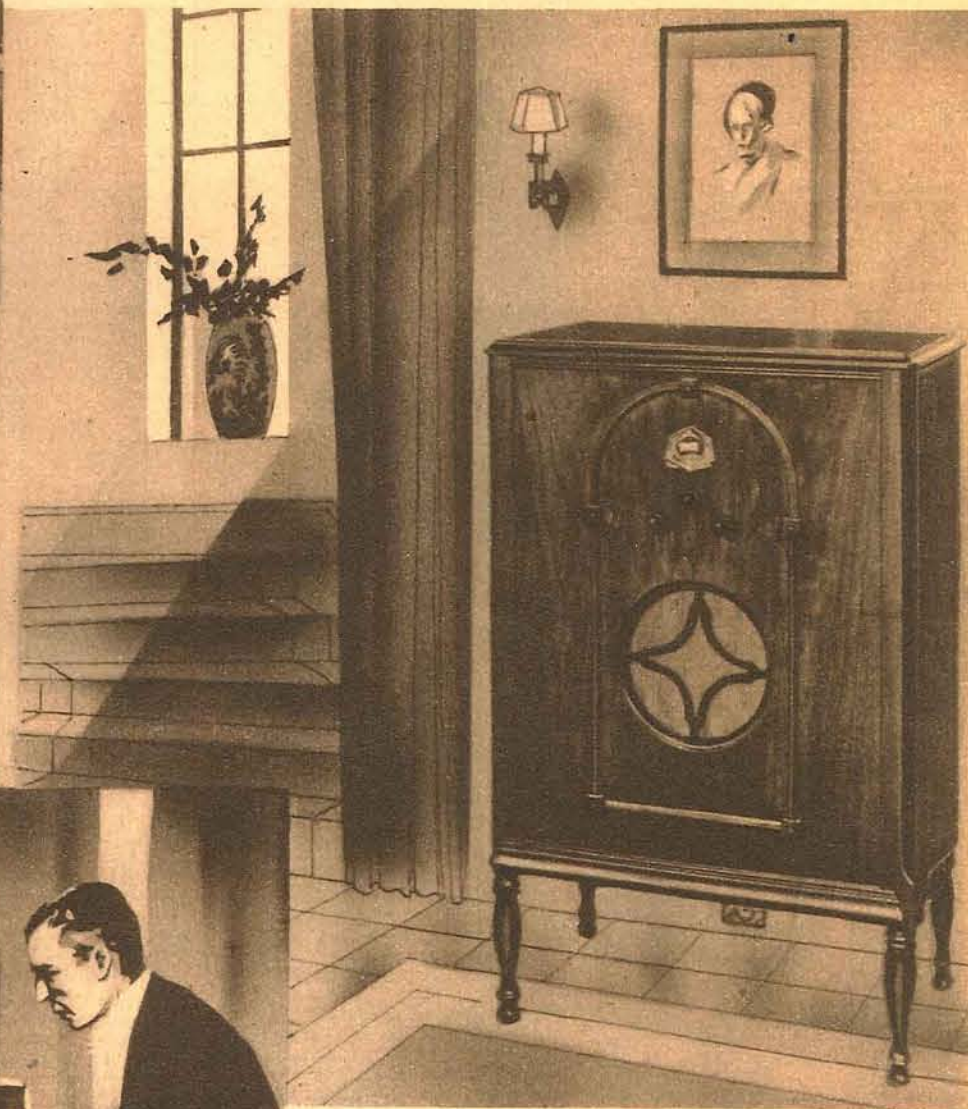
PIDA UNA DEMOSTRACION

En la Capital servicio técnico gratuito a domicilio.



CROSLEY FONO-RADIO, eléctrico. Radiofonógrafo que reúne cualidades sorprendentes de nitidez, pureza y calidad de tono en la parte fonográfica, y selectividad, potencia y un alcance ilimitado en la parte de radio. Encerrado en un espléndido gabinete de nogal de Italia con finísimas molduras. Con el famoso chasis Unitrad Crosley. **\$ 975.-**

SPARTON. Modelo A. Eléctrico completo con sus trece lámparas y doble push-pull. Radiofonógrafo combinado, automáticamente toca 15 discos que se apoyan en una plataforma sin armar ningún dispositivo. Tono y potencia desconocidos hasta ahora. **\$ 3.800.-**
SPARTON. Modelo B. \$ 3.200.—



CROSLEY D. 1610, eléctrico, con altoparlante. Su circuito es neutrodino de blindaje hermético, mono-control con cuadrante iluminado: incluyendo el rectificador tiene siete tubos. Con altoparlante Dynacone Crosley y en un gabinete muy atractivo de finas maderas. **\$ 395.-**



AUDICIONES CROSLEY

Exclusivamente por L. R. 4. Radio Splendid para RADIO CROSLEY.

JULIO DE CARO y su orquesta.

Lunes y Viernes de 20.40 a 21.40 horas.

CHARLO y sus guitarristas.

Martes y Domingos de 21 a 21.30 horas.

ADA FALCON, intérprete de la música popular.

Miércoles y Sábados de 21 a 21.30 horas.

ENRIQUE DELFINO, humorista del piano.

Los Jueves de 21 a 21.30 horas.

Sintonice el mejor programa con un receptor CROSLEY

UNICOS IMPORTADORES

H. y C. CHILIBROSTE & CIA

AV. DE MAYO 1361 — RIVADAVIA 1360-1368

Distribuidor en Uruguay: **Claudio Sapelli**
ANDES 1490, MONTEVIDEO

BUENOS AIRES

Distribuidor en Paraguay: **Artaza Hnos.**
PALMA 386, ASUNCION

ALGUNAS OPINIONES DE LOS DIRECTORES DE LA MODA INFANTIL

Por EVA A. TINGEY

JENNY Billioque considera que los niños deben vestirse en lo posible dentro de las líneas generales de la moda, y por eso corta sus vestidos con las faldas algo en forma.

Para los menores de uno a seis años usa canesú en vez de cinturón, de donde caen las faldas con un poco de campana, como se verá en el modelo para esa edad que ilustramos.

Al mismo tiempo que los vestidos de los niños tienen toda la gracia y la belleza de los trajes de los mayores, conservan sus condiciones prácticas, recordando que los usarán para jugar o para el colegio.

Los adornos son en su mayoría incrustaciones o aplicaciones en colores contrastantes, en tonos suaves. Estos son azul, verde y beige o amarillo, marrón y azul. Casi siempre en el conjunto hace juego el vestido con el tapado y sombrero.

Ahora todas las casas ofrecen los modelos de verano en hilo y shantung, pero esos mismos pueden repetirse en lana y en crêpe de Chine. Para los chiquitos se hacen trujecitos iguales para varón y mujer.

Empleo mucho crêpe de Chine y crêpe satén para la tarde para trajes de vestir y también crêpe georgette y terciopelo.

El blanco sienta a todas las edades; para los niños menores es el mejor color. He creado muchos trajes en azul y en rojo. Tengo modelos de sport en jersey y en tweed; las faldas en tweed son con tabloncitos a un lado, y los pullover tejidos con diseños que lo imitan. Empleo mucho el jersey de Rodier. Los tapados en lana suave tienen un poco de forma y se adornan con incrustaciones de lo mismo o haciendo contraste. Algunos tienen cuello echarpe.

Para los trajes de fiesta uso el marquisette, chiffon o tul grueso, pero me encanta también el satén y el moaré. Algunos modelitos vaporosos se adornan con volados. Otros en satén o moaré tienen volados en chiffon, ondas roulotés, etc. Este tipo de traje es largo todo alrededor o una cuarta debajo de las rodillas.

He preparado unos trajes de niñas para cortejo de novia que han tenido mucho éxito. Eran largos, en moaré azul muy pálido, sin mangas y con escote redondo y usados con gorritas en encaje plateado. Llevaban lo que parecía un minúsculo ramo

TRAJES DE NIÑOS



Vestido de Faryland en kasha amarillo incrustado con kasha marrón

Modelo de tapado en tweed azul y beige, de Mignapouf

Sweater en jersey azul y amarillo y falda en jersey rosa, de Mignapouf

Traje de niño en lana beige adornado con lana rayada amarilla y marrón

Modelo de Jenny Billioque en lana beige adornado con lana amarilla y marrón

de flores plateadas, pero se abrían y el centro formaba una cartera. Los sombreros son grandes y chicos, algunos en paja, otros en fieltro y unos más grandes, combinando los dos.

M. Blume, el director de Faryland, dice que las líneas de talle han subido también para los niños y las faldas se han alargado. Para las niñas de tres a nueve años encuentro encantador el estilo imperio sin cinturón. Estos vestidos imperio son muchos de ellos en taffetas adornado con volados; también uso las sedas suaves y flexibles, el chiffon y los brocados; estos últimos para vestidos de cortejos, y con ellos uso gorros en cintas de varios tonos suaves, trabajadas como canasta. Insisto siempre sobre los cuellos y puños de lencería para los trajes a los cuales vayan bien, pero considero que son muy bonitos y admirables para esa edad, como para las mayores, siempre que estén primorosamente trabajados.

Los tapados tienen algo de forma; se adornan con incrustaciones. Los sombreros y las carteras hacen juego. Algunos sombreros son en cinta gros-grain tableada. Empleo mucho el rojo, el amarillo y el azul.

Para los bebés nada me parece mejor que el linón de hilo blanco adornado con vainillas y fils tirés, tul y valencianas. Las

gorras y los tapados son en crêpe de Chine, algunos adornados con nido de abeja. Algunas gorras tienen piezas de fieltro incrustadas. Las botitas son en cabritilla celeste o rosa muy pálido.

Tengo unos pullover encantadores para niñas de dos años, en lana angora, para usar sobre vestidos en linón o en otras telas. También tengo juegos en dos tonos suaves de angora. Los modelos de sport y de colegio son en bouclette de lana, un jersey algo rizado, algunos con cinturones de charol y cuello y puños redondeados.

Mignapouf prefiere vestidos sin mangas con fichus Maria Antonieta sobre los hombros y colocados debajo del cinturón.

Muchos volados plissés en telas flexibles, incrustaciones en crêpe satén o georgette para trajes de fiesta, canesús cuadrados, coloridos muy suaves, sombreros grandes, pullovers sin mangas en jersey imprimé sobre faldas tableadas en jersey liso.

LOS CONJUNTOS ESTILO SASTRE

Por SYLVESTRE DORIAN

EL "tailleur nuevo" que se ve en estos momentos en las calles de París nada tiene que ver con los modelos de años anteriores. Es extraordinario lo que puede "la grande couture" francesa para crear ideas nuevas y dar nuevo impulso a esta moda, que tiene por lo menos tres generaciones. El traje de sastré actual se señala por lo que se llama detalles "de costurera", todos esos toques hábiles y prolijos que

revelan la "gran casa". Los "tailleurs" más elegantes tienen saquitos cortos, que llegan justo a la altura de la muñeca cuando los brazos están hacia abajo. Tiene un pequeñísimo entalle en la cintura para sugerir la línea de talle alta, que es hoy la única línea, y algunos tienen delanteras abiertas. Algunos modelos muy juveniles tienen peplums, basquiñas rectas, o en godets.

Las faldas son más complicadas que nunca, pero conservan un aspecto de sencillez extrema. Los canesús, las tablas incrustadas y los pespuntos hacen de la falda del "tailleur" algo extraordinario.

El azul marino es el color más de moda, sobre todo combinado con las blusas deliciosas que se usan hoy debajo de la falda. El negro y blanco los siguen de cerca. He visto un modelo muy elegante la otra mañana en l'Avenue du Bois, que los parisenses llaman ahora Mariscal Foch, en paño negro, usado con sombrero ajustado en fieltro negro con la parte que sale de la frente en agneau rasé blanco. Un echarpe separado en agneau rasé se ata en el cuello con moño a un lado. El saco no tenía cuello.

El largo de las faldas es importantísimo: cinco centímetros más largo o más corto señalan a quien lo lleva como antiguo o

fuera de la moda, pues el traje sastré exige una exactitud en el largo que ningún otro necesita. Se podrá ser todo lo individual que se desee en el traje de noche o de tarde y elegir el largo que se desea sin faltar a los dictados de la moda, pero el traje sastré no tiene ese privilegio.

Muchas grandes casas ofrecen ramos preciosos para darle un toque de color. Patou, Molyneux y Chanel los colocan en la solapa de sus sacos. Las flores de Patou, hechas con organdie y con crêpe shirting imprimé, con minúsculos cuadros, tienen el mayor éxito con aquellas que siempre buscan algo nuevo para su "boutonnière". Con los trajes en tweed y jersey de colores oscuros son de mucho efecto. Las margaritas de Chanel en piqué blanco gustan mucho.

Al elegir el conjunto "tailleur" hay que prestar mucha atención al sombrero, porque éste puede dar vida o echar a perder el conjunto. Aun se interesan las parisenses por los sombreros echados hacia atrás, pero se ven bastantes alas aquí y allá. Ciertos tipos necesitan una ala. ¡Con qué habilidad se introducen las alas! El fieltro se trabaja en dobles y en vuelos completamente nuevos y chic. El sombrero para usar con el traje sastré será chico. Las parisenses usan los sombreros grandes para ocasiones de etiqueta, y los modelos pequeños que acompañan al "tailleur" son tan sencillos y cuidados como el traje mismo.

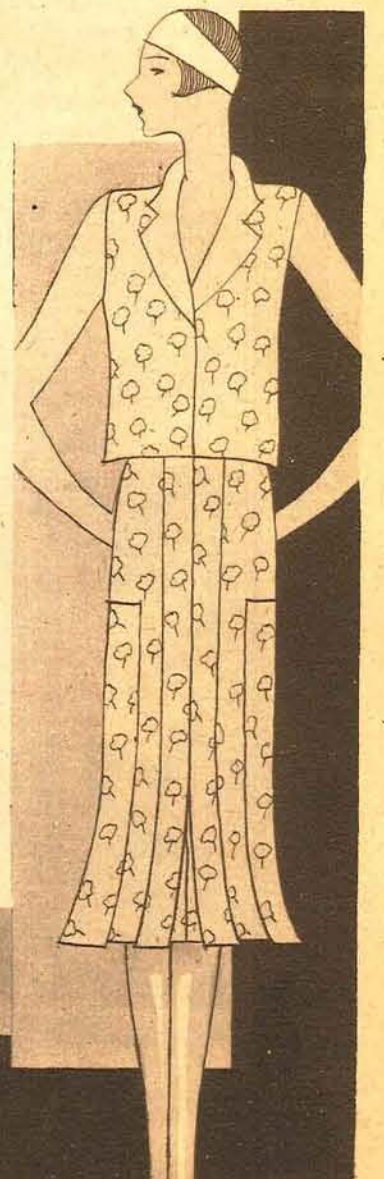
Los sacos sin cuello o con cuellos pequeños permiten que vuelva a la moda el sombrero con efecto posterior, que se suprimieron en el invierno a causa de los sombreros de piel. He visto en la Rue de la Paix un modelo en verde oscuro llevado con traje en mezcla verde y negro. Empezaba en la parte de atrás con un ala ancha que bajaba mucho sobre el cuello y al llegar a los costados forma pequeños pliegues y se da vuelta, dejando la cara en libertad.

La toca en cinta tiene sus adeptos, y para el traje sastré, que es un poco más de vestir que el tweed y otras telas de sport, es de mucho efecto. Un sombrero en gros grain grueso es la última palabra del chic cuando acompaña un traje sastré con blusa en satén trabajada a mano.

Los modelos estilo boina se llevan mucho, aunque ya varias veces hemos creído que desaparecía; sin embargo, cada nueva estación los ve volver con algunas variaciones, pero muy relacionadas con la boina vasca, de donde salió su inspiración.

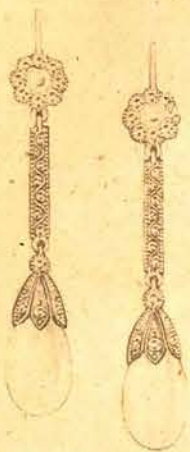


Vestido de Patou en jersey a rayas; corbata en seda grande



Traje de Molyneux para tenis, en lana azul claro imprimé. Falda formada por falda

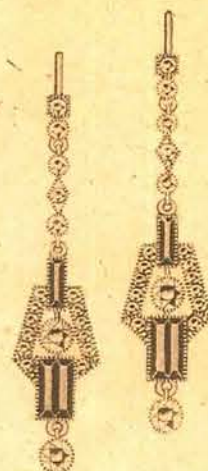
DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY



O 20, a \$ 32.—
Aros de oro 18 ktes.,
con finos barretitos
que sostienen hermo-
sas perlas EVAX.



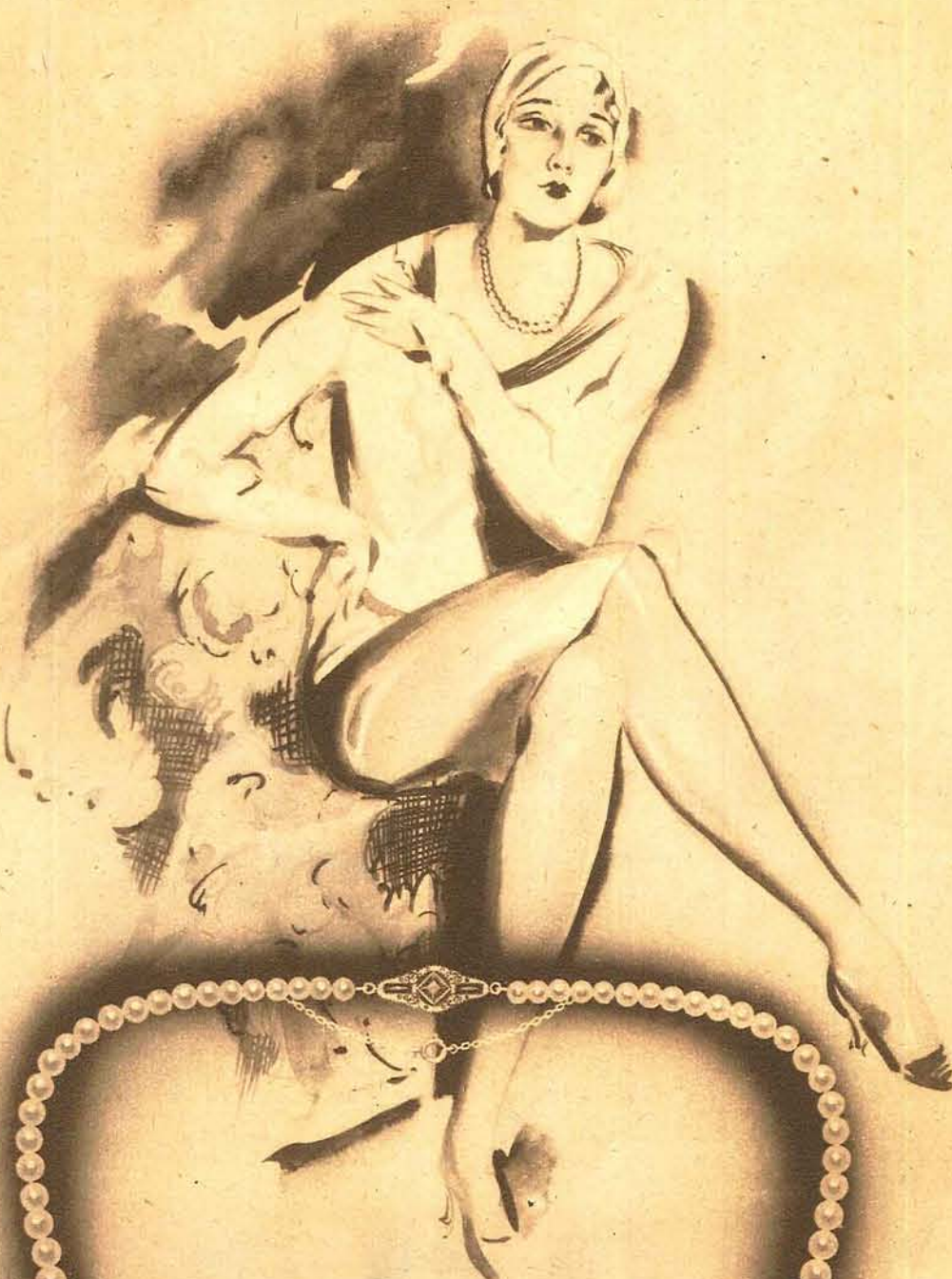
P 97, a \$ 26.—
Medalla de fino nácar
cincelado, con delica-
do adorno de brillan-
titos EVAX. Lleva su
gargantilla.



C 375, a \$ 28.—
Con esmeraldas y bri-
llantitos EVAX se ha
interpretado este ele-
gantísimo par de aros
con ganchos de oro.



M 85, a \$ 15.—
Discreto modelo de
medalla en fino nácar,
con brillantitos y per-
litas EVAX "enfilée".



9 B, a \$ 60.— Distinguidísimo collar
de perlas EVAX de bello oriente, con
broche fino de platino, oro 18 ktes.,
diamantes y zafiros calibré.

PERLAS EVAX

Sea Ud. nuestro cliente

Visítenos y podrá ad-
mirar en nuestros sala-
nes de exposición el
más maravilloso surti-
do de alhajas creadas
por MONTSENY y
aceptadas por nuestro
"Gran Mundo" por su
incomparable belleza
y delicada termina-
ción.



C 353, a \$ 26.—
Zafiros EVAX "a jour",
finamente facetados y
brillantitos EVAX en
atrayente modelo de
anillo oro 18 kilates.



A 121, a \$ 42.— Regia
perla EVAX en eleganti-
sima montura de anillo
oro 18 ktes., adornada
con brillantitos EVAX y
zafiros calibré.

SOMOS LOS ÚNICOS
CONCESIONARIOS DE
LAS PERLAS EVAX.

ÚNICAMENTE EN NUES-
TROS SALONES DE VENTA
HALLARÁ LAS
CREACIONES MONTSENY.

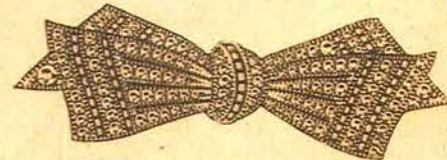


E 158, a \$ 29.— Espléndido
prendedor plaquette con perla
EVAX y filigranas de brillan-
titos EVAX.



Creaciones
Montseny

CENTRAL
CORRIENTES 789
ANEXO
GALERIA GUEMES
SOLICITE CATALOGO QUE ENVIAMOS GRATIS
AL INTERIOR.



E 93, a \$ 50.— Prendedor
moño de artística concepción,
con brillantitos EVAX y zafiros
calibré.



Una escena de "El cantar de los tanguos", sainete de Alippi y Botta, que se representa en el Cómico. De izquierda a derecha: Pepe Arias, Iris Marga, Carlos Perelli, Marcelo Ruggero, José Otal, Elías Alippi, Viviana Díaz de Mendoza, Pablo Anchart, Mecha Delgado, Carmen Giménez, Juan J. Fernández y J. Bamio

KODAK

TEATRAL



Blanca Podestá, en una escena de "La silla número 13", que está en escena en el Teatro Smart



Celia Rubin, Blanca Carly y Blanca Pasquetti, del Teatro Fémica, en un baile



Pilar Gascón y Justo Rayo, en "Nobleza baturra", comedia dramática de Joaquín Dicenta (h.), que representa la compañía del Onrubia



Pierina Dealessi y Pascual Pelliciotta, en "El milagro de San Antonio", pieza de Darthés y Darnel, que ha puesto en escena el conjunto del Teatro Nacional

MI VIDA

MI PRIMERA REBELION

CAPITULO III



DESPUES de experimentar ciertas contrariedades con mi hermano y mi hermana durante sus años de aprendizaje, mi padre cifró en mí sus esperanzas. A los nueve años fui llevado a Odessa y alojado en casa de unos parientes. El marido, Mr. F..., se dedicaba a negocios editoriales. Más tarde se hizo impresor y terminó siendo un importante editor en la Rusia del Sur. Su mujer, F. M., desempeñaba un cargo directivo en una escuela femenina judía a cargo del Estado. Constituían una simpática familia de obreros de la inteligencia. Les debo mucho. Eran muy aficionados a la literatura y especialmente al teatro.

Llevábamos una vida tranquila y sencilla, aunque el dinero solía quedarse más corto que las necesidades. Teníamos lo justo para comer, pero tan estrictamente lo justo, que muy a menudo parecía insuficiente. Poquito a poco me fué impuesta una disciplina rigurosa y gentil al mismo tiempo. Paso a paso me hicieron comprender que no debía llegar nunca tarde, que debía acostarme a las nueve de la noche, que debía dar las gracias a los sirvientes cuando me traían algo, que debía tener siempre las uñas limpias y no partir el pan con la navaja. Me enteré también de que centenares de palabras usadas corrientemente en Yarovka no eran vocablos rusos, sino términos ucranianos deformados, y que no debían ser empleados. Cada día se me revelaba algún nuevo aspecto de una vida mucho más culta que la que hasta entonces había vivido. Los atractivos de la literatura clásica y el encantamiento del teatro me hacían incluso olvidar mi vieja adoración por el taller de fragua de la aldea. Me convertía en un muchacho de ciudad.

Fui enviado al curso preparatorio de la Escuela de San Pablo, establecimiento docente medio alemán. El pastor Bine-

EL GENIO DE DAVID HERBERT LAWRENCE

(Continuación de la pág. 12)

conservar la ilusión de ser marido y mujer. Una vez consumado su deseo, la vieja batalla entre ellos surge nuevamente, porque la acentuada perversidad yacente en el fondo del alma de Pablo hace imposible el amor simple, vigoroso y duradero. Pablo encuentra en la sensualidad de Clara, durante algún tiempo, un refugio; pero la abandona para volver al lado de su madre que, enferma de cáncer, está agonizante. Ella muere. La vida pierde sentido para el muchacho. En realidad no es un muchacho, pues ya estaba alcanzando renombre como artista, también gracias a la firmeza de su madre, por la que padece, no es más que un niño, perdido en la obscuridad del mundo engañoso de deseos y adversos anhelos y esperanzas, que quema una pequeña llama amarilla, avivada por ráfagas de viento, en el secreto escondrijo de su corazón. El libro finaliza con una nota de inolvidable amargura. Pablo, de la vida miserable del pasado, de su desesperación y amor trunco, pasa al futuro, buscando el olvido en su trabajo, mientras en sus labios flota la sagrada y para él inevitable palabra: "¡Madre!"



mann nos impartió su bendición al comenzar el año escolar. Concedía entonces muy bien al espíritu protestante los métodos policiales implantados en Rusia. El "standard" de educación era alto. Los alumnos observaban una disciplina rigida y tenían la obligación de trabajar.

La iglesia de San Pablo sostenía también un asilo de huérfanos alemanes. Daba lástima verlos, con sus raídos uniformes de sarga azul, pasar tristes y silenciosos junto a la esquina del patio de la escuela que les estaba destinada, mientras aguardaban el momento de ser conducidos de nuevo al interior. Aunque el recreo era patrimonio común, estudiantes y "pensionistas", como se les llamaba, constituían dos mundos totalmente distintos. Jugué en aquel patio durante siete años sin conseguir siquiera saber el nombre de ninguno de los huérfanos. Se les prohibía rigurosamente alternar con los estudiantes. El pastor Bine-

mann les otorgaba la bendición por separado también, y hasta estoy seguro de que con menos palabras. En mi primer día de escuela obtuve tres veces la calificación más alta: cinco. Llegué a mi casa trémulo de gozo. Y desde aquel día, hasta terminar los estudios, fui siempre el primero de mi clase. No resultaba tarea fácil conseguirlo. Estudié tenazmente y mi conducta se mantuvo en un todo perfecta. No recuerdo haber recibido ni una sola reprimenda seria en mi vida escolar. Por el contrario, se me citaba a cada paso como ejemplo. Lo cual no obsta para que en una ocasión me viera suspendido temporalmente en la escuela, y en otra encerrado durante veinticuatro horas y amenazado con la expulsión definitiva. Relataré ambos episodios, motines estudiantiles los dos, porque entiendo que presagiaban en cierto modo mi porvenir.

La primera "revuelta" ocurrió en el segundo año de estudios y fué promovida contra el profesor de francés. M. Burnard era un suizo bilioso que padecía de hemorroides. Le llamábamos "el francés" para simplificar las cosas. Los trastornos digestivos le impulsaban a considerar a sus discípulos como sus más encarnizados enemigos. A mí no me trataba mal, pero en cambio hacía objeto de persecuciones implacables a los alumnos alemanes, hijos de colonos de la localidad, que tropezaban con grandes dificultades para aprender la lengua francesa. La había tomado especialmente con un tal Wacker, niño mimado de Herr

..., volvió hacia mí sus ojos, en los que el odio prendía sus lucecillas azufradas; pareció querer clavarme en el cráneo su chiva pelirroja...

Struve, nuestro preceptor alemán y excelente persona. Wacker no se distinguía por sus dotes excepcionales de inteligencia, pero en aquella circunstancia concreta la calificación "uno" que Burnard le dió era a todas luces injusta. Wacker empezó a llorar y el profesor a montar en cólera y a engullir tabletas antidispépsicas. Los "unos" y los "doses" llovieron sobre la clase como piedras en trifurca de barrio. La atmósfera se puso al rojo vivo.

Sentí bullir en mi pecho la rebelión. Algunos estudiantes, entre los que me contaba yo, murmuraron: "Armemos un escándalo..." ¿Fui yo, acaso, el cabecilla del movimiento? Difícil me resultaría precisarlo. Puedo únicamente decir que apenas el profesor cerró su cuaderno de notas en señal de que la clase había terminado, un coro unánime de gritos le acompañó hasta la puerta. Burnard se dió vuelta y enfrentó, livido, a sus enemigos. Entonces, los muchachos se sentaron de nuevo a los pupitres y adoptaron un aire de perfecto candor. Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. Burnard desapareció a toda prisa. Los faldones de su chaquet revelaban como airones de venganza, mientras otra infernal gritería le escoltaba a lo largo del corredor. ¡El adversario huía!

No tardó, sin embargo, en llegar el castigo. El director, el inspector, los monitores y el mismo Burnard iniciaron una investigación. Uno de los alumnos mencionó mi nombre como el del instigador de la revuelta. La denuncia causó indescriptible asombro. ¿Cómo? ¿Pero era posible? ¡El mejor estudiante, el que gozaba fama de observar conducta intachable!

La investigación se convirtió bien pronto en proceso inquisitorial. Aumentó el número de traidores. Fueron sacadas a relucir tal o cual opinión emitida por mí respecto a los profesores Fulano o Mengano. Se supo también que yo había intentado organizar una protesta general ante el inspector de distrito y que había sugerido que cada alumno le escribiera por turno.

Cuando me incliné ante Burnard para recibir la filípica de reglamento, volvió hacia mí los ojos, en los que el odio prendía sus lucecillas azufradas; pareció querer clavarme en el cráneo su chiva pelirroja, y ex-

Por LEON TROTZKI

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

clamó, alzando los brazos al cielo en enérgica imprecación: "¡El primer alumno del segundo curso... es moralmente un monstruo!"

Quedé anonadado, pero no convencido en mi fuero interno.

Así fué mi primera lucha política. Me vi expulsado de clase. Hubo interrogatorios sin fin. Mis compañeros se dividieron en tres grupos. El primero, en el que figuraba Wacker, a quien yo había defendido, me acusó despiadadamente. El segundo hizo suya mi causa con ardor. El superintendente Mayer calificó a estos amigos de "mi cuadrilla". La gran mayoría de los alumnos se afilió al tercer grupo, que mantenía un silencio helado y esperaba a ver en qué terminaba todo aquello.

Desde entonces he tropezado muchas veces, y en muy diversas circunstancias, con los mismos tres bandos. Hablando en términos generales, puede afirmarse que un período cualquiera es progresista o retrógrado, según que la mayoría apoye a uno u otro de los grupos extremos. En aquella época no había yo vivido todavía lo suficiente para profundizar en la materia. Tenía doce años, y el corazón se me anegaba en desconsuelo. El acuerdo de suspensión fué firmado a pesar de los esfuerzos y de las gestiones de los encargados de mi educación. Sin embargo, se me concedió derecho a reingresar al año siguiente luego de rendir examen.

El castigo supuso para mis padres un golpe terrible. Cifrabán en mis triunfos todas sus ilusiones. Mi diploma de honor colgaba de una pared en la casa paterna. Empecé a pensar con terror en la idea de volver al pueblo. Temía menos a las lágrimas y los reproches inevitables de mi madre que al disgusto silencioso de mi padre. Mi tutora en Odessa, Mme. F. S., me ayudó cuanto pudo a sortear las amarguras de aquellos memorables días de 1891. En 1926 acompañé al cementerio de Moscú los restos de la mujer exquisita que desempeñó papel tan importante en mi temprana juventud. Añadiré, por último, que, a pesar de su decepción, mi padre siguió mostrándose orgulloso de que su hijo hubiera sido "el primero de su clase".

Tres años después me sucedió un nuevo incidente, por culpa esta vez de unos temas sobre literatura rusa. La literatura, la historia y las matemáticas compartían mis entusiasmos escolares. Cuando las personas mayores me preguntaban qué me gustaría ser, me apresuraba desde muy chico a contestar... siempre que la timidez me lo permitía: "Escritor". Seguía los estudios literarios con aplicación excepcional, y en ello rivalizábamos varios alumnos del quinto curso. Ocurría, empero, que nuestro profesor, un tipejo miope, necio y pobre de espíritu, llevaba casi un tercio de temporada sin devolver corregidos nuestros trabajos, ni hablar siquiera de ellos. Tras de solicitarlos repetidas veces, empezaron a surgir las protestas. No revistieron en esta ocasión carácter de abucheo colectivo, sino el de faltas de respeto y groseras chanzas de evidente significación agresiva.

Tomado de sorpresa y enojado, el profesor abandonó la clase una mañana. Por consecuencia del descalzo, dos alumnos —uno de ellos el autor de estas líneas— sufrieron veinticuatro horas de encierro y doce un tercero. Esta fué mi segunda tragedia escolar.

A pesar de lo sucedido, el profesor mantuvo a mi respecto una actitud de seriedad bondadosa. Mis compañeros volvieron a dividirse en campos, y hallé entre unos y otros parti-

darios tan fervientes como enemigos llenos de encono.

Recordándome tal cual era entonces, veo un arrapiezo de amor propio exaltado, es cierto, tímido al mismo tiempo, y no muy fácil del todo de guiar. Al entrar en la escuela, el muchachito aquel no abrigaba sentimiento alguno de superioridad sobre sus compañeros. Pero cuando se hubo ganado el primer puesto, y con mucha ventaja sobre el que le seguía, se dió probablemente cuenta de que tenía más capacidad que el resto de sus condiscípulos. Aquellos que le trataron con más intimidad se apresuraban a reconocer su jefatura tanto en los juegos como en el esfuerzo de trabajo.

Un ambiente tal no podía dejar de ejercer influencia sobre su carácter. No carecía, sin embargo, el adolescente del sentido de autocritica. Exigía mucho de sí mismo. Su instrucción y sus rasgos personales le causaban hondo descontento, y este descontento aumentaba a medida que el estudiante iba creciendo en estatura. Se encolerizaba cada vez que se veía tomado en falta, y lo que acontecía con más frecuencia, cuando advertía la existencia de muchas cosas desconocidas para él, de libros infinitos que él no había leído y de los que los demás hablaban con seguridad y aplomo.

Una noche, Mr. F..., mi tutor en Odessa, me preguntó con aire grave al tiempo de pasar a mi lado: "¿Reflexionas acerca de la vida, amigo mío?" Solía emplear por broma esta especie de retórica solemne, dando a su voz un tono teatral e irónico. Sentí en aquel momento como si sus palabras me abrasaran. ¡Sí! Eso era exactamente lo que hacía, aunque no me hubiera atrevido hasta entonces a dar el nombre de reflexión a mis inquietudes infantiles frente al porvenir.

Mi tutor pareció descifrar de corrido mis pensamientos. "Lo adiviné", repuso en otro tono. Luego me palmó cariñosamente la espalda y marchó a su habitación.

(Continuad.)

LA HISTORIA Y LA CASA DE "BALILLA"

(Continuación de la pág. 7)

cerca posible de sus establecimientos.

Al lado de las viejas casas del tipo de aquellas donde nació Balilla, se levantan bellísimos palacios dotados de todas las comodidades alpinas. Hasta un soberbio castillo ha sido construido en estos últimos tiempos, indudablemente con distinto objeto que aquel por el cual se erigió la temible fortaleza de los Fieschi.

Cuando la carretera permita llegar en automóvil o en coche delante de la Casa de Balilla, todos los entusiastas de nuestras glorias patrias se trasladarán, con toda seguridad, a visitar con frecuencia un monumento tan interesante, y la aldea de Prato Longo demostrará, ante todo, cuánta multitud puede hospedar la mayor aglomeración de casas de la Municipalidad alpina.

DICCIONARIO CASTELLANO

Conforme al de la "Real Academia Española" (última edición) y conteniendo todas las palabras del mismo; formato cómodo, manuable, de 690 páginas encuadernadas en tela, muy útil para todos. Remita \$ 1.— en estampillas y se lo enviará a vuelta de correo la Librería "La Humanidad"

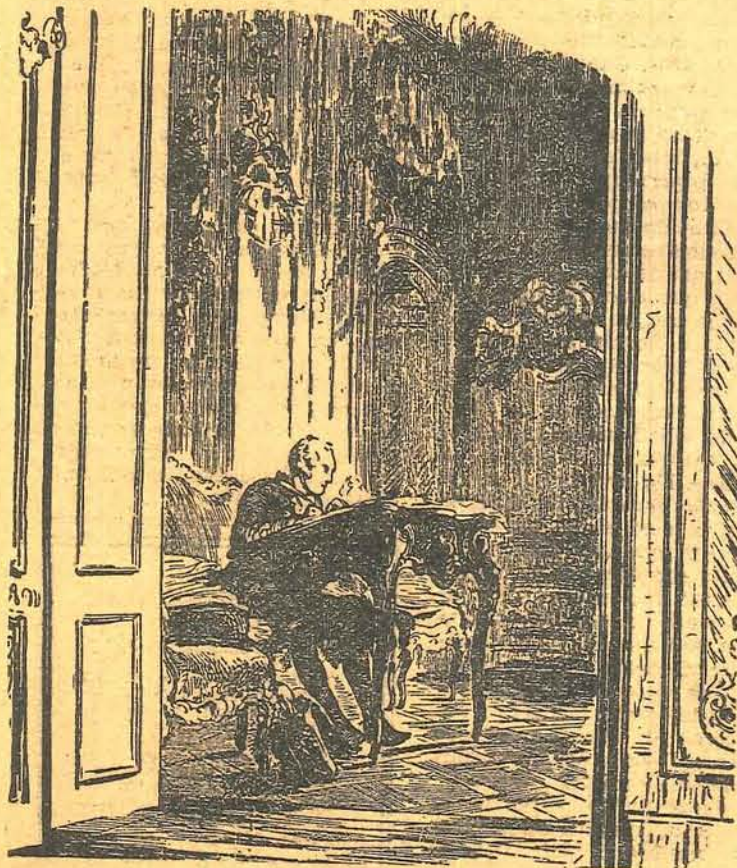
Santa Fe 2059 - Buenos Aires



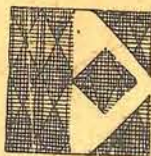
"Antes de la batalla de Leuthen"



"Federico el Grande"



"El emperador en su cuarto de trabajo de Potsdam"



N estos momentos Alemania recuerda con renovada atención al gran pintor y dibujante Menzel. Se conmemora el 25. aniversario de su muerte. El pintor nació el 8 de diciembre de 1815 y falleció el 9 de febrero de 1905. Puede asegurarse que este jubileo conmueve a la nación, y no sólo a la nación alemana, sino también a una parte considerable del mundo artístico. Porque es difícil que de todos los pintores alemanes del siglo XIX haya despertado alguno en el mundo entero un interés tan considerable. como Menzel: el único que podría competir quizá con él en cuanto a la popularidad internacional, es Wilhelm Leibl (si no tenemos en cuenta a ciertos artistas de segundo y tercer orden que también han conquistado tal popularidad). Podemos afirmar que el gran arte alemán del siglo XIX será representado por los nombres de Menzel y Leibl, así como el arte alemán del siglo XVI se concreta en los nombres de Dürer y Holbein. Es posible que haya merecido cierta gloria en el mundo el artista clásico, germano-romano Anselm Feuerbach, de quien hablé recientemente en estas columnas; pero no es posible comparar su celebridad con la de Menzel o la de Leibl.

La tierra natal de Menzel, de este "archiberlinés", sin el cual no es posible concebir a la ciudad de Berlín en 1840, en 1850, en 1860, en 1870 y aun más tarde, la tierra natal de este "archiberlinés" era Silesia. Menzel nació en Bratislava. Es posible que haya recibido el primer estímulo artístico en su casa paterna, pues su padre era litógrafo. Pero ese estímulo fué, sin duda, insuficiente. Su padre no era un artista notable y Bratislava no era tampoco una ciudad capaz de alimentar una vocación artística considerable. En cierta época se habló de hacer estudiar una profesión al joven Menzel. Pero la vocación artística del mozo era demasiado fuerte, y como el taller paterno era una buena base para el oficio de dibujante, el joven Menzel fué destinado finalmente a las bellas artes, conforme a su vivo deseo. En 1830 fué a Berlín a iniciar sus estudios y en 1833 ingresó en la Academia de esa capital. Sus estudios académicos no fueron precisamente felices, y lo que realizó Menzel más tarde como maestro lo debió en gran parte a sus fenomenales adquisiciones de autodidacta.

Las primeras obras exhibidas por Menzel tienen cierta relación con las tradiciones paternas: son series de litografías. (La técnica litográfica estuvo muy en boga allá por el



"Voltaire a la mesa de Federico el Grande, en Sanssouci"

EL MAESTRO ALEMAN

Por WILHELM

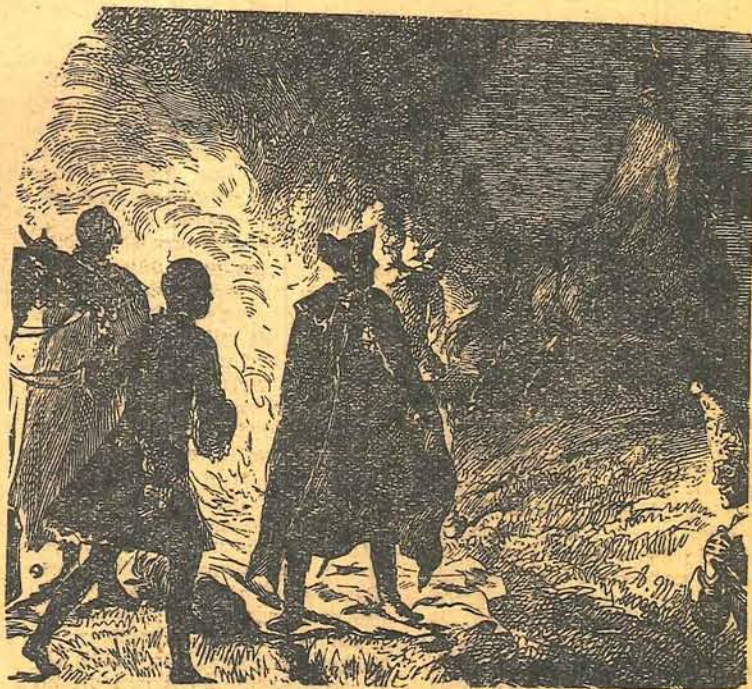
(Para LA NACION)

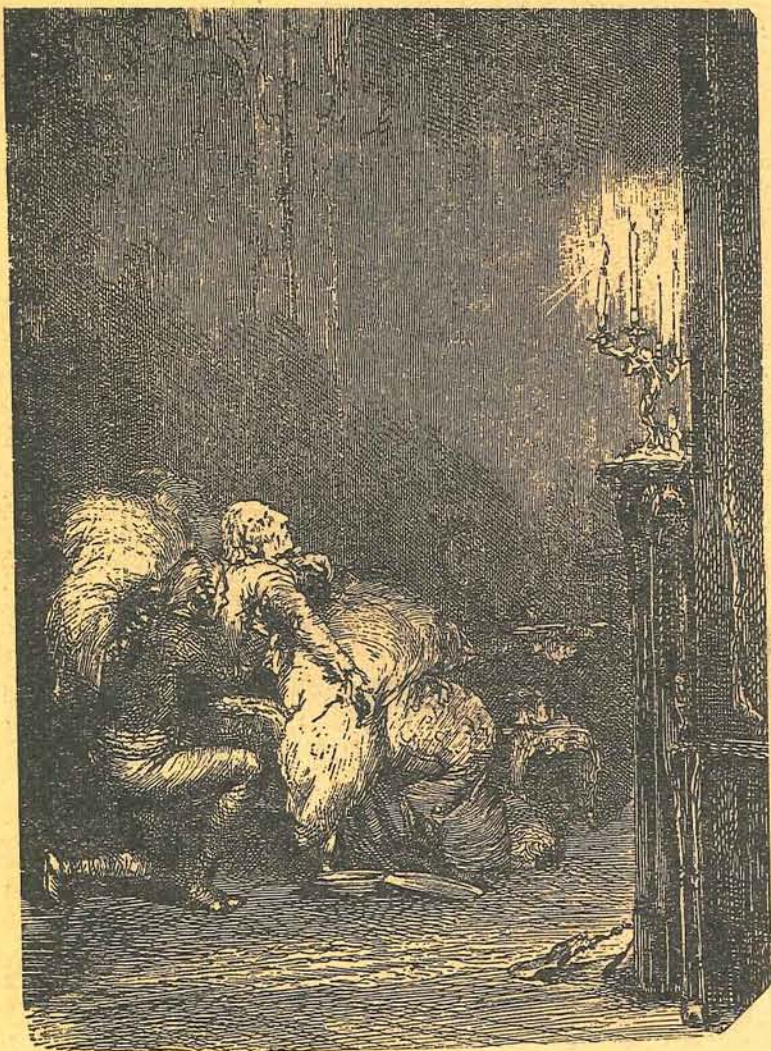
año 1830; se sabe que trabajaron simultáneamente en París, Vernet, Daumier y Gavarni). La primera serie de litografías de Menzel es un ensayo de evocación alegórico-típica de la vida de los artistas. A esta obra firmada en 1837 sucedió poco después, de 1839 a 1842, la elaboración de las ilustraciones de una Historia de Federico el Grande de Prusia, escrita por Kugler. Menzel ilustró con un gran número de dibujos este libro amable y algo ingenuo del tiempo de Biedermeier. Estos dibujos revelan a un artista en posesión de una maestría poderosa y certera. Así como puede recomendarse a cualquier espíritu crítico animado por una noble afición hacia las figuras humanas grandiosas y heroicas, la lectura de la "Historia de Federico II", de Kugler, asimismo conviene aconsejar a todos los aficionados al arte que estudien el genio del joven Menzel en dichos dibujos, que constituyen los más valiosos docu-

mentos del arte de la ilustración. Sé muy bien que carezco de toda vanidad nacionalista (y creo haberlo demostrado a mis lectores), pero debo confesar que las ilustraciones de Menzel para la "Historia de Federico el Grande" me parecen dignas del hechicero arte francés de la ilustración, en el siglo XVIII, y superiores a las de Doré y Johannot. Lo mismo puede decirse de las ilustraciones que hizo Menzel para una edición de lujo de las obras literarias del rey Federico II de Prusia, publicada de 1843 a 1849.

No debe de extrañar que este tema haya ocupado a Menzel, no sólo al iniciar su carrera, sino durante toda su larga existencia, pues le era muy familiar a Menzel la tierra en que se decidió precisamente el destino de Federico de Prusia, cuya actuación militar rueda en torno de luchas por la posesión de Silesia, de combates

"Federico el Grande en Liegurtz, el 15 de agosto de 1760"





"Muerte del emperador" (17 de agosto de 1786)

GRAN ADOLPH MENZEL HAUSENSTEIN

MUNICH, marzo de 1930.

contra la emperatriz María Teresa de Alemania-Austria.

Si bien es cierto que una parte de las actividades artísticas de Menzel tienen su fundamento en la historia de Federico, y que dibujó más tarde una serie de "hechos memorables de la historia de Brandenburgo y de Prusia", toda su vida no se inscribe dentro de ese círculo: Menzel ha tenido relaciones especiales y altamente positivas con París; en esta afición por Francia siguió también en cierto modo el rastro del Rey de Prusia Federico el Grande, a quien admiraba, pues este soberano fué un amante apasionado de la literatura, del arte y de la cultura de Francia: atrajo a Voltaire a su corte, y no hablaba alemán, sino francés.

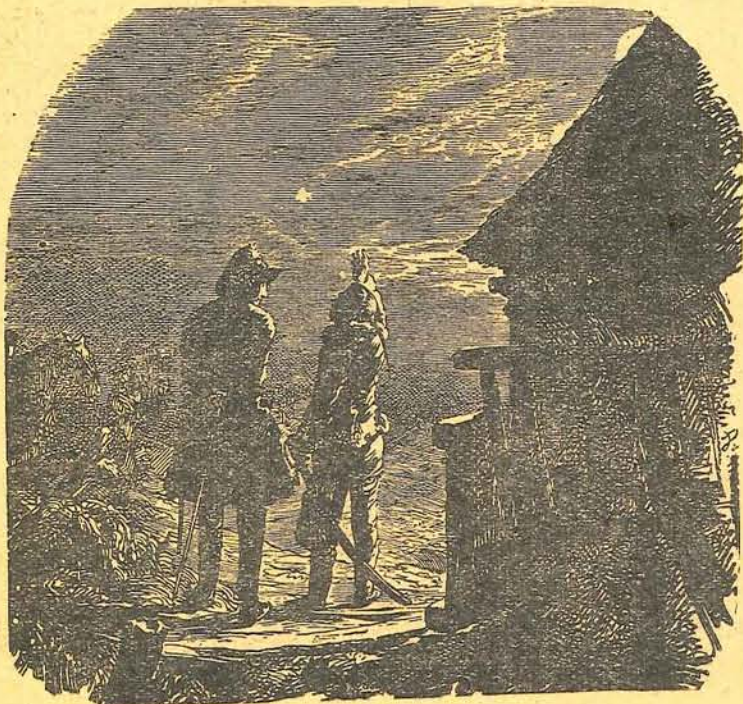
Menzel fué por primera vez a París en 1856. En esa época pintó un cuadro que, si no es el más bello, es uno de los más bellos de su obra: el "Teatro Gymnase". A este respecto de-

bemos hacer una comprobación notable. Este cuadro es ya un perfecto documento del Impresionismo. ¿Pero cómo es esto?

¿No existía ya entonces el Impresionismo en París? No. En realidad, el Impresionismo comienza sólo en 1860. ¿De modo que se presenta el hecho curioso de que Menzel es un impresionista parisiense "antes" del impresionismo parisiense?

¿Cómo se explica esto? Quizá se explique así: el nuevo género pictórico, el Impresionismo, estaba "en el aire", y el alemán lo percibió antes que los parisienses. Fué impresionista antes de Manet, Monet y Pissarro, que pertenecían a generaciones posteriores. Menzel fué impresionista en la época en que pintaba aún el romántico Delacroix, en que Ingres trazaba todavía sus tranquilas líneas clásicas, en que Combet desarrollaba el programa de una pintura realista, sólida y pesada. La verdad histórica nos obliga a poner en claro todo

"El aliado que tenemos allá arriba no ha de abandonarnos"



"El emperador en la batalla de Torgan"

esto. No se le resta nada a la genial grandeza del impresionismo francés; al contrario, pues linda en lo maravilloso el hecho de que, antes de nacer, este impresionismo obrara sobre el huésped berlinés...

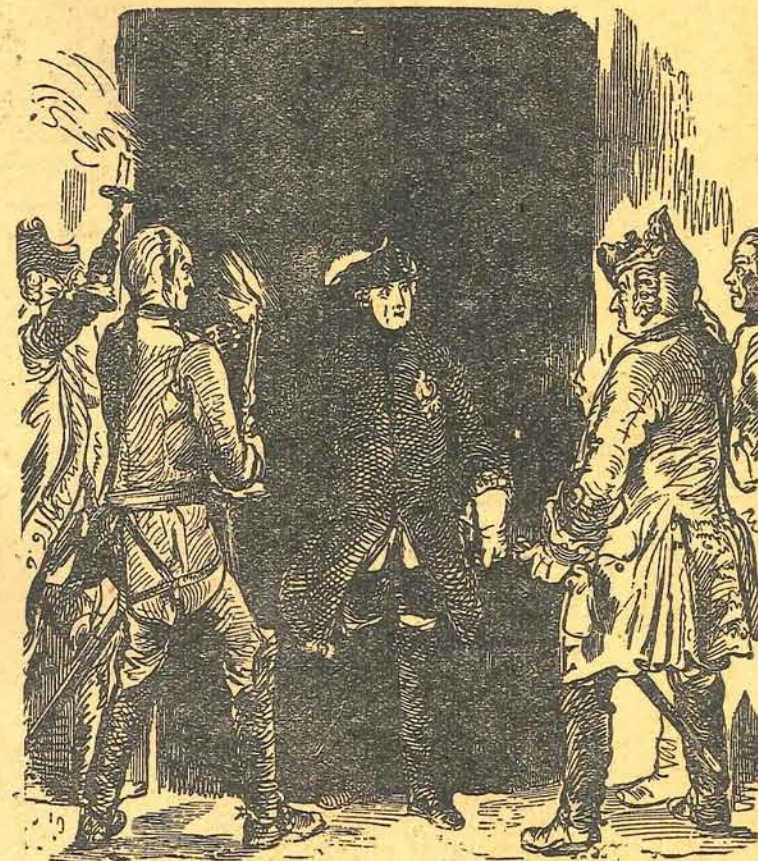
Menzel volvió a París en 1867, cuando pintó el célebre cuadro del "restaurant" de la Exposición, y en 1868. En su segunda y tercera visitas se puso en contacto con Meissonnier y con pintores más considerables, familiarizándose con el arte de Combet y de los impresionistas parisienses, cuya escuela ya había entrado en la historia universal.

Pero Menzel no ha sido dominado únicamente por París, la eterna animadora, y le debe mucho también al genio británico. En 1843 se realizó en Berlín una exposición de obras del gigantesco pintor inglés John Constable, cuya obra no fué apreciada durante mucho tiempo en todo su valor. Creo que esta exposición tuvo sobre Menzel una influencia considerable.

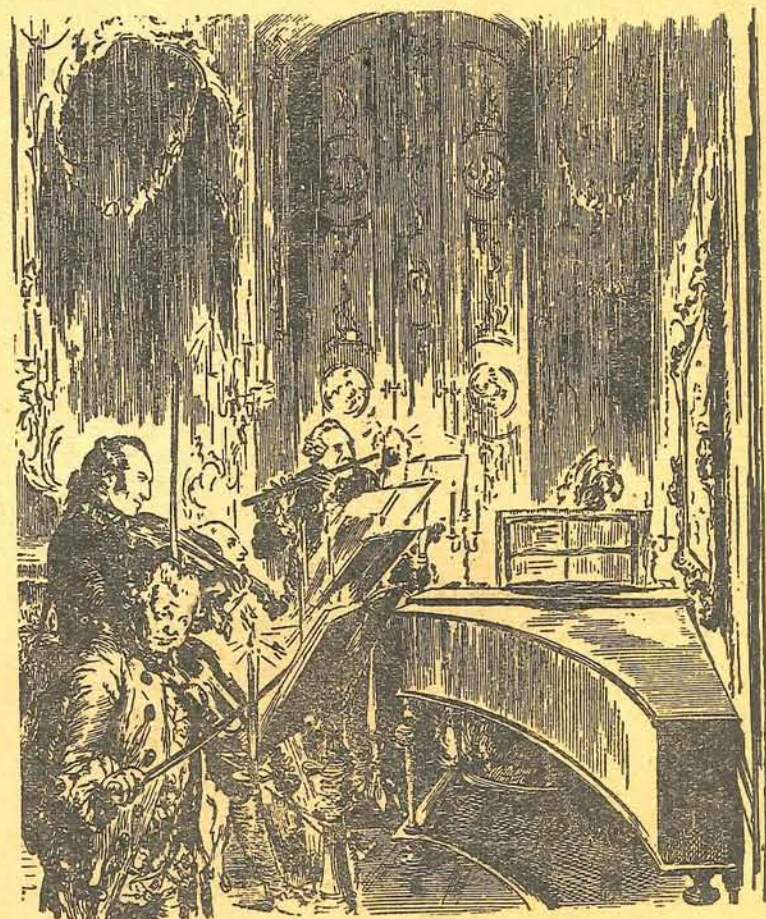
Sin exagerar, puede decirse que esta muestra fué para Menzel "el maestro británico", pues lo que pintó más tarde ha sido anunciado en cierto modo por Constable, el gran solitario. ¿No es maravilloso reconocer en esta forma que el mundo inmenso constituye, por encima de todas las fronteras, una sola familia en el arte?

Pero se le haría poca justicia a Menzel si se olvidara lo mucho que se debe a sí mismo, al gran fondo que poseía, a las bases geniales de su personalidad, a sus "dotes divinas". Por mucho que haya sido lo que asimiló en París y de la obra de Constable, más aun fué lo que poseía personalmente. Tenía una visión altamente original. Es preciso considerar que no se limitó a ilustrar hechos de la historia de Federico el Grande y a confirmarlos y sugerirlos en sus cuadros. Su vocación no era sólo la de pintor de historia. Tuvo una visión clara, casi revolucionaria, de la realidad contemporánea. No pintó sólo el palacio de su soberano, el rey-emperador Guillermo I, sino los edificios modernos, los panoramas industriales, los ferrocarriles, los jardines y los palacios berlineses. Era también un "naturalista" como se dice. Su radio de acción iba de las testas coronadas a los obreros industriales. ¡Tan completa fué la visión de este maestro! Su factura fué también genialmente enciclopédica. Según el espíritu del tema que trataba, pintaba con fina exactitud, con estilo de precisa definición, o con grandes manchas, libremente, con luminosidad y aire, como los impresionistas.

Es casi imposible pasar revista a su obra voluminosa. Menzel fué, no sólo un genio, sino un genio de la actividad.



"Federico el Grande en Lissa, el 5 de diciembre de 1757"



"El viejo Federico durante un concierto en Potsdam (1770)"

LAS IGLESIAS DE TARRASA

irrupción de los pueblos del Norte, y en el propio solar aparecieron luego las tres iglesias que han llegado hasta nuestros días.

La iglesia de San Pedro es de aspecto románico. Por su estructura parece ser del siglo XII, pero el ábside triconque de influencia bizantina, con planta de arco de herradura, es de últimos del siglo VI. Llama mucho la atención el retablo empotrado en el nicho central del ábside. Es un ejemplar único. Sobre una viga de madera descansan tres columnitas que forman cuatro capillas y encima de ellas otra pequeña columna sirve de división a dos capillas más. Sus curiosas pinturas, atribuidas, así como el retablo, al siglo X, son las más antiguas existentes en Cataluña y representan figuras de evangelistas y el Paso del Mar Rojo. El mosaico es bizantino y merecen mención, como curiosidad arqueológica, las piedras de la cornisa exterior, adornadas con los signos del Zodíaco.

La iglesia de San Miguel es una edificación visigótica rarísima, atribuida al siglo VI, que se construyó con buena cantidad de materiales procedentes de otros monumentos anteriores. Sirvió de baptisterio de la primitiva basilica, cuando el bautismo era todavía por inmersión y lo suministraban solamente los obispos y aun en ceremonias y festividades señaladas. Su planta es cuadrada, y en el centro ocho columnas sostienen la hermosa cúpula central, una de las construcciones más notables de influencia bizantina. Tiene una semejanza con la "cella frigidaria" o dependencia central de las casas de baños de aquel tiempo. Hay, además, en esta iglesia, una cripta subterránea, compuesta por tres pequeños ábsides cubiertos con bóvedas esféricas, en el centro de los cuales se conserva el pilar que sostenía el ara del altar. Alguien ha supuesto que en la cripta había el baptisterio de las mujeres y en la planta el de los hombres.

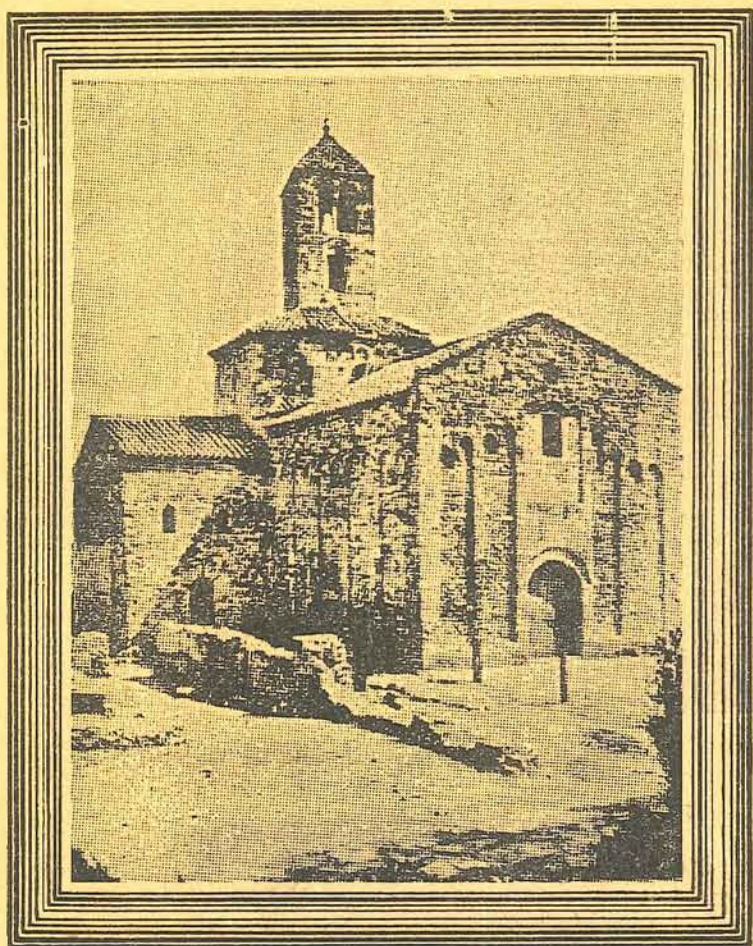
La tercera de las iglesias, la de Santa María, es un bellissimo ejemplar de la iglesia románica catalana, de influencia lombarda, con bóveda apuntada y con planta en cruz latina. El ábside es del siglo VI, en arco de herradura por dentro y cuadrado por fuera. La nave fué reconstruida en el siglo XII. El campanario colocado encima del cimborrio, es muy interesante y bien proporcionado. La magistral bóveda del ábside se halla cubierta totalmente por una gran pintura mural de aspecto gótico primitivo, en el cual se destaca Jesucristo coronando a la Virgen. En la absidiola cerrada del crucero se



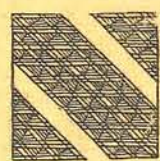
J. VALLES
Y PUJALS

(Para LA NACION)

BARCELONA, marzo de 1939.



Iglesia de Santa María



O muchos en cantidad, pero si los más escogidos de entre los incontables forasteros que han visitado Barcelona durante su Exposición, han sabido tomar un tren eléctrico en el centro de la ciudad y trasladarse a Tarrasa, población que dista treinta kilómetros de la capital, ávidos de contemplar "las iglesias" de dicha ciudad. Estos tales han demostrado ser los verdaderos "gourmets" del arte y de la arqueología.

Uno de ellos, Mr. Paul Deschamps, arqueólogo ilustre, director del Museo del Trocadero, de París, decía públicamente, después de haber hecho la indicada visita: "Las tres iglesias son una cosa única. En todo el mundo no hay nada como aquello. En París y en otras sedes episcopales de Francia, había habido también antiguamente el sistema de las tres iglesias, pero sólo en Tarrasa se ha conservado el ejemplo".

Trátase de tres iglesias antiquísimas, levantadas dentro de un mismo solar o recinto

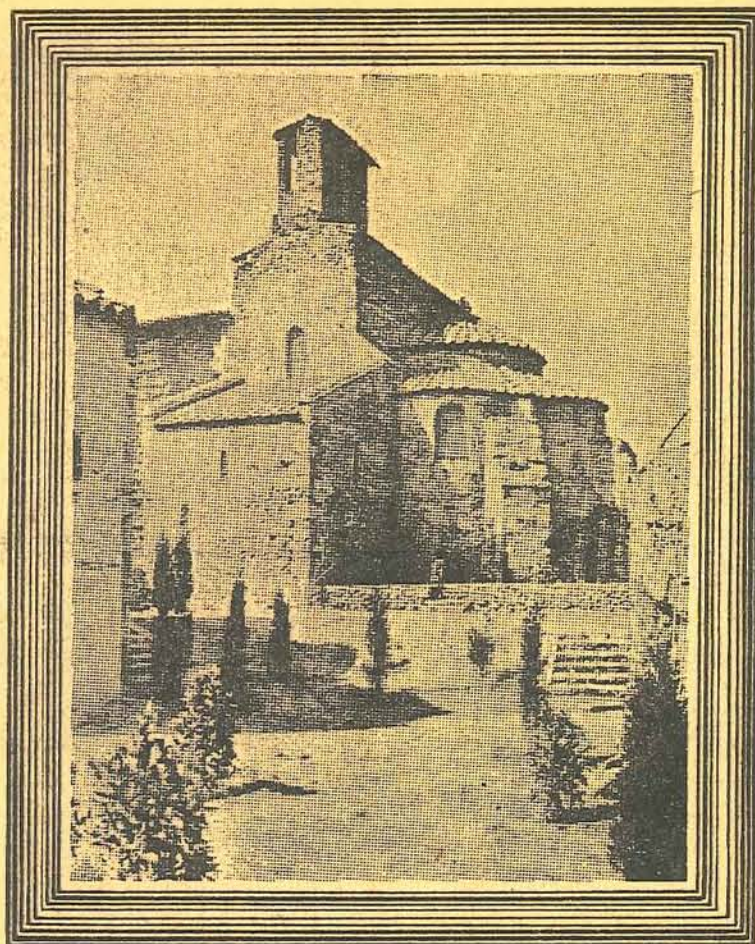
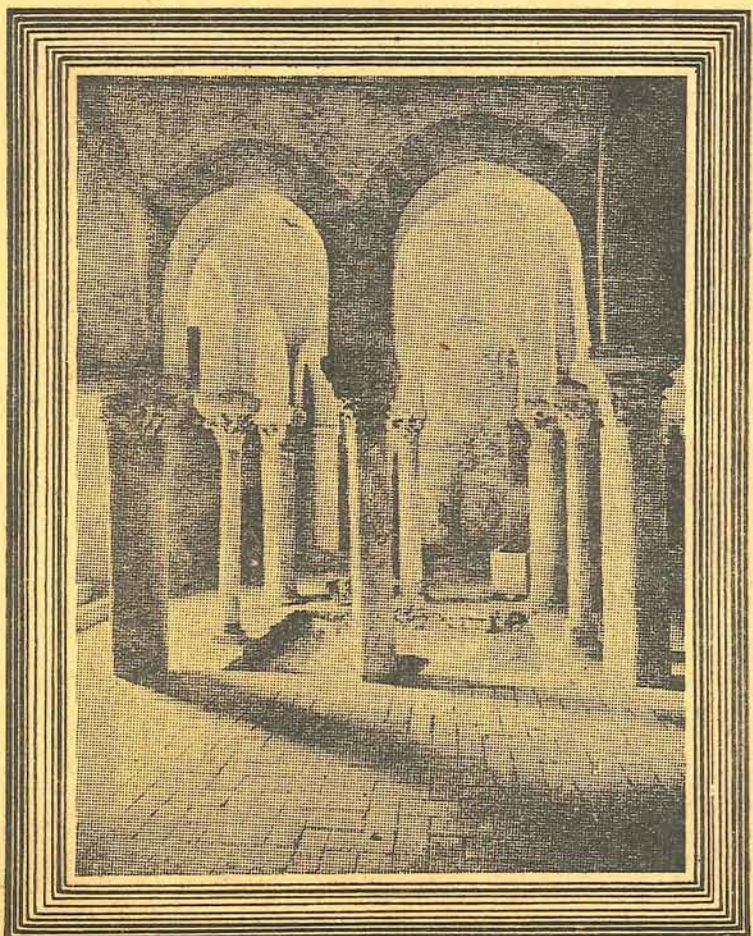
cercado y dedicadas, respectivamente, a San Pedro, a San Miguel y a Santa María.

Se sabe que en el propio lugar donde se levantan dichas iglesias hubo, tres o cuatro siglos antes de J. C., un reducido y rústico poblado ibérico, que después fué la ciudad romana de Egara. Esta tuvo sede episcopal y fué lugar de reunión de varios concilios, en uno de los cuales, celebrado el año 614, se acordó por vez primera en la Iglesia Católica que los clérigos debían conservarse célibes.

En el solar o recinto a que nos referimos quedó enterrada la planta y trozos del mosaico de la gran basilica egarense, por los que se puede ver que era de vastas dimensiones y que el dibujo del mosaico era presidido por una gran estrella central, acompañada de los temas usuales en la época con la simbólica figura del pez.

Aquella basilica desapareció, probablemente cuando la

Interior de la iglesia. Baptisterio de San Miguel

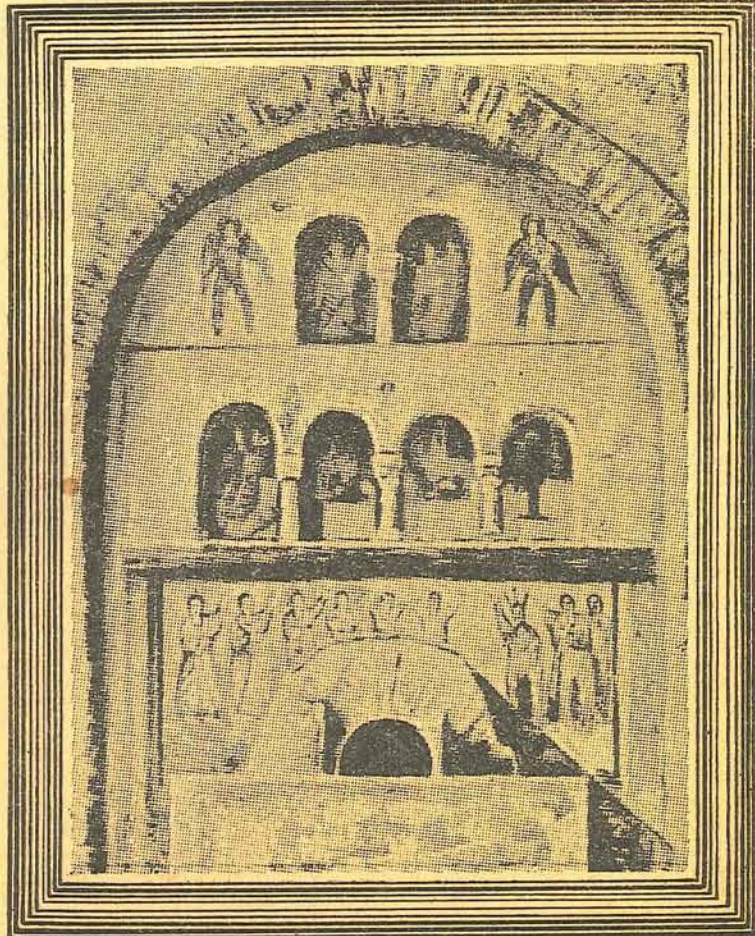


La iglesia de San Pablo

guarda la más interesante pintura mural de esta iglesia. Es del siglo XII y representa el martirio del arzobispo inglés Santo Tomás de Cantorbery.

Estas iglesias fueron enriquecidas, durante el siglo XV, con retablos, dos de los cuales — los de San Miguel y de San Abdón y de San Senen — se han conservado íntegros, y otros — el de San Pedro — sólo en fragmentos. En el siglo XV la pintura revivida del hieratismo de los mosaicos bizantinos por Giotto en Italia y Van Eyck en Flandes emprendía el amplio vuelo artístico que había de culminar en el Renacimiento. En aquella época tomaba cuerpo en Cataluña, protegida por sus reyes, una escuela pictórica formidable, bien catalogada en la historia del arte. El retablo de los santos Abdón y Senen, de las iglesias de Tarrasa, se tiene por el más importante, constituyendo una verdadera joya de la pintura cuatrocentista catalana. Su autor, el famoso Huguet, lo pintó en 1460. Las ca-

Altar mayor. Retablo de la Iglesia de San Pablo



ras de las figuras son de una labor tan perfecta y reflejan un espíritu tan profundo, que es una maravilla. Los dos santos mártires Abdón y Senen aparecen en el gran recuadro central del retablo. A los lados de dicho compartimiento se desarrollan las cuatro escenas más culminantes de la vida y martirio de los santos: su comparecencia ante el tribunal, el momento de ser lanzados a las fieras, su martirio y muerte violenta y la traslación de sus reliquias. La parte inferior del retablo la constituyen tres plafones: en el del medio figuran los dos santos médicos Cosme y Damián, y en los dos laterales las escenas del martirio de los santos y uno de los milagros obrados por los mismos.

Se guardan, además, en las iglesias de Tarrasa, una hermosa Virgen, del siglo XIV, tallada en madera, candelabros góticos de hierro forjado, retablos de altar, sarcófagos de mármol, lápidas, cruces, escudos...

Es un conjunto interesantísimo, al que da realce el punto donde está colocado, que para la historia y la arqueología tiene gran interés y al que rodean mil leyendas.

"MASCARA BLANCA"

Por EDGAR WALLACE
CAPITULO VIII



MASON miró a la mujer de nuevo. No se había movido ni a un respirado, a simple vista, hasta que volvió en sí.

—Aquí dentro lo tiene. — Tocó levemente con la mano la frente blanca. — No; es un suceso policial corriente, doctor. Todas las cosas parecen misteriosas hasta que alguno canta y entonces el caso se torna tan sencillo que hasta el más pobre diablo de Scotland Yard podría explicarlo.

Frunció el ceño, mirando a la mujer.

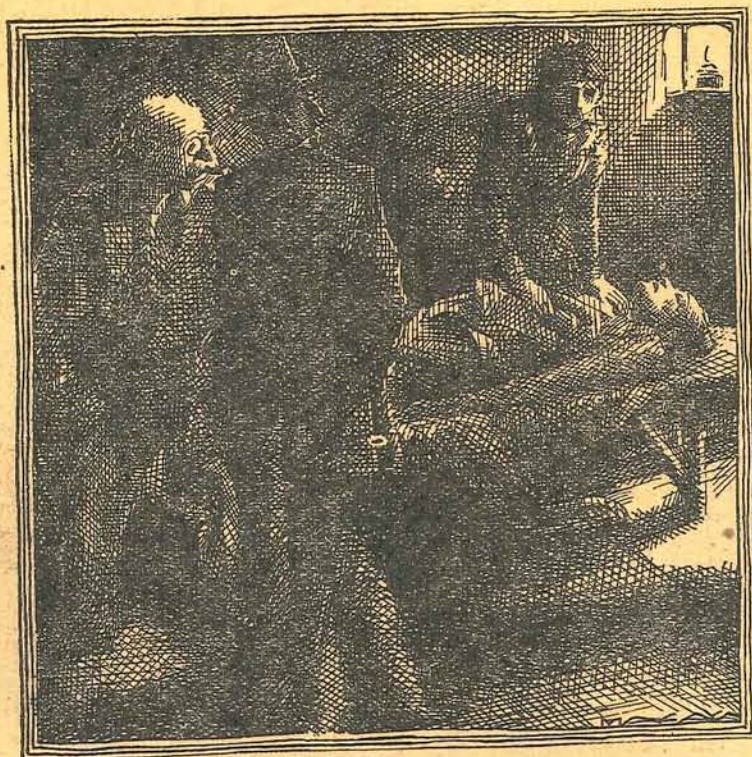
—Está bien; mándela al hospital — dijo bruscamente, y volvió a su despacho.

En realidad, era el del inspector Bray un cuartito con una mesa y una silla, un almanaque del año pasado en la pared, dos volúmenes del "Código de Policía", una guía telefónica de un pie de largo y tres ejemplares de novelas populares decorosamente escondidos bajo el "Código de Policía". Mason llevó uno a la mesa y lo abrió.

La afición por las novelas sensacionales no es cosa extraordinaria en un pesquisa de policía. Mason estaba familiarizado con ese relato, y volvió las hojas al acaso y con negligencia. Tratábase de un asesinato como nunca ocurren en la carrera del funcionario de policía ordinario. Intervienen hermosas damas que conducían sus propios Rolls-Royce y vivían en departamentos exóticos; caballeros que se vestían de etiqueta para cenar, cosa que hacían hasta los mismos pesquisas.

Aquí el homicidio tenía color y fragancia; realizábase en un marco de belleza, en residencias de campo semiconstruidas en madera, con jardines que descendían hasta un río apacible; en mansiones de Park Lane, donde nada menos que un lacayo de reluciente librea podía dar con el cadáver de su amo, yacente al lado de un jarrón de Sevres roto. La alta política también se mezclaba en la trama; ministros de Estado se hacían sospechosos; automóviles poderosos corrían velozmente hacia la playa, en donde aguardaba un "cutter" para llevar a su dueño homicida a su flotante antro de vicio.

Mason movió la cabeza, se rascó la mejilla, cerró el libro y tornó a su propio asesinato, a la mediocridad de Tidal Basin, con sus innumerables calles transversales de sucio pavimento, casas hechas de jerry, todas de un piso, que albergaban tres familias en un espacio insuficiente para un cuarto de baño de Park Lane. El silencioso Tidal Basin con sus puentes colgantes sobre la angosta entrada a los muelles y sus fríos postes de alumbrado eléctrico que exhibían la fealdad hasta en las noches más negras. Aquí vivía y moría la gente; una muerte más o menos, de seguro no importaba nada; pero por haber encontrado su merecido un sujeto que era un fullero, probablemente un pillastre, había luces encendidas en toda suerte de habitaciones raras de Scotland Yard, gente que rebuscaba registros, una prensa de imprimir que marchaba a velocidad febril, ciclistas de policía que volaban a los confines del distrito llevando las hojas recién impresas que describían al difunto, y en diez mil calles y plazas los vigilantes leían, a la luz de sus lámparas eléctricas, la descripción de un hombre desco-



nocido asesinado por otro aun menos conocido.

La maquinaria funcionaba; ruedas y pistones trabajaban atronadoramente, sin objeto, se diría, salvo para entretener a los hombres altos, en sus solitarias rondas, con noticias oficiales de la tragedia.

Mason se levantó y se encaminó a la entrada de la comisaría. Una tenue luz azulada coloreó su mejilla con matiz enfermizo. La calle estaba desierta. Llovía fuerte; las ventanas y puertas de las casas fronterizas a la comisaría estaban negras y amenazadoras.

Por qué se estremeció, no lo supo. Era un funcionario de policía demasiado serio para dejarse influenciar por la atmósfera; y, no obstante la hostilidad del barrio, todas sus posibilidades de mal atravesaron su coraza de indiferencia.

Gentuza ebria y sospechosa. Una idea se le vino a las mientes y se dio una palmada en la frente. Había tres agentes en la sala de investigaciones; los llamó y les dio instrucciones.

—Lleven dos pistolas—. Pueden que las necesiten.

Luego que se marcharon envió un mensaje telefónico urgente a Scotland Yard. En seguida fué en busca del Dr. Marford, que conversaba con el amanuense de la comisaría.

—¿Qué hay del hombre de la máscara blanca? Usted está enterado de todo al respecto. ¿Es una leyenda o tiene algún fundamento? Así había un tipo en el Oeste que, por haber sufrido un accidente que le descompuso el rostro, solía usar ese disfraz.

El médico asintió lentamente con la cabeza.

—Me parece que es el hombre que vi.

—¿Usted lo vió? — Si. Por qué usaba máscara es cosa que no acierto a explicarme, pues su rostro no tenía nada de anormal, salvo una gran cicatriz roja. No tenía precisamente semblante agradable; pero igual puede decirse de infinidad de personas que no usan máscara. He visto a miles de peor cara.

Mason arrugó el entrecejo y frunció los labios.

—Recuerdo al tipo de West End. Veo que algunos diarios recuerdan la circunstancia de que se le vió hace años. Si no me es infiel la memoria, vivía en una guardilla de Jermyn Street. Tenía permiso del comisario para llevar eso en la cara. Hace años que no lo veo; pero lo recuerdo bien. ¿Cómo se llamaba... algo con West... no era Weston?

El médico se encogió de hombros.

—Nunca supe su nombre. Fué a verme hará unos tres años y me pidió que lo tratase por los rayos. Era insensatamente nervioso y sólo fué a la consulta después de haber arreglado la visita por teléfono. Ha ido a verme desde entonces varias veces a eso de la media

noche e invariablemente me paga una libra.

Mason se quedó un rato pensativo, luego se fué al teléfono y llamó a una comisaría central de policía de Regent Street. El sargento de turno recordó al punto al sujeto, pero no estaba seguro de su nombre.

—Desde hace años no se le ve por los alrededores de West End — dijo. — Yard ha discutido acerca de él, dudando de que fuera Máscara Blanca.

—¿No se llamaba Weston? — preguntó Mason, pero el sargento no tenía informes al respecto.

Mason volvió donde el médico.

—¿Vive ese hombre en la vecindad?

Peró el doctor Marford no podía decirle nada. La primera vez que trató con su extraño paciente, vivía éste de seguro en el barrio de Piccadilly; posteriormente sólo se había presentado a intervalos irregulares.

—¿Cree usted que él es nuestro diablo? — preguntó Mason bruscamente, y el magro facultativo se rió entre dientes.

—¡Diablo! Es curioso cómo la gente normal convierte en diablo a todo hombre o mujer anormales: a jorobados y deformes, a bizcos y cojos. Usted tiene ideas casi medievales, Sr. Mason.

Tenía muy poco que decir de utilidad para la policía, salvo que ya no recibía aviso de las visitas del enmascarado. Siempre aparecía por el patiecito que quedaba del lado del departamento de cirugía y entraba por el pasadizo que frecuentaban los pacientes del doctor Marford cuando hacían cola en espera de sus recetas.

—Nunca vi cerrada la puerta falsa, quiero decir la puerta que da al patio — Marford explicó que tenía un sueño muy pesado y que no era raro que sus clientes entrasen de rondón en su casa a despertarlo, avisando su presencia con un toque en la puerta de su dormitorio.

—Nada tengo que perder sino unos cuantos instrumentos y unos cuantos frascos de veneno; y si he de hacer justicia a esos amigos, diré que nunca me han robado nada desde que vivo en el barrio. Trato a esas gentes como amigos, y puesto que son enteramente razonables no me importa que entren a mi casa.

Mason hizo una pequeña mueca.

—¿Cómo puede vivir allí? Usted es un caballero, una persona educada. ¿Cómo puede rozarse con esa gente todos los días, escuchar sus miserias? ¡Uf!

El doctor Marford suspiró y miró su reloj.

—Si el niño es normal, ya nació — dijo, y en el mismo instante el sargento lo llamó al teléfono del escritorio.

El niño había nacido normal

UN POSTIGO ENTORNADO DEJA ENTREVER LUZ

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

y había salido al mundo sin asistencia médica. El padre, hombre minucioso, discutía ya el derecho del médico a honorarios. El Dr. Marford ya tenía experiencia al respecto y sabía que por el hecho de nacer el niño antes de llegar el médico, la madre pretendería, y se le reconocería, el haberse bastado a sí misma.

—Mitad de honorarios, como de costumbre — dijo a la enfermera, colgando el tubo.

—Yo acostumbraba a cobrar mitad de honorarios; y dobles derechos de visita, en caso de ser llamado después; pero eso no daba resultado porque la madre se moría, por lo común, antes de que sus parientes se arriesgasen a gastar en mi visita. La economía de esta gente es excesiva.

La ambulancia estaba pronta. El y Rudd vieron a la mujer a cargo de una enfermera uniformada y el sargento Elk ordenó a un pesquisa que acompañase a la paciente a la enfermería.

Elk guardaba silencio y sus ojos lucían con brillo sobrenatural al repantigarse en el despacho del inspector.

—He aquí un asunto que me va a valer un ascenso — dijo; cosa indigna de ser dicha en presencia de un hombre que esperaba lo más de los kudos —. Hace años que trabajo aquí y éste es el primer misterio verdadero que descubro. Más parecido a un libro que a un proceso policial. Si Quigley husmeara por la vecindad, no me sorprendería que encontrara aquí un nuevo diablo. Es un buen asunto para él.

Mason le mostró una silla.

—Siéntese, querido amigo —, le dijo con falsa simpatía —. ¿Qué características tiene este asesinato que lo separan de los casos ordinarios de apuñalamiento?

El largo brazo de Elk se alzó y apuntó a una dirección que Mason, no del todo familiarizado con la geografía de la comisaría, supuso que sería el cuarto de la directora.

—Ella! — dijo Elk. Su voz tembló —. ¿Qué ocurrió anoche, Sr. Mason? Un desconocido riñe con otro, que se desploma. El primero va en busca de un funcionario de policía y le refiere todo lo ocurrido. Está vivo y en perfecto estado; evidentemente no está apuñalado; mas a los pocos segundos de echar a andar el policía, el denunciante se desploma a su vez como un hombre herido de un balazo. Un ratero vulgar sobreviene y saquea al que acaba de caer, a la vista de Hertford, que le echa mano. Entonces ambos se dan cuenta de que el caído está apuñalado. Nadie vió al que asestó la puñalada; pero allí está el muerto, apuñalado, y el puñal no se encuentra.

Mason se recostó en el respaldo de su silla y cerró los ojos.

—Fin del primer rollo; el segundo empezará en seguida —, murmuró, pero Elk no se alteró. La luz que brillaba en sus ojos era ya un centelleo acerado. Estaba tan agitado como jamás lo estuvo en todos sus años de servicio.

—De no se sabe dónde aparece la señora Weston. Había advertido al apuñalado que lo iban a asesinar. Quiere estar segura de que es él.

—El —, murmuró Mason afablemente.

—No me importa la gramática —. Elk se insubordinó abiertamente en su vehemencia —. Echa una ojeada al caído y se desmaya.

Puso su mano casi violentamente sobre el brazo del superintendente y lo sacudió.

—Yo la observaba. La conocía, aunque no la reconociese de pronto. Se desmaya, y ¿qué vemos? Que es una morfina-

mana, una aficionada a las drogas. ¿No le sugiere nada esto, señor?

—Me alegro de que me diga "señor" —, repuso Mason —. Me estaba preguntando cómo haría para volver a colocarlo en el carril de la disciplina. Si; me sugiere mucho. Ahora permítame que le haga una pregunta: ¿no le dice nada la lata de cerveza que llevaba la señora Albert, y esa misma lata no se asocia en su mente inteligente y activa con la desaparición del Sr. Luis Landor, si tal es el nombre del sujeto que riñó con el difunto?

Elk se desconcertó visiblemente.

—Usted me quiere echar una zancadilla.

—¡Libreme Dios! — respondió el paciente Mason —. Haga venir a la señora Albert. Ya ha esperado bastante para merecer tres clases de pánico: quiero que obtenga la que la haga decir la verdad.

La señora Albert entró. Era una mujer de semblante pálido, que se daba cuenta de su ambiente desgraciado así como de su responsabilidad para con cuatro hijos, de los cuales, según supo Mason, sólo tres habían nacido. Todavía empuñaba en la mano la susodicha lata de cerveza. El líquido estaba ya insipido y nada apetitoso, y un poco se había derramado en su agitación, así es que trajo al despacho del inspector nada más que un aroma vago de lúpulo sintético. Temblaba y apenas profería palabra. Mason no le dio oportunidad de recobrar su ecuanimidad ni su volubilidad.

—Siento haberla detenido tanto tiempo, señora Albert, — le dijo —. Su marido, ¿no es el vigilante nocturno de la Eastern Trading Company, verdad?

Asintió silenciosamente. —¿Permite la Eastern Trading Company a su vigilante nocturno llevar cerveza?

La señora Albert recobró su voz.

—No, señor, — dijo con voz chillona —. El vigilante anterior tuvo que marcharse por beber mientras se hallaba en su puesto.

—Exactamente — dijo Mason, con su mayor brusquedad —. Pero a su marido le gusta echar un trago y es muy fácil pasar la cerveza por el postigo, ¿no es así?

Ella no acertó más que a asentir con una patética pestañada.

—Y él acostumbra a dejar abierto el postigo todas las noches a eso de las once y usted acostumbra a dejar esa lata detrás de la puerta, ¿no es verdad?

Su inquietud creció. No se le ocurrió sino que había sido delatada por un denunciante infame y estaba indecisa acerca de cuál de sus cinco vecinos habría desempeñado papel tan despreciable.

No era fea, según lo advirtió Mason con su manera crítica, a pesar de sus tres hijos, o cuatro, si se realizaban sus peores esperanzas.

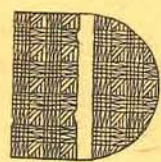
El superintendente se dirigió a su subordinado.

—Ahí está el eslabón — dijo —, y por allí fué por donde escapó el Sr. Luis Landor: por el postigo de la puerta. ¡Oh, no se aflija!, ya despaché varios hombres a registrar el patio; pero si tengo alguna perspicacia, Landor ya se fué. Ya he comunicado sus datos.

La señora Albert, esposa del vigilante nocturno, se dejó caer con aire culpable en su silla, fijos sus ojos agónicos en Mason. La tragedia verdadera era para ella, no la muerte del desconocido apuñalado por manos ignotas, sino la despedida de su marido del único empleo que

(Continúa en la pág. 36)

"LA ESPAÑA DEL CID"



ICE Keyserling en su libro "Europa" que en Italia se da un fenómeno semejante al de China; dice que al nacer un ita-

liano parece como que en él se renueva la raza, limpia de toda tara hereditaria; lo cual asigna a la gente italiana el sentido de una rara y constante juventud racial. En cambio, todos hemos podido asistir, y con bien explicable expectación, a la encuesta dirigida a los jóvenes españoles por "El Sol", de Madrid. Casi todos los jóvenes hablan como si no fuesen jóvenes, sino personas desengañadas y sobrecargadas de una ilustración trascendental; como seres que en su aparente modernismo, y por lo mismo que declaran despreocuparse del amor, de la patria, de los sentimientos comunes a la generalidad, resultan tristes. Tristes, porque demuestran estar "de vuelta", o sea lo propio de la vejez.

Lo indudable es que una nación necesita estímulos profundos, aspiraciones levantadas, un deseo fervoroso de ser algo grande. Aun después de confesar que la gesticulación a todo trapo no es recomendable, y que el vivir en estado de perenne arenga es, incluso una inmoralidad, siempre tendremos que reconocer que con una ideología senil, con un ánimo de gente que está de vuelta, no se va a ninguna parte. Y lo primero en la vida es la voluntad fervorosa de querer ir a algún lado. (A algún lado que no sea un bodrio ideológico y sentimental del tipo Tolstoi, o cosa parecida, porque eso equivaldría a no haberse movido del seno de la vejez).

El señor Menéndez Pidal persiste en su verdaderamente magna obra de reconstrucción de la figura del Cid, y los dos gruesos libros que en estos últimos meses ha publicado sobre la materia vienen a acentuar la grandeza de su noble esfuerzo. La persona del célebre Campeador está perfilándose y adquiriendo densa realidad entre sus manos pacientes y expertas, como en un milagro de composición creadora. Hace un siglo no más, la persona del Cid pertenecía al reino de la leyenda y su vago contorno se adivinaba apenas entre las brumas del mito; actualmente podemos contemplarlo como un hombre verdadero, sin que su real humanidad le robe, sin embargo, tamaño e idealismo a la figura.

El caso de Menéndez Pidal, que aplica todo el fervor y todo el tiempo de su existencia al estudio de un gran soldado, en una época en que la guerra adquiere su máxima impopularidad, resulta doblemente interesante y meritorio. Con ello se confirma la necesidad de que la inteligencia creadora y experimentadora se mantenga apartada de las disputas parcialistas y al margen de la actualidad de tono periodístico, si queremos que produzca obras de consistencia auténtica. La guerra, en efecto, pasa por un mal momento, está desacreditada entre la masa más vehementemente de los intelectuales y tiene que sufrir las duras y bien organizadas campañas que le hacen en casi todas las naciones de Europa, incluyendo a España en la cuenta.

Hay una literatura antimarcial que amenaza inundarnos a todos. Esa literatura, como es lógico, empieza en Rusia (descontemos el caso aislado y remoto de Barbusse), porque el propósito parte de Rusia y es al comunismo rojo a quien más aprovecha; después halla en Alemania un foco de fecunda producción; más tarde las tra-

ducciones y el interés mercantil editorial se encargan de difundirla por todo el mundo. Pero si en determinadas naciones, belicosas por naturaleza y hasta por interés, puede ser beneficiosa una propaganda antimarcial, yo no sé qué utilidad tiene que rendir en España. Actualmente ha decaído tanto en España el espíritu guerrero, que predicar entre nosotros contra la guerra es lo mismo que ensañarse con un cadáver.

España tuvo fama de belicosa. Las glorias militares han llenado su alma de noble entusiasmo durante muchos siglos y con la espada en la mano ha sabido abrirse camino y dejar en la historia recuerdos de proezas insuperables. A filo de espada abrió para la civilización el Nuevo Mundo. Defendió con las armas a Europa frente al sarraceno invasor, primero en la propia península y después en Oriente y en el Mediterráneo contra el turco. Se erigió en el soldado de la latinidad, del romanismo, del catolicismo, poniendo en la hazaña toda su vida, todas sus riquezas y su misma reputación, hasta perderlo todo y quedar bajo el peso de su fanatismo y su crueldad. Si hubo que derribar a Napoleón, todavía encontró España fuer-

El insigne filólogo D. Ramón Menéndez Pidal, que en "La España del Cid" ha hecho revivir una figura legendaria y una época gloriosa

zas en la profundidad de su heroísmo. Y por espacio de dos siglos se consideró que el soldado español era la suma de la eficacia, de la técnica y de la valentía. Los españoles, por su parte, sentían el orgullo de haber sido designados por la Providencia para ser soldados,

y se consideraban como los hombres de guerra por antonomasia. Quevedo, por ejemplo, lo expresa así ostensiblemente y como un fenómeno natural.

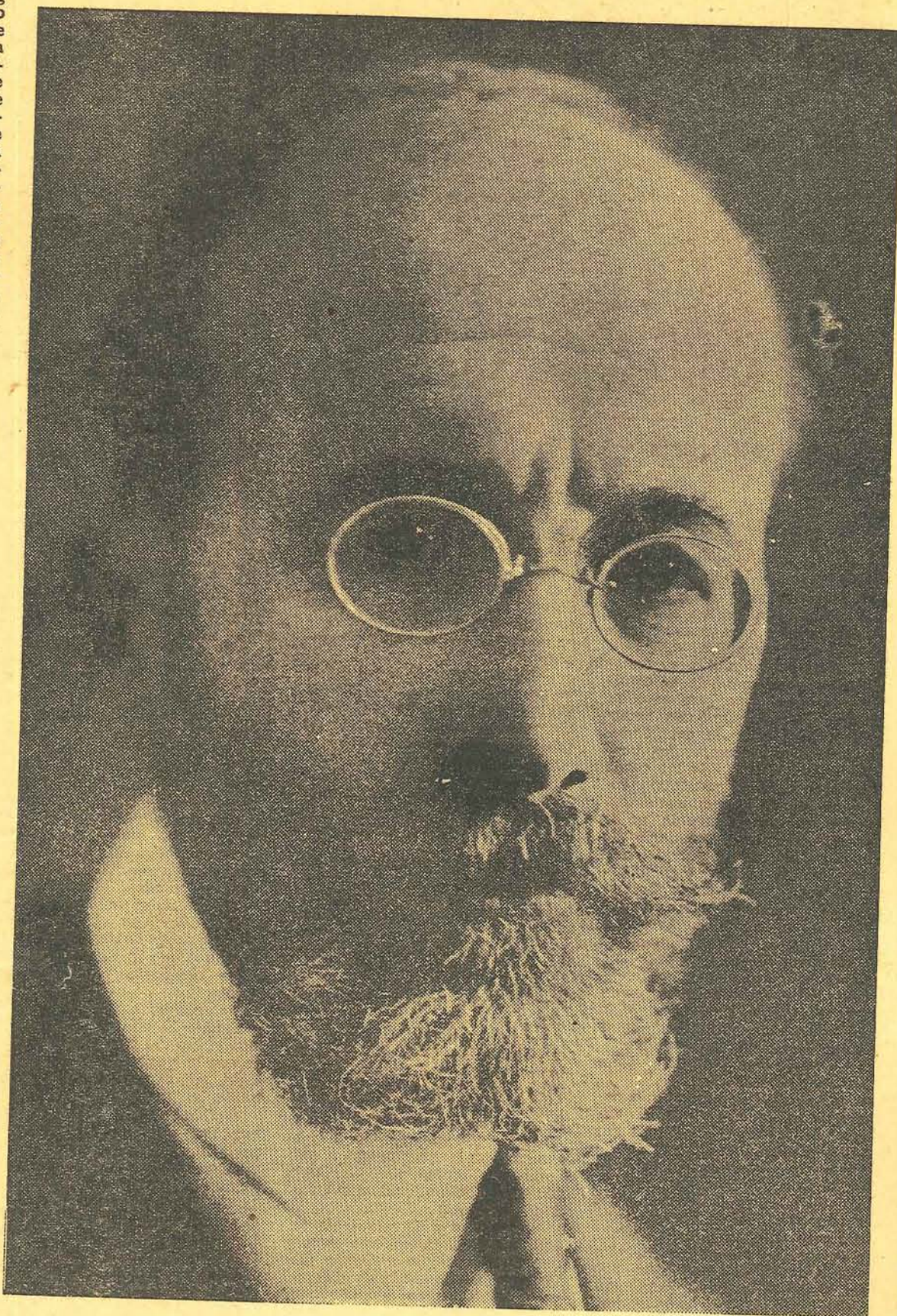
En cambio, en nuestros días será difícil hallar un pueblo que sea más adverso a la guerra y que muestre mayor desvío por las glorias militares. En cuanto a las aventuras militares, bastará que recordemos los años de la guerra europea y cómo los grandes esfuerzos de los que pretendían empujar a España a la guerra se estrellaron contra la negativa firme y perseverante de los españoles. Los políticos responsables saben todo lo que ha costado el llevar hasta el fin la campaña de intervención en Marruecos. Por eso resulta tan extraña, tan infundada, la propaganda literaria contra la guerra que está inundando nuestro país. Difícilmente se encontrará un literato español de cierto fuste que sienta la menor intención de recordar las hazañas guerreras de su patria y que al hablar de la milicia y de los hombres de espada no apoye sus palabras con una sonrisa o con un gesto de enemistad.

La guerra es mala y hay que evitarla. Todas las personas de corazón estamos conformes con ello. Pero luego hace falta sa-

ber si a los pueblos que no han realizado todas sus aspiraciones, si a los pueblos que llevan a su espalda una tradición de grandeza y tienen el deber de aspirar a algo que sea eminente, les conviene extraer de su ser las últimas raíces del heroísmo. Don Quijote es un hombre peligroso; en el moderno tipo de ciudadanía a que se aspira, Don Quijote es un súbdito indeseable, incapaz de emitir su voto en los comicios con mediana formalidad e inhábil para hacer buen papel, tanto en la Casa del Pueblo como en el Círculo Conservador. Perfectamente. Pero no es menos peligroso e indeseable Sancho Panza? Y a esto se va, indudablemente, con esa doctrina del antiguerrismo y la antiheroicidad. Se tiende a limar y mutilar las posibilidades de idealismo, de sacrificio, de lealtad, de valor, de desprendimiento, de locura, para conseguir un tipo de sociedad sensata y práctica que encaje como a la medida dentro de una perfecta civilización. Lo malo, y ahí está el inevitable peligro, es que la civilización se puebla completamente de Sanchos. Y con el concurso de los Sanchos, preciso será reconocerlo, nunca se ha conseguido crear una civilización que merezca la pena.

Ese Cid que el señor Menéndez Pidal está reconstruyendo con sus incomparables estudios es una prueba bien elocuente. Se le tenía por un varón forzado que hace enormes valentías, y nada más. Es posible que le echasen en cara su analfabetismo, como han solido echárselo a Francisco Pizarro. Pizarro. Un soldado que no sabía leer. ¿Para qué sirve eso? Pero en la obra de Menéndez Pidal sale espléndido un ejemplar de humanidad trascendente, un político sagaz, un gobernante hábil y justiciero; un estadista, en fin, que antes que ningún otro tiene la visión de una España grande y unida, y que al servicio de esa ambición constructora y civilizadora pone su espada y su sangre, desde luego; pero, además, todos los recursos de su extraordinaria inteligencia y todo el fervor de su noble alma.

"La España del Cid" que el señor Menéndez Pidal ha publicado nos muestra a un pueblo en su instante de heroica construcción. Todo es denso, heroico, ambicioso, en esa hora sagrada de España. Y el contraste con el estado de espíritu actual resulta, por lo mismo, tan profundo. Actualmente la España intelectual se ve como asediada por una especie de mesianismo catastrófico. Desde los acontecimientos del 98, sobre todo, este enfermizo estado de conciencia ha ido agrandándose. Si bien en todas partes el ejercicio de la literatura tiende a favorecer el desarrollo de una especie de disgusto trascendente, tendremos que reconocer que esa cualidad, o ese mal, en España alcanza proporciones imponentes. En ningún otro país del mundo consigue un valor, un prestigio, una eficacia tan grande como en el nuestro una postura protestante. Desdichado el intelectual español que aspire a una obra constructiva o afirmativa. En cambio, con un mínimo de inteligencia, con una capacidad mediocre, cualquier escritor puede adquirir renombre y estimación nada más que con proferir sistemáticamente conceptos destructivos. Pero de estas cosas heube yo de tratar en otro tiempo con tanta asiduidad y vehemencia, que será mejor pasar de largo. Para mí, este mesianismo catastrófico es la carga moral más penosa, más intolerable, que un español orgulloso tiene que soportar sobre su vida.

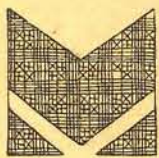


JOSE
MARIA
SALAVERRIA

(Para LA NACION)
MADRID, marzo de 1939.

PIETRO SOLARI

ILUSTRACIONES DE BILLIKEN



I nombre, señor redactor, es Mayer: Hans Mayer. Si mira usted en la lista de abonados al teléfono, yo soy el décimoquinto.

Hans Mayer de la tercera columna de los Hans Mayer que en caracteres de imprenta están escritos el uno bajo el otro. No, yo no tengo teléfono: vivo en casa de aquel otro Hans Mayer del que le he hablado, el décimoquinto de la tercera columna. La homonimia no cabe duda que es fastidiosa, pero también tiene sus ventajas. Le explicaré la cosa: tenemos un cierto parecido que sabemos cultivar. Cuando, por ejemplo, se presenta un acreedor, digamos el sastre, yo doy la cara y con los documentos en la mano le demuestro que jamás me ha vestido ni desnudado. El cual me palpa la solapa de la chaqueta, me mira, no me reconoce, hace aspavientos y pone el grito en el cielo, hasta que por fin se marcha con una vaga impresión de haber perdido en el camino algún tornillo. ¿Que si vuelve? Naturalmente que vuelve. Entonces si hay dinero en casa le abre la puerta el socio y le explica el equívoco: me llaman, tienen a gala el maltratarme, pero de broma y por ganas de alborotar. Vd. de sobra sabe cómo se alegra la gente cuando puede costrar, y que una tontería es bastante para hacerla reír. Si no hay cuartos en casa se inventa otra cosa, porque no nos falta imaginación para inventar patrañas.

Alguna vez le toca el turno a alguna hermosa mujer. Y en semejantes casos abre siempre él. Es más: está convenido que yo "ahueque el ala" con cualquier pretexto; y pobre de mí si no me espabilo. Hans — me llama el socio con una voz tierna, pero amenazadora al mismo tiempo: — ¿por qué no vas al banco a hacer aquel depósito, ya que a las cuatro cierran?

Yo sonrío sin ganas, miro a la mujer, trago saliva, trato de ganar inútilmente tiempo buscando un pretexto que no encuentro nunca, y mientras tanto los ojos metálicos de Hans me han empujado hacia la puerta. Cuando sin dar tiempo a que yo me aleje, una vez la puerta cerrada, llega a mis oídos su risa. ¿Acaso no ha sentido usted nunca el frenesí de matar a un hombre a sangre fría? Pues bien, ese es el impulso que yo siento dentro de mí cuando le oigo reír a Hans y a la amiga de semejante modo. ¿Qué banco, ni qué depósito! ¿Cuándo hemos tenido nosotros depósitos en el banco? Pero dejemos esto a un lado. Y me encuentro en la calle contemplando los escaparates, yo que odio los escaparates; luego le diré por qué. Ahora bien, recuérdeme usted, porque si no me llama la atención yo soy muy capaz de echarlo en olvido. — Y allí me estoy embobado ante el cristal, pensando: "Son las tres y media". ¿A qué hora podré subir sin que Hans me eche un gritito porque sea demasiado temprano o demasiado tarde? ¿A las cuatro? Pero yo bien sé que a las cuatro todavía la hablará de usted. ¿A las cinco? Es muy probable también que desde hace una hora se haya marchado ya. Con las mujeres no se sabe a qué atenerse, sobre todo con Hans. Vd. no le conoce. Es un mujeriego terrible, un mujeriego que odia a las mujeres porque no puede prescindir de ellas. Con un hombre semejante no es posible atar dos cuartos de comino. No se saca nada en limpio, se queda uno en ayunas, peor que peor. Cuando subo, ¡oh, el cielo me ayude! ¿Qué es lo que le habrá hecho para que se haya puesto tan furioso? Pero lo gracioso del caso es que luego se desahoga conmigo y yo tengo que sufrir las consecuencias; y si los otros días tengo que oír palabrotas y ultrajes, en esta ocasión las subraya con puntapiés, cachetes y pellizcos en los brazos. ¿Que por qué no le doy un puñetazo? No crea, que ya lo he pensado; y sin exageración puedo decirle, y no por vanagloria, que a con-



secuencia de un puñetazo mío alguno ha ido a parar al hospital. ¿Pero qué quiere usted que yo haga! Son aquellos ojos fríos y agudos de Hans que no me dejan vivir en paz: me mira y me paraliza. ¿Cómo se explica usted esto? Me podría matar, él tan esmirriado, a fuerza de ultrajes y yo no rechistaría. Pero ya he hablado bastante sobre esto. Una vez vino a vernos una mujer, que cuando se marchó pocos minutos después, la casa parecía un campo de batalla. ¿Guapa? Yo no soy juez en la materia y para mí todas las mujeres son lindas. Probablemente será porque no las he tenido nunca. Esta, hay que tenerlo en cuenta, no era ni mucho menos una chiquilla. Parecía tener de treinta y cinco a treinta y ocho años. Más bien cuarenta. Ecurrida, extraplana, angulosa. ¿No ha visto usted nunca a esas muchachas de catorce o quince años que no siendo todavía mujeres pero tampoco niñas, ni carne ni pescado, se mueven con ciertos brinco desgarbados que recuerdan un poco a las marionetas? Hans dice que sólo el hombre puede remediar esto y que una vez que han saltado el foso, sus movimientos se dulcifican en una suavidad del todo femenina y gatuna. Hans conoce bien estas cosas. Dice que ocurre lo mismo que cuando se afina un instrumento: de repente, después de todos aquellos chirridos y desagradables sonidos, después de aquellos surge milagrosamente una melodía que encanta. Pues bien, ésta era como uno de esos muchachotes de quien habla Hans. Se llamaba Ruth. Llegar a aquella edad sin haber jamás frecuentado un hombre y caer por primera vez en las manos de un Hans Mayer, ¿puede Vd. figurarse lo que sucedería! Es lo mismo que ocurrió con aquellos señoritos de diez y siete años que cuando llegó la guerra dieron un salto desde las faldas de mamá a las trincheras de Verdun; ¡excuso decirle en qué estado iban!

Ruth a la primera visita salió corriendo como si hubiera visto al diablo. Y Hans, con aquella risita suya que hiela la sangre en las venas, me dijo: — ¿Cuánto apuestas, Hans, a que vuelve?

En algunas ocasiones, cuando estoy seguro de que perderé, para mí apostar con Hans resulta un placer. Me gustaría que usted viese qué gusto le da después el poder decirme: — ¿No te lo había dicho yo, Hans?

Pero aquella vez, yo sentía un miedo loco de vencer, de tal modo estaba seguro de que Ruth no volvería. Porque no era fácil olvidar cómo brillaban, cuando ella huyó, sus ojos de ágata metálicos y duros, dos ojos parecidos a los de Hans; dos ojos detrás de los cuales había un cerebro, una voluntad, un orgullo, una obstinación, y entre una ceja y la otra una arruga tan marcada que parecía la señal hecha con cuchillo.

Después de aquella visita y de aquella fuga, con Hans no se hablaba otra cosa que de ella.

— Cuando vuelva (porque para él, el que Ruth volviese no dejaba lugar a dudas), cuando vuelva, ¿sabes tú, Hans, lo que la haré?

— ¿Qué le harás, qué le harás, Hans?

— Adivina.

Esto de adivinar es algo parecido a lo de las apuestas. Por lo cual yo le contesté una me- mez, porque a Hans no le gusta que yo adivine.

— No — respondió él —. Cuando vuelva la emprendo a bofetadas con ella. Sin hacerle daño; mejor dicho, no sólo con la intención de hacerla daño. Yo bien me entiendo. A bofetadas del siguiente modo...

Y la emprendió conmigo: — ¡Mala! ¿Has vuelto? — decía, y ¡paf!, una bofetada veloz como un latigazo me cruzaba la cara. Bellaca, ¿has vuelto? Y ¡zas!, otra bofetada.

— Hans — le decía yo, alzando los brazos y yendo hacia atrás por el cuarto — ten cuidado, que me haces daño. Mira, me has dejado una señal.

— ¿Has vuelto, bruja? Y me acosaba, echándose sobre mí, mientras yo continuaba retrocediendo y escondía la cara para evitar la otra bofetada que veía venir y adivinaba en aquellos ojos de acero que no se desprendían de los míos.

— ¿Has vuelto? ¡Zas! ¡Zas!

— Hans.

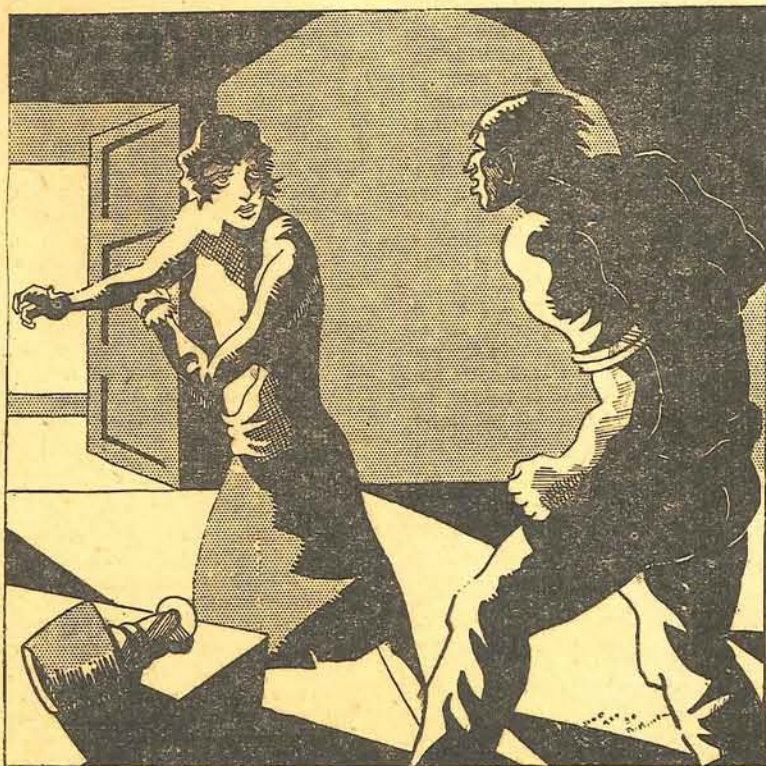
— El látigo, el látigo. Ahora te voy a fustigar.

El miedo me dió fuerzas para agarrarlo por la cintura, y mientras me ingeniaba para sujetarle los brazos, le iba empujando con todo mi peso hacia un rincón de la habitación. Fué inenarrable lo que sucedió. Desvariando, aullando, se debatía y me hincaba un codo ferozmente en las costillas y cuando pudo tener libre un brazo, con el puño cerrado me golpeaba en la sien, dándome puntapiés en la espinilla, rodillazos en el vientre, mordiscos en las manos y en la cara. Una carnicería. No me reconocía ya. Y por más que le llamaba por su nombre, no me veía. Vociferaba.

— ¡Bellaca, asesina, infame!

— ¿No ha visto nunca un obeso? Pues bien, hágase Vd. cuenta de que veía a Hans en ese momento. De repente, en aquella batalla que parecía que lo era y no lo era, nos paramos en seco los dos al mismo tiempo y los dos sin saber por qué nos volvimos: en el umbral, pálida y terrible, estaba Ruth.

Se le veían sólo los ojos, dos ojos de piedra, furiosos pero inmóviles; dos ojos magnéticos, como una serpiente cuando clava la mirada. Hans, que estaba apoyado con la espalda al muro,



EL PRIMER DELITO DE HANS MAYER

contra el cual yo le había sujetado, puso la mano en la pared, no para apoyarse, sino para separarse de ella; y se adelantó tambaleándose hacia la mujer, la cual sin moverse seguía mirándole sin pestañear; de repente también ella se movió y mirándole los ojos de hito en hito, iban el uno hacia el otro atraídos como por un imán. Yo temblaba; pero ni él ni ella se daban cuenta de que yo existiese en este mundo.

— ¡Pégame!

— Era un escarnio, una provocación, una amenaza, una invitación? Entiendo poco de mujeres para que pueda explicarle qué cosa era aquello. Repitió la palabra que parecía un mordisco, tres y cuatro veces, y Hans callado, sin chistar. De improviso entonces ella le pegó exactamente como Hans me había pegado a mí pocos instantes antes: una bofetada que parecía un latigazo y Hans no se movió. Ruth parecía una furia.

— ¡Pégame! — gritó.

Hans sin decir una palabra alzó la mano lentamente, casi con solemnidad y agarró por un borde del cuello la blusa de seda blanca. Como contestación seda blanca. Entonces se agarraron, forcejeando.

No eran ya ni un hombre ni una mujer, señor redactor, eran dos salvajes.

— Ahora se matan — pensé yo. No me podía mover. Me sentía paralizado en el rincón donde había tenido inmovilizado a Hans y los miraba. Y lo mismo rodaban como se revolcaban por el suelo y él le mordía en el cuello como el lobo muerde al cordero. O ¿quién sabe si no sería un beso? No sabré a qué atenerme: las pocas veces que he tenido que ver con las mujeres, a tales extremos no hemos llegado nunca.

Ella aferró un candelabro que había sobre una mesita, dos, tres cuatro veces le golpeó en la cabeza.

El último recuerdo que guardo de aquella escena terrible es la cabeza inerte de Hans sobre el pecho descubierto y ensangrentado de aquella mujer.

El ya había perdido el conocimiento, no sé si atontado por el golpe o desmayado. El caso era que no se movía y la cabeza yacía abandonada, inanimada. Ella, anhelante, la acariciaba.

Me marché — ¿qué es lo que digo? — hui.

— ¿Sabe Vd., señor redactor, cuándo pude volver a casa? Tres noches y tres días después.

Horas y horas me dejaron gritar y llorar ante la puerta cerrada. Al fin fué Ruth quien me abrió, mejor dicho, la que abrió, no para dejar entrar, sino para marcharse ella. Me vió, sonrió y hasta tuve la impresión que quisiera hacerme una caricia, aquellas caricias que en ciertos momentos se hacen a los perros y a las cosas.

Bajó las escaleras como si tuviera alas, sin tocar el suelo.

— ¿Quieres apostar algo a que

vuelve? — le dije a Hans riendo. Hans encontró que la broma era de mal gusto. Tiene que estar de muy buen humor para que se ría de una broma mía.

— ¡Entra! ¿Tanto trabajo te cuesta?

— Tres noches y tres días me cuestan — me dieron ganas de responderle—. Pero opté por callarme.

Hans se fué al espejo a mirarse la herida que le hizo el candelabro en la cabeza. Y como el golpe se lo habían dado muy alto, para llegar a verse la cicatriz se ponía en la posición de un toro que se prepara a dar una cornada: no se le veía más que el blanco de los ojos.

— Tiempo tormentoso — pensé,

tratando de adivinar si era la tormenta de antes que no había pasado o una nueva tormenta que se nos echaba encima. La misma noche o el día después, no recuerdo bien, pero de todos modos demasiado pronto, volvió Ruth. ¿Qué pena, señor redactor, ver a aquella que había osado sostener la mirada de Hans y esgrimir un arma contra él, qué pena verla implorar la mirada de él como una bestia domada y asustada! Era mansa y humilde, avergonzada de lo que había sido y de lo que se había vuelto.

Ahora sí que esta vez la degüella sin reparos — pensé. Vd. comprenderá fácilmente que mientras para Ruth se abría el horizonte de un mundo nuevo, para Hans bajaba el telón de una comedia tan vieja como lo es el mundo.

Pero no fué así. Hans la acogió con un sin fin de zalame- rias amorosas y yo me gané una reprimenda por no haber comprado las flores que hubiera debido encontrar en casa a su regreso. Excuso decirle que de estas flores nunca se había hablado. Pero yo sé bien lo que tengo que hacer en semejantes casos. Cai de rodillas, lloriqueando, le pedí perdón y Ruth se unió humanamente a mi súplica. Una vez perdonado me marché; ahora que desde luego no a comprar las flores; demasiada conozco ya estas comedias; maté el tiempo como acostumbro siempre, una hora y media esta vez, mirando los escaparates que tanto odio (más tarde le diré por qué) y al volver me encontré con que Ruth estaba todavía en casa. Y entonces otra vez se armó el escándalo por motivo de las flores. ¿Comprende Vd.? Yo debiera haberlas comprado esta vez. Por fin el cielo se despejó. Cuando Ruth se marchó, Hans estaba muy alegre.

— Bien has hecho, viejo, en no comprarlas. De sobra sabes que no tenemos dinero para tirarlo por la ventana.

Transcurrieron días y semanas de idilio. Era primavera; callejear por las calles — dejando a un lado los escaparates — me agradaba. A ellos, como usted se puede imaginar, les gustaba estar encerrados. Pero yo que conocía bien a mi hombre no estaba del todo tranquilo. ¿Hans enamorado? Yo no me chupo el dedo, amiguito. Veamos — pensaba yo entre mí — en qué va a parar esta historia. Y de ahí que me ponía a conjeturar, a hacer pronósticos, a sacar consecuencias para ver en qué terminaba la intriga; pero sin resultado alguno.

— Es muy rica — me dice un día Hans ensimismado, como hablándose a sí mismo.

Gracias por habérmelo descubierto. Pero ya lo había yo comprendido sin necesidad de que me lo dijera. Hans, desde que la memoria me alcanza, no le he visto jamás perderse por una mujer que no tuviera automóvil.

Ahora que por una vez tan sólo contra su costumbre no vivía a expensas de esta mujer y Dios sólo sabe que éste era el único oficio que él ejercía. Sospeché que Ruth fuese avara.

— Es una mujer que tiene cabeza — hice yo esta observación un día.

— Lo que se deduce por el modo en que la pierde — respondió Hans de un modo cortante, pero bien cortante.

Abrogaba ya un proyecto en lo íntimo de sí mismo. Esto sí que no dejaba lugar a dudas. Pero, ¿en qué consistía? ¿Hasta dónde quiere llegar este en-

diabólico?—me preguntaba yo—. No era tan fácil comprenderlo. Lo único que llegaba a comprender era que en la realización de aquel proyecto tenía yo una parte muy importante. Todos los días tenía que ir a casa de ella a llevarla una carta de amor que yo mismo había escrito bajo la inspiración de Hans (él no escribe nunca de su puño y letra; quien tenga prudencia la ponga en práctica); y me hacía la recomendación de que observase bien todas las puertas, las salidas y entradas, los muebles, para luego detallárselo todo.

—Pero, ¿por qué no vas tú y lo ves?

Pero nunca quise ir. Le bastaba con saber cómo estaba distribuida la casa: un piso de tres habitaciones en donde Ruth vivía allí como un hombre soltero. Una asistente iba por las mañanas a hacer la limpieza. A mediodía se marchaba para no volver más que a la mañana siguiente. En ella había una cocinita linda y blanca como un cuarto de baño, donde ante todo saltaba a la vista que allí desde hacía muchos años no se guisaba. Tan sólo había una cafetera para el café, una tetera, una cacerola para calentar el agua, alguna que otra taza, jicaras y algunos platos.

—¿Hay gas? — me pregunta un día Hans.

Respondí que sí, indicándole a las mil maravillas dónde está disimulado en el muro, el medidor. Y yo entonces conocía tan bien la casa de Ruth, que hubiera podido recorrerla toda en la obscuridad sin tropezar con silla alguna.

—Bueno, bueno — dice él—.

Y durante una semana no se habló más de gas ni de incursiones a casa de Ruth. Cuando una mañana, no se maravilla de lo que le digo, me despierto en el hospital. ¿Qué es lo que había sucedido? Mi pobre cabeza no me regía. Un círculo de hierro me rodeaba la nuca y las sienes, una náusea invencible me invadía la garganta, respiraba con fatiga, con dolor, todas las vísceras se me habían revuelto. Junto a la cama estaba Hans, que se mordía las uñas. Cuando me vió abrir los ojos, se sentó encima de la cama, me cogió una mano y dijo sonriendo:

—Valor, viejo mío, esto ya ha pasado.

—¿Qué cosa? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Por qué estoy aquí?

—¿No te recuerdas ya?

—Yo no.

—Te has querido suicidar.

—¿Suicidarme yo?

—¿Y por qué?

—Por amor.

—¿Por amor? ¿A quién?

—Por Ruth.

Tal asombro debí reflejar en mi cara que temió se me trastornase el juicio. Me dieron de beber leche, el médico ordenó que no me cansasen con discursos superfluos y que en el caso de que delirase me pusieran una gran bolsa de hielo en la cabeza. Y bueno, para concretar, le diré que me habían encontrado en casa, una noche, asfixiado por el gas. La policía había encontrado un paquete de cartas de amor de Ruth dirigidas a mí en casa de Hans. Quisieron comprobar todo esto y dieron con un paquete de cartas mías en casa de Ruth. En todas las cartas la amenazaba con matarme. Dado que estos suicidios de enamorados es algo muy corriente en los días que corren, la policía no trata de averiguar más. Hasta que por fin, un día salí del hospital. En casa, Hans me servía como una hermana de la caridad.

—Hans me dijo una tarde: si tú fueras razonable terminariamos para siempre con esta miserable vida.

—Cuenta con que soy razonable y dime qué es lo que debo hacer.

El me mostró un manojito de llaves.

—¿Las reconoces?

—Ya lo creo que las reconocía! Eran las llaves de la casa de Ruth. ¿Qué es lo que tenía que hacer? Una cosa insignificante: entrar en ella a las tres de la madrugada, abrir la llave del gas, cerrar bien la puerta del piso, bajar silenciosamente y a ser posible sin hacerme ver ni observar por nadie.

Temblaba, no lograba hilvanar tres palabras para responder a la sugestión infame y mientras tanto Hans no dejaba de mirarme.

—¿Pero por qué motivo? ¿Qué es lo que te ha hecho esa desgraciada?

—Habla más bajo, idiota. ¿Qué es lo que me ha hecho? Di más bien qué es lo que ella ha hecho. Nos ha prestado todo lo que posee: ¡mira!

Y me enseñó dentro de una maletita un lío de billetes debajo de los cuales brillaba una gruesa piedra. Es muy posible que hubiera también otras, no puedo precisarlas. ¿Qué valor representaría todo aquello? No lo sé. Recuerdo que sentía vértigos y que también Hans, siempre tan sereno, titubeaba.

dores hindúes, contra estas calamidades irreprimibles: los casamientos de niños, la prostitución, el sistema de castas que abandona a la miseria y a la ruina a millones de "intocables", la falta de higiene que mantiene en estado endémico todas las enfermedades contagiosas, la falta de previsión que condena al país al hambre y los prejuicios ancestrales que hacen de la mujer una víctima o una mártir.

Contra este libro, contra estas estadísticas, contra estas imágenes angustiosas, han surgido otros libros, otras estadísticas, otras imágenes.

El gran patriota hindú Lala Lajpat Rai, que tras escribir su libro, debía morir como mártir en las prisiones británicas, respondió al ataque con la obra todavía poco conocida en Europa: "Unhappy India" (India desgraciada). Destaca allí los errores de interpretación, los excesos de pluma y las generalizaciones apresuradas del trabajo de miss Mayo.

Habría que optar entre los dos juicios y ya sea que escuchemos tal o cual voz, la de los filósofos, de los artistas o de los investigadores sociales, ¿es la India la portadora del mensaje que renovará al mundo o es un abismo de iniquidades?

Como siempre, la verdad se halla en el justo medio, en un equilibrio entre el bien y el mal. La India aparece, según el rayo de luz o de sombra bajo el cual se la observe, con virtudes sublimes o prejuicios nocivos. ¿Por qué en su caso, y si es que todos lo que la aprecian se esfuerzan en ayudarla a conseguirlo, al adquirir su libertad no haría prevalecer la vida del espíritu sobre las ruinas materiales?

—¿Te das cuenta de que será necesario restituirla todo? He fingido una deuda de honor, cree haberme salvado dándome esto. Pero al fin de cuentas será necesario devolvérselo todo. Mientras que si una de estas noches Ruth se suicidase del



mismo modo como te ocurrió a ti...

—Asesino — grité — con que habías sido tú que...

Pero todo es inútil, yo no puedo rebelarme a él. Con aquellos ojos suyos me para, me paraliza, hace de mí en pocas palabras, lo que quiere. Me había levantado con la intención de estrangularle y concluí con aceptar uno de sus cigarrillos; y a continuación se comenzó a discutir el proyecto como cosa ya aceptada de antemano. Mis rebeliones con Hans concluyen así todas.

Después de media hora todo estaba ya organizado. Serían entonces las once de la noche.

—Ahora yo tengo que salir — dijo Hans —. Tú quédate aquí y duerme. A la una vendré yo a despertarte.

Dormir. Era éste un consejo que se las traía. A las once y media yo estaba ya en un estado que asustaba. Había parado todos los relojes de la casa,

cerrado todas las ventanas, descolgado el auricular del teléfono. Vd. me preguntará con qué finalidad. Yo mismo no lo sé. Lo terrible de mi situación me sobrecogió de tal modo que fui a la cocina con intención de abrir la llave del gas, decidido a desaparecer yo antes que cometer aquel delito. Pero apenas el olor nauseabundo invadió la habitación, una indescriptible cobardía me hizo flaquear las piernas. Porque demasiado reciente estaba en mí el recuerdo del hospital y todavía tenía en la sangre el veneno de la otra asfixia. Volví a abrir todas las ventanas y salí corriendo a la calle. Ya sabía lo que tenía que hacer. Había comprendido que tenía más miedo del delito que de Hans y con esto me bastaba, puede decirse que esto se parecía mucho al valor. Llamé a un taxi.

—A la policía — grité.

Antes revelar todo, confesar todo como es — pensaba — que afrontar esta situación. Y como es de razón, ellos sabrán cómo han de protegerme. ¿Me arrestarán? El asesino es Hans y no yo. ¿Qué es lo que diré? ¿Cómo la tomarán? ¿Querrán acaso creerme? Es muy posible que haya un careo entre los dos...

Por suerte llegué antes de que tuviera tiempo para detenerme a pensar sobre todas las posibilidades de la situación. Bajé, pagué, y cuando ya iba a entrar, ¿quién es el que se me apareció en la puerta? No lo querrá creer Vd.: Hans, él mismo en persona.

—¿Dónde vas? — me preguntaba agarrándome un brazo. Con toda tranquilidad. Lo mismo que si me hubiese dicho: Buenos días. Con Hans no es posible mentir: le confesé todo. Sonrió con indulgencia, me acompañó a beber un licor para hacerme recordar, dijo, cómo se comportaba un hombre. De la empresa, en toda la noche, ni siquiera una palabra. Caía de su peso, sin discusiones, inevitablemente que yo mantendría la promesa. ¿Para qué hablar de nuevo?

A la una y media Hans se levantó y pagó. Paseamos durante un buen rato hablando de cosas indiferentes. Ya entonces no senta ninguna fatiga ni do-

lor. Los ojos de Hans me guiaban. Me dejaba conducir, empujar. Cerca de la casa de Ruth no sentía ninguna fatiga ni dolor, abrí el portal, subí las escaleras, sin hacer ruido abrí con todo sigilo la puerta: nadie por la calle, nadie en las escaleras. Apenas abierta la puerta di un salto hacia atrás. Me había dado en la nariz una ráfaga de aire pestilente — harto conocía yo el olor — era gas. Las habitaciones estaban todas iluminadas. A través de la puerta entreabierta vi a Ruth echada sobre la cama. Tenía un color amoratado y estaba rígida. Muerta.

En el portal me arrestaron. Usted dirá que había caído en una ratonera. En efecto, así fue, porque Hans fué el que me denunció. ¿Qué es lo que había ido a hacer en la policía? ¿Y Ruth se había suicidado? ¿Había sido sorprendida en el sueño? ¿Y por quién? Nunca lo he llegado a saber. Tan sólo sé que en diez años de galera que he pasado allí, entre tantos asesinos que he interrogado, yo era el único que hubiese matado a un suicida, asesinado a una muerta.

¿Qué es lo que hago ahora? Vivo de nuevo en casa de Hans Mayer, que con aquel dinero de Ruth ha puesto una tienda, donde roba honestamente al amparo de la ley; y yo cuando puedo le echo una mano.

Mujeres algunas vienen, de tarde en tarde y siempre cada vez menos guapas. En cuyo caso yo les dejo solos como en un tiempo. Pero creo que podría muy bien quedarme. Me invade una pequeña sospecha de que Hans las pague. Usted ve bien que no es ya hombre que asuste, ni tan siquiera a mí.

Pero desde luego, se entiende que todo esto que yo le he contado, señor redactor, queda entre nosotros dos. Porque no quisiera que Hans...

—Señor redactor.

—¿Hay algo todavía?

—Lo que ocurre es que el señor Hans Mayer, que ha salido hace un instante, dice que se le ha olvidado un detalle muy importante, a causa de su odio por los escaparatistas.

—Tiene razón. Que pase.

"MASCARA BLANCA"

(Continuación de la pág. 35)

desempeñara hacia cinco años, el recomienzo de la lucha diaria por la vida, de los vagabundeos sin rumbo por él, en busca de empleo... Ella podía siempre acomodarse como sirvienta por unos pocos chelines diarios.

—Lo despedirán — acertó a decir.

Mason la miró y movió la cabeza.

—Yo no informaré de nada a la Eastern Trading Company, aunque usted pudo habernos ayudado un poquito y no ocultar la verdad cuando se le interrogó acerca de la cerveza. Me acuso de no haber comprendido que usted tenía algo que ocultar y qué cosa era. La cosa habría podido ser muy diferente.

—¿Usted no dirá nada, señor? — preguntó la mujer trémula, casi a punto de llorar—. He pasado malos días. Esa pobre mujer podría decirle qué duros fueron: vivía conmigo hasta que tuvo plata.

—¿Qué pobre mujer es esa? — preguntó Mason vivamente.

—La señora Weston.

Perdió parte de su miedo ante el interés de él.

—¿Se alojaba en casa de usted?

Elk había salido. Mason le indicó que se sentase en la silla que el sargento había dejado y que estaba más cerca de él.

—Siéntese acá y dígame todo lo que sepa al respecto — dijo de buen humor.

El hombre calvo, de cara regordeta y divertida y sonrisa fácil, dispuso todas sus sospechas naturales.

—¡Oh! sí, señor, vivía en mi casa, hasta que tuvo plata.

—Y, ¿de dónde la consiguió?

—Sábelo Dios — repuso la señora Albert piadosamente —. Yo no acostumbro preguntar. Ella me pagó todo lo que me debía, es todo lo que sé. Me

he preguntado, señor — y diciendo esto se inclinó confidencialmente hacia su interlocutor —, si el muerto fué su marido o su amante.

—El muerto fué su amante — dijo Mason sin vacilar —, ¿conoció usted a ambos?

Ella movió la cabeza.

—¿Por lo menos, conoció al marido?

—Vi fotografías de él en su cuarto. Fueron tomadas en Australia: de ella y de los dos. Cuando dije que las vi — se corrigió —, quise decir que estaba a punto de verlas cuando ella entró en el cuarto y me quitó el marco de la mano, que era curioso porque siempre estuvo encima de la repisa; pero nunca supe nada de ello hasta que ella dijo un día que aquellos eran los retratos de su esposo y de un buen amigo. Fué al día siguiente de esto que tomé el cuadro para mirarlo.

—¿Y ella se lo quitó de la mano? ¿Cuánto tiempo hará de esto?

Ella pensó.

—Dos años en julio último.

Mason asintió con la cabeza.

—¿Y poco después de eso ella recibió dinero, casi inmediatamente después?

La señora Albert no se sorprendió de su perspicacia. Ella tenía la impresión de que ella lo había informado al respecto. —Sí, señor, se fué de mi casa al día siguiente o a los dos días. Desde entonces no he hablado con ella. Ahora vive en la parte grande de Tidal Basin. Siempre digo que cuando la gente está en buena situación...

—Estoy completamente seguro de adivinar lo que usted dice siempre —. No lo dijo con hostilidad, pero sí con mucha firmeza —. Ahora bien: ¿qué clase de marco era aquél, de... cuero?

—Si ella creía más bien que era de cuero, o de madera, revestida de cuero.

—Sé que lo metió en su baúl, porque se lo vi hacer: un bau-

lito negro que acostumbraba tener bajo la cama.

El la interrogó y repreguntó sus respuestas, descartando en el curso del interrogatorio toda posibilidad de que sus informes pudieran ser recargados por la imaginación. Porque en la vida de los pobres no hay más novela que la de su propia creación.

De pronto él se tornó vago; ella no entendía las preguntas que le hacía. Parecía que no tenían fundamento racional. Y luego, de súbito, dió una nota altamente novelesca. ¿No había visto ella a un hombre con un pedazo de tela blanca en el rostro? Ella se estremeció complacida.

—¿El diablo!... He oído hablar de él, pero, a Dios gracias, nunca lo he visto. El fué el asesino: todo el mundo lo decía en el gentío.

—¿No lo ha visto alguna vez?

Negó enérgicamente con la cabeza.

—No, y no quiero verlo en mi estado; pero conozco personas que lo han visto... a media noche.

—Mientras soñaban — sugirió Mason, pero ella no quiso saber de eso.

El diablo estaba posesionado de Tidal Basin; ella no quiso consentir de buen grado en la leyenda. Cuando el superintendente le mostró en la sala de investigaciones a una mujer bañada en lágrimas de gratitud al saber que ella y sus tres hijos podían volver a su casa, Marford estaba esperando para despedirse. El Dr. Rudd ya se había ido.

—Si me necesita esta noche, estaré en mi cirugía. Espero que me dejarán dormir.

Mason hubiera querido hacer tres cosas a la vez: tres comisiones que no quería confiar a nadie sino a sí mismo. Decidió hacer la primera solo y llamó a Elk para que lo ayudara en la segunda.

(Continuará).

EL PROBLEMA DE LA INDIA Y LAS MUJERES

(Continuación de la pág. 9)

nes de habitantes, su vitalidad perdida.

Mientras nos coloquemos para juzgar a la India desde el punto de vista del arte, de la filosofía, de las aspiraciones idealistas, conservamos la esperanza de una resurrección inmediata; mas si lo hacemos frente a las realidades sociales, comprendemos las miras pesimistas de algunos, las de los economistas y sociólogos... Tal vez algunos de ellos sobrepasen la medida y generalicen con exceso el resultado de sus investigaciones, y no han advertido nada del gran movimiento de liberación que comienza.

Sabemos el desasosiego que ha producido entre los amigos de la India el libro de una periodista americana Katherine Mayo: "Mother India". Penetrada de los métodos británicos de colonización y decidida a observar personalmente los males sufridos por el pueblo hindú, esta mujer enérgica en verdad, pero poco sensible a las aspiraciones de aquellos a quienes ha estudiado, ha trazado de la India actual un cuadro de los más sombríos.

Con cifras en la mano — y nadie negará la elocuencia de las cifras — denuncia la inercia de este pueblo de esclavos que, rico de 320 millones de individuos, se deja dominar por 200.000 europeos, de los cuales 60.000 solamente forman el ejército. Se exalta al citar ejemplos y se apoya sobre los textos mismos de los reforma-



L caso es que desde hace poco más de un año y para intentar curar la grave anemia del teatro de prosa italiano se

está empleando un método violento, método "Za-Bum"; aplicado primero con estilo americano, después italiano y luego nuevamente americano. Pero hagamos historia. En plena era cinematográfica, en el año de los primeros experimentos del film hablado, cantado, sonoro, susurrado o silbado, escaseando en Italia, como por todas partes, el número de las bellas comedias, de los grandes dramaturgos y de los actores geniales, aumentando en cambio la crisis económica que obligaba a reducir los gastos superfluos, habituándose el público a llenar, al llegar la noche, los cinematógrafos y no sintiendo, como es natural, la necesidad o la tentación de un nuevo espectáculo después de una cena tardía, sucedía, desde hace tiempo en Italia, lo que, con relación al teatro, sucede en todas las ciudades del mundo, sin omitir las más "teatrales" y resistentes, como Londres y París. Y esto es: escaso público frecuentaba los teatros mediocres. Las mejores de nuestras compañías, las pocas buenas que quedan—Melato o Nicodemi—recitaban todavía ante salas atestadas, errando luego durante meses de ciudad en ciudad. Del mismo modo lograban atraer la muchedumbre los pocos "ases" supervivientes de la escena dramática como Zacconi, Ruggeri, Emma e Irma Gramatica. Como también seguían teniendo el favor del público en esta crisis los grandes cómicos, los que conseguían comunicar una fácil risa a los hombres de este siglo tan saturado de melancolía, y así, Gandusio, Armando Falconi y Petrolini rechazaban al público muchas veces. Finalmente, tan sólo alguna feliz comedia que sobresalía sobre tantos y nada afortunados intentos para crear un nuevo arte a fuerza de destruir el antiguo y eterno, encontraba todavía a público propicio para asistir a una larga serie de representaciones. "Topaze", de Pagnol—importación extranjera—conseguía en Italia varios centenares de representaciones y enriquecía a una compañía. Emma Gramatica representaba en Roma durante treinta noches consecutivas (como si fuesen trescientas en París) la "Santa Giovanna" de Bernard Shaw. Pirandello, sin gran éxito con el gran público, llenaba, sin embargo, las salas de los teatros en las primeras representaciones de sus comedias. Las comedias de gran espectáculo, a semejanza de los dramas de Forzano, lograban un lleno siempre. Comedias "artísticas" de escritores entre dos generaciones, esto es, de unos cuarenta años, obtenían también el favor del público; basta citar a Fausto Maria Martini con "Il fiore sotto gli occhi", Cesare Giulio Viola con "Il cupre in due" y Gino Rocca con "Il Terzo Amante". Y mientras un viejo autor de comedias de sesenta años, Sabatino López, obtenía un éxito excepcional con una clara y luminosa comedia de la escuela tradicional, "La Signora Rosa"; un escritor de diez años menos, Luigi Antonelli, daba con una serie de comedias humorísticas y fantásticas, originales y rayando en la paradoja, un pretexto a los actores cómicos para desarrollar entre farsas bobas y dulzonas escenas cómico-sentimentales toda una insospechada e inteligente gama de notas cómicas.

Pero todo esto no basta. Cinco o seis autores no bastan. Las compañías no son más que tres o cuatro. Los grandes actores alrededor de los cuales la gente acude tan sólo por el prestigio del nombre, son muy contados. Por si esto fuera



Una escena de Teatro "Za-Bum" en Milán

CARTAS DE ITALIA EL REINO DE "ZA-BUM"

poco, los teatros en Italia se cuentan, en cambio, por centenares, y es necesario ver la manera de que éstos puedan abrirse por lo menos durante breves temporadas sin que se convierta, desde la tercera representación, en un negocio ruinoso. Para detener la marcha de esta crisis profunda, para salvar al teatro, y más que nada, para activar de nuevo el fuego sagrado de su decaída fecundidad y hacer revivir las ya perdidas energías, eran necesarios remedios enormes, heroicos, definitivos: reorganización completa del arte dramático en Italia en lo que concierne a las manifestaciones artísticas, como también las organizaciones comerciales; selección más severa y más clarividente en cuanto se refiere a autores y actores; intervención del Gobierno; cooperación de los Ayuntamientos para el renacimiento del teatro, ofreciendo un teatro municipal no dependiente de los "trusts" a las compañías libres; acuerdos con la prensa; facilidades al público por medio de abonos a bajo precio y constitución, como en Alemania, de gigantes cas "ligas de espectadores"; vigilancia general ejercida por la Sociedad de Autores sobre el teatro reorganizado; cambio de tono en la crítica, no dedicándose ya a propagar descorazonamientos sino animando a los espectadores para fomentar en ellos el amor del teatro nacional, provocando la fe—aquella fe que produce calor y fecundidad—en sus escritores y en sus actores.

Era éste un gran programa totalitario que ninguno ha hecho suyo y que la misma Sociedad de Autores ha dejado caer en el limbo de las buenas intenciones, casi sin haberlo intentado. Y, en cambio, he aquí que llega de repente el remedio heroico: "Za-Bum". Ahora bien; hay que decir que este remedio no proviene de un verdadero amor hacia el teatro, ni proviene del sacrificio, ni de la lenta y tenaz voluntad de construir y reconstruir todo un organismo. Proviene únicamente de la especulación y dura, por lo tanto, mientras dura, a la par que la moda y la novedad, el negocio. Remedio, pues, o mejor dicho, paliativo, que a nada conduce. Nació, sin embargo, el tal "negocio" con buena estrella. Una sociedad anónima que dispone de muchísimos teatros italianos decide un buen día poner suntuosamente en escena un gran espectáculo, un drama policiaco norteamericano, "El Proceso de Mary Dugan". Alrededor de este manuscrito que llega de Nueva York cargado de oro, se logran reunir y juntar, casi a fuerza de oro, actores de valía, algunos de los cuales, de no ser así, jamás hubiesen sacrificado a la colaboración tan necesaria para la buena representación de las comedias, su insaciable

amor propio ni su individualidad artística, por razón de la cual es más grande el actor cuanto mayor sea el vacío alrededor suyo porque rehuye la comparación con sus competidores. Sistema comodísimo de batirse solo y sin rivales y de tener siempre, aunque temporalmente, la razón de su parte. "Za-Bum", pagando bien tanto a dios como a medios-dios, realiza el milagro: reúne y pone de acuerdo a los solitarios de la Tebaida y consigue de este modo (cosa no vista desde hace veinte años) un gran "conjunto". Poco después, "Za-Bum" lanza un grito: "Mary Dugan", espectáculo nunca visto, que cuesta centenares de miles de liras, todo un proceso en una sala de teatro. El público acude. A las puertas de los teatros italianos salen a recibirle, en vez de las acostumbradas libreas, agentes de policía norteamericanos de uniforme. Un cartel indica, no la sala del teatro, sino la "sala de audiencias", los tribunales. En la sala se ha suprimido el telón. En el escenario está la presidencia del tribunal y el banco de los jurados. Abajo, en la sala, los periodistas y el público. Al terminar el acto tampoco cae el telón para señalar el descanso, como en los teatros, sino que el presidente agita la campanilla y suspende la vista. Los jueces y la acusada desaparecen mientras los abogados bajan entre el público para charlar y saludar a los amigos. Y todas estas fantasías de presentación que convierten a esta comedia en una sesión de tribunales, divierten y hacen entrar en curiosidad al público, que acude en masa y hace aumentar el número de las compañías "Za-Bum" que recorren con "El Proceso de Mary Dugan" toda la península, desde las grandes metrópolis hasta los pueblos más pequeños. En resumen, lo que se llama un negocio de oro.

Pero nos decimos: "Za-Bum", nos parece bien. ¿Pero por qué regalar a extranjeros este dinero que inespereadamente sale de los bolsillos de un público que se decía cansado del teatro? "Za-Bum" a la americana; está bien, pero con comedias italianas puede la bandera nacionalista del autor encubrir el contrabando de la mercancía. Y no se tarda en llamar a dos escritores de teatro, modernos, de imaginación, de aquellos que quieren de buena fe, y de un día para otro, renovar el teatro, como si esto no sucediese siempre por medio de grados sucesivos y lentas evoluciones. Los dos son escritores célebres,

agresivos, discutidos y capaces de apasionar al público: Luigi Chiarelli, el inventor del "grotesco" escénico, autor de "La Maschera e il Volto", y Enrico Cavacchioli, artista de gran fantasía y poeta, prófugo de la primera falange futurista que era, en el fondo, la buena. Y, por encargo, los dos escritores prepararon dos nuevos espectáculos "Za-Bum" de marca casi nacional. Chiarelli presenta "K. 41", en cuyo segundo acto se suceden cosas terribles y formidables que se desarrollan en un submarino entre el terror de los espectadores. Enrico Cavacchioli presenta un drama de circo ecuestre en el cual un gran actor napolitano, Raffaello Viviani, debiera evocar la poesía romántica de Pulcinella, mientras que entre escena y escena y después de cada acto, en el escenario y en la sala, interrumpiendo la acción recitada, un circo ecuestre muestra al público, llamado para oír una "comedia" de un "comediógrafo", todas sus maravillas: trapecios y saltos mortales, caballos y elefantes, "clowns" y leones.

Si el favor del público, más vivo en Milán que en Roma, todavía reacio en admitir el espectáculo "Za-Bum", acogió fácilmente el "espectáculo" marineresco de Chiarelli; en cambio, el "espectáculo" circocuestre de Cavacchioli fué tan mal acogido en Milán, que después de la segunda representación, empresa y autor, de acuerdo, retiraron el espectáculo licenciando a los artistas. Este fracaso no influye para nada en el buen nombre de Enrico Cavacchioli, excepcional figura de escritor revolucionario y poeta, cuyo ingenio y cuya obra quedan muy por encima de las desdichas teatrales que en su carrera puedan encontrar. Pero lo que sí es cierto es que con esta aventura queda bastante mal parado el remedio escogido para conseguir espectadores al teatro italiano, o mejor dicho, para atraer espectadores a fuerza de "reclame" y de "bluff", y de cinematografía en acción sobre los escenarios de prosa, incluso a aquel teatro mediocre sobre el cual la cinematografía, actualmente en su máximo esplendor, fácilmente y lógicamente prevalece. Fué en vano que el autor del "Cerchio della Morte", Cavacchioli, en una vivaz auto-defensa de su espectáculo defendió el "arte Za-Bum", la cual, a fuerza de bombos, platillos y proyectores, quiere atraer de nuevo hacia las plateas al público ya harto del triángulo adulterino de las comedias veristas y de las intrigas de las "pochades" que le han hecho cosquillas en el ombligo durante cincuenta años". Y fué también en vano que Sabatino López, maestro del viejo teatro, recuerde con dulce escepticismo que no exis-

tiendo nada nuevo en el mundo, tampoco "Za-Bum" es una cosa nueva, ya que hace ciento veinte años, en el 1810, se anunciaba en el Arena del Sole, de Bologna, una representación de gran espectáculo titulada "Corradino d'Este al torneo" o "L'Eroe del Rubicone", con nuevos escenarios, decoraciones, evoluciones, música militar y bien manejadas pasiones". O sea: gran puesta en escena, elementos extraños, música y baile, espectáculo grandioso, mínima importancia del drama en sí mismo; esto es receta "Za-Bum". Pero al triunfo de este "género", o por lo menos a evitar su desarrollo más allá del éxito momentáneo, se opuso, en Italia, precisamente el público, el cual, si bien desea ver cosas nuevas, después con su tradicionalismo conservador y con su buen gusto nativo no admite contaminación ni mezcla alguna. A los viejos paladares habituados al casero y honesto sabor del buen vino itálico de Goldoni y de aquellos que hicieron revivir la clara y honesta comedia italiana cuadran mal estos "cocktails" a la moda de Nueva York, con los que el nuevo teatro quiere hacer admitir toda clase de venenos y producir una embriaguez que no encuentra ni encontrará, pasada la primera curiosidad, sinceros ni apasionados defensores. Muy dueño de no ir al teatro si no le place, el público italiano no quiere verse atraído hacia éste con engaños. Cinematógrafo, espectáculos, bailes, música, circos ecuestres, deben quedarse cada uno en su casa. Pues si una vez atraído al teatro al espectador italiano se le ofrece en su lugar cinematógrafo, caballerías, proyectores o leones, no es de extrañar que se sienta defraudado.

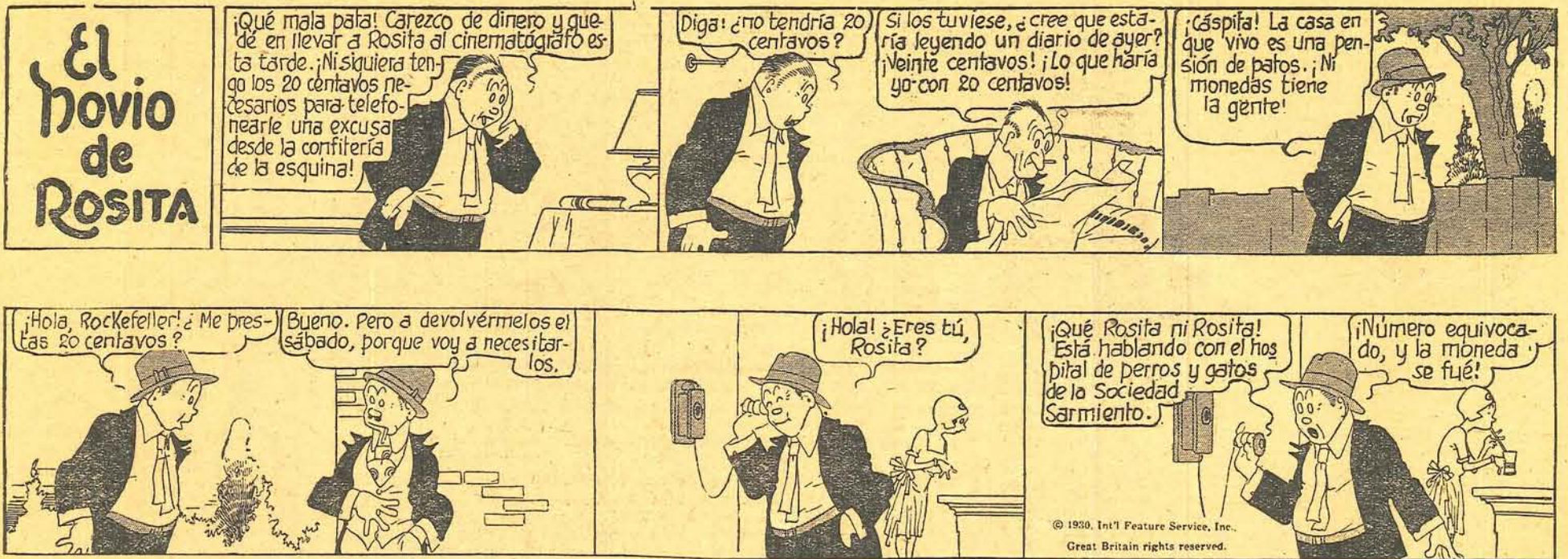
Intentos. Equivocaciones. Hay quien cree que todo lo bueno nos debe venir de fuera. Y lo bueno, en cambio, está en nosotros mismos, en nuestro gusto italiano, en nuestro equilibrio, en nuestros nervios, en su sitio y con nuestro corazón en la mano. El teatro de Italia agoniza entre cerebralismos y mecanismos, debido a la extravagancia cerebral y a la empresa "Za-Bum".

Dad de nuevo, honrada y lealmente, al público italiano, corazón, sensibilidad, pasiones, hombres de carne y hueso, mujeres que viven, dramas de aquellos que todos encuentran y padecen en la vida; haced recitar bien estos dramas, por lo menos tan bien como se representa un espectáculo "Za-Bum"; poned estas obras del ingenio artístico en manos de una crítica cordial, sensible, elocuente en su amor al teatro y en su deseo de conseguir llevar a ellos al público, y sin "Za-Bum", veréis los teatros llenos, al público conmovido y a los hombres, por obra y gracia de las fábulas humanas cantadas por verdaderos poetas, exaltarse, vibrar, sentir, aplaudir... Vuelvan los escritores italianos a las raíces eternas de la vida, a las más profundas fuentes del arte. Y "Za-Bum" volverá con el nuevo espectáculo, "La Famiglia Reale"—después de haber ensayado en vano en este juego de mecanismos la libre y aérea fantasía de nuestros poetas—a las construcciones propias del oficio norteamericano. Oficio, en su esencia misma, que no tiene relación con el arte italiano. Entre nosotros, antes del artista y por debajo de él, está el artesano. Pero en el artesano—la etimología lo dice—ya hay arte, o, por lo menos, intento, ambición, voluntad hacia el arte.

Quédese, por lo tanto, "Za-Bum", falso médico, con sus espectáculos extraños, interesantes y productivos, siempre que de ellos no se abuse y siempre que se queden en su puesto, entre cinematógrafo y teatro, sin ser ni lo uno ni lo otro.

LUCIO
D'AMBRA

(Para LA NACION)
ROMA, marzo de 1930.

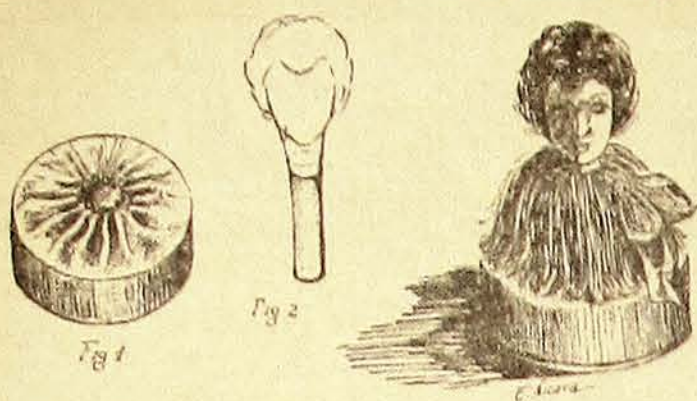


DON TRIFON CUMPLE AÑOS

Dibujos de GEO McMANUS



COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



GUARDA PAÑUELOS:

Se forra con cinta "maquê" una caja circular, chata, de cartón o de madera (figura 1). Un cilindro de cartón se introduce, por uno de los extremos, en el cuello de una cabeza de muñeca de "papier maché". El otro extremo, engomado, se introduce por la faja que se habrá dejado en la tapa y se fija a ésta. Se adorna el cuello de la muñeca con tiritas de rafia o cintas rojas, y ya quedará terminada una linda cajita para guardar pañuelos.

OTRA VEZ LA POLICIA

(Continuación de la pág. 10)

no puede ser detenido sino en virtud de una orden de detención, renovable de ocho en ocho días, en Francia, la detención es la regla y la libertad provisional una excepción y un favor. El juez de instrucción — se trata aquí de la magistratura, del juzgado y no de la policía, pero juzgado y policía marchan dados del brazo — prolonga sin contralor la duración del arresto preventivo. Así hace sentir la sociedad su fuerza a la población sospechosa que tiene que dominar. Los veredictos pronunciados por la Cámara pueden ser débiles y los jurados absolver, pero durante ocho, diez, doce meses el acusado habrá purgado una pena arbitraria pero segura. Si se lo condena, se le descuenta la detención preventiva de la pena legal. Si se lo

absuelve, la pena arbitraria, aunque su salud se haya resentido y su bienestar arruinado, no se le debe compensación ninguna.

Un último ejemplo: se trata de la lucha iniciada hace tres años por la policía contra el comunismo. Los gobiernos dejaron crecer la amenaza revolucionaria desde 1924 a 1927. Cuando se vieron desbordados, apelaron a todas sus armas, valiéndose primero de la más oblicua y penetrante, la policía. Se han obtenido resultados muy claros, pero, junto con esos resultados, han crecido de tal modo los poderes y la influencia de la policía, que con frecuencia el Gobierno se ve sometido a ella.

Así es, que por vías ocultas, silenciosas, la urgencia de las necesidades ha restaurado las prácticas del despotismo, que nos jactábamos de haber abolido. Las sociedades tienen vida propia: mal defendidas, buscan y encuentran defensas inesperadas. El diario "Le

Temps" (diciembre 4 de 1929) dice con acierto: "Hay que devolverle su poder al Gobierno, si no se quiere que otra autoridad surja bien armada de las profundidades de la Nación". En Italia esa autoridad ha brotado con estrépito. Francia está demasiado penetrada, demasiado empapada por las ideas democráticas para que un fascismo pueda tener éxito en ella. Sin embargo, el malestar existe, y la búsqueda y el deseo de una reacción autoritaria. Y la arbitrariedad policial es una forma larvada de esta reacción tantas veces y tan inútilmente ensayada a la luz del día. La policía tiene su misión, su vocación y, como toda consagración, su grandeza. En su lucha cuerpo a cuerpo con el crimen, a que su servicio la compromete, se desempeña con valor. Sus agentes no retroceden ante la infamia ni menos ante la muerte. Vivamente interpelado en un proceso reciente por los procedimientos que había empleado, el jefe de la policía judicial, M. Benoist, respondió con altura al abogado comunista que lo atacaba: "Yo defiendiendo la sociedad y empleo para ello los métodos necesarios". Un poderoso espíritu profesional anima a los diez y seis mil agentes que velan por París. M. Lepine, en sus "Souvenirs", refiere la frase significativa de uno de ellos. Aquel hombre era culpable, había asesinado y había sido condenado a muerte. Al pie de la guillotina dijo: "Lo siento por la administración". Por ella sola pedía perdón, no a Dios ni a los hombres, sino a sus jefes, a su corporación.

Hasta dónde pueden llegar los poderes de la policía? ¿Qué límites deben fijarse a su ambición? Parece que estuviera destinada a no salir nunca del todo de la sombra, y a inter-

venir por medio de funciones más bien que por medio de actos.

La policía es, dentro de la sociedad, aquel verdugo del que Joseph de Maistre se atrevió a escribir el elogio, el salvador criminal del orden; es la forma más sombría del Leviathan de Hobbes. En los días agitados, su lomo monstruoso, erizado de púas venenosas, aparece en la comba de las olas, pero en seguida vuelve a sumergirse.

Austria y Viena nos han dado recientemente el ejemplo de lo fortuna política a que puede llegar un prefecto de policía. En ese país desconcertado por una de esas constituciones democráticas que se improvisaron en Europa durante la postguerra, ha sido un prefecto de policía, el Sr. Shober, quien, elegido jefe del Estado, ha comenzado la reforma.

¿Tal cosa es concebible entre nosotros? ¿Quién sabe? Todo instante de la historia es una encrucijada en que coinciden numerosos caminos, transitados o no. Uno solo es seguido, a veces el más estrecho, y todos los otros olvidados. Sin embargo, estaban a la vista, incitaban a que se les siguiera, y la confusión de sus perspectivas es lo que constituye el interés cotidiano. Ahora bien, en este momento tenemos un prefecto de policía singularmente emprendedor, activo. M. Chiappe despierta la curiosidad. Bajo el cráneo redondo de ese hombrón, hay, sin duda, la ambición de un destino. A veces nos ha dado signos singulares. El primero de agosto último, como respuesta a la amenaza de una manifestación comunista (amenaza que no era vana; en Berlín hubo muertos), París fué puesto en estado de sitio, recorriendo las patrullas todas las calles. Y M. Chiappe (el

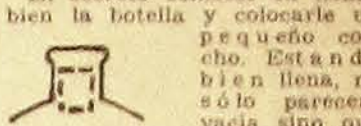
COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

La botella mágica



Muestre una botella boca abajo, lo que probará que está vacía, ya que ningún líquido saldrá de ella.

Cubra entonces la botella con un paño y la verá llena de líquido.

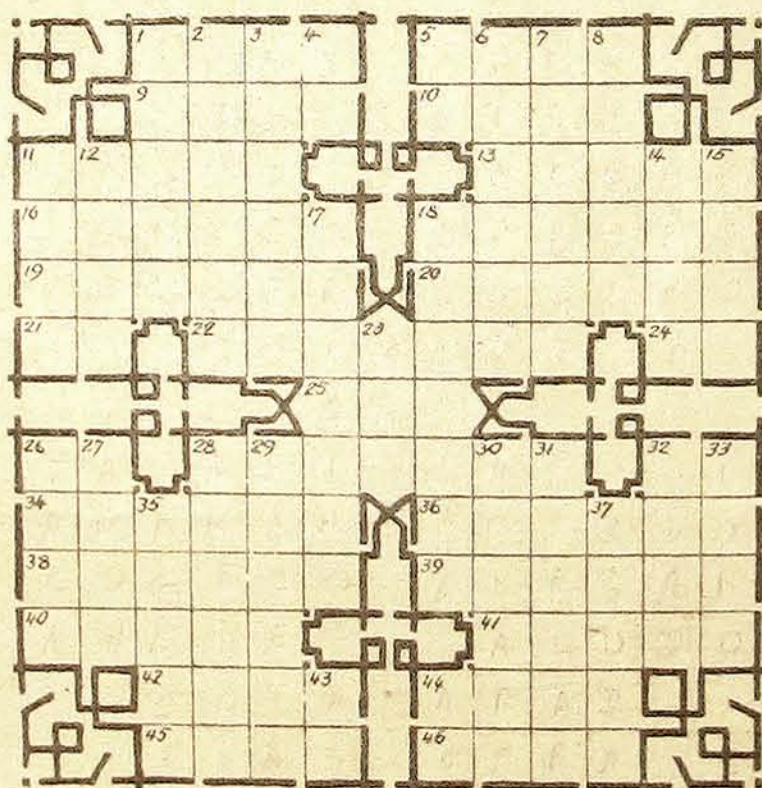


El secreto consiste en llenar bien la botella y colocarle un pequeño corcho. Estando bien llena, no sólo parecerá vacía sino que será fácil hacer que no salga agua alguna. Al cubrir la botella empuje el corcho dentro de ésta, inclinandola un poco para que pueda salir el líquido.

gasto debió ser considerable) ofreció a sus cinco mil agentes policiales un banquete en el Palacio del Eliseo. Un jefe que banquetea a su ejército, a su costa, un día de asonada, es algo raro. Hubo algunas protestas en la prensa política republicana. Pero la prensa de información — que es la única que lee el público — pareció encontrar natural esta fiesta de familia, de la que publicó crónicas y fotografías.

No insistamos al respecto, y terminemos esta crónica que hemos prolijamente tratado hasta en sus menudencias, hasta en esa ligera espuma de las conversaciones que, cuando está impresa, resulta demasiado pesada. Pero es, sin duda, un rasgo, moda o manía de nuestro tiempo, la disposición que tenemos muchos de ver apuntar, ora a la derecha, ora a la izquierda, el palo de algún fascismo.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

- Rebaño del ganado menor.
- Noticia o voz común de una cosa.
- En sentido figurado, unión, lazo, vínculo.
- Unid, juntad o sujetad con ligaduras o nudos.
- Especie de pino muy resinoso.
- Habité una casa.
- Capaz de divertir o de excitar la risa.
- En sentido figurado, aumento, ventaja, exceso en algunas cosas.
- Figurado y familiarmente, fastidiar, molestar con pertinacia.
- Argentinismo: conversador fastidioso, prolijo o impertinente.
- Nota musical.
- Infundirá valor o energía.

- Dativo y acusativo del pronombre personal vosotros.
- Cualquier fluido aeriforme a la temperatura y presión ordinarias.
- Repetida, interjección con que se denota la risa.
- Juntar, unir, asociar una persona a otras que forman corporación o sociedad.
- Pronombre personal.
- Querrán.
- Persona que sirve por un salario, y especialmente la que se emplea en el servicio doméstico.
- Acceso doloroso, localizado en los intestinos y caracterizado por violentos retortijones, ansiedad, sudores y vómitos.
- Tratándose de méritos, exponerlos para fundar en ellos alguna pretensión.
- Pato.
- Me refiero a una persona, sin nombrarla ni expresar que hablo de ella.

- Cuba para guardar vino y otros líquidos.
- Rotura de la tierra haciendo surcos en ella.
- Pronombre demostrativo.
- Nombre de mujer.

Verticales

- Ser fantástico, reputado por los cabalistas como espíritu o genio de la tierra, y que después se ha imaginado en figura de enano que guardaba o trabajaba los vengadores de las minas.
- Brilla como el oro, o resplandece y despiden rayos de luz.
- Ayudante de campo.
- Pronombre personal.
- Nota musical.
- Obstruir, atragantar.
- Vaso de barro cocido, que lleno de tierra sirve para criar plantas.
- Tratándose de pruebas, razones, etc., las presenta o alega.
- Dicese de ciertas peras y manzanas muy gustosas y delicadas.
- Nombre de un signo ortográfico.
- Conjunción adversativa con que a un concepto se contraponen otro diverso o ampliativo del anterior.
- Pronombre demostrativo.
- Fué instrumento, motivo o principio de una cosa.
- Principal o notable en algún concepto.
- Enfermedad.
- Caballo cuya alzada no llega a siete cuartas.
- Dios egipcio del Sol.
- Granos, legumbres y otras cosas sólidas a que se aplican medidas de capacidad.
- Cada una de las caras de un poliedro, cuando son pequeñas.
- Pondrá las frutas en colgajos como racimos.
- Brillar con luz trémula.
- Tiempo que una persona ha vivido desde que nació.
- Papagayo.
- Rama de árbol combada hacia la tierra.
- En sentido figurado, sutil, perspicaz; viva, graciosa oportuna.
- Unidad de peso de los antiguos romanos.
- Carta de la baraja.

EDGAR VARESE Y LA MUSICA DE VANGUARDIA

(Continuación de la pág. 13)

ble de esos principios y esos elementos, puesto que reaparecen siempre en una transmutación perpetua que demuestran su fuerza orgánica y viviente. Por esto cuando una obra de arte aparece llevando en sí todos esos elementos, es ridículo oír los pontífices oficiales que la acusan de carecer de forma. Hacen una confusión lamentable entre forma y formalismo.

Hablamos luego de las tendencias nacionalistas, tema de actualidad en la música. "No creo en el nacionalismo en el arte, me dice Varese. A mi manera de ver, es una prueba de impotencia la explotación del folklore por parte de los compositores. Cuando se recurre a éste es porque no se tiene nada propio que decir. Para mí equivale a negar el espíritu de hoy, donde, por el contrario, todas las maravillosas invenciones concurren a hacer más efectivo el intercambio de las ideas. Esos autores me dan la impresión de los almanceneros que pretenden que su mercadería es la mejor. Admito, sin embargo, que algunos de nuestros grandes clásicos han utilizado a veces el folklore, pero en una forma puramente anecdótica, y no es a ello que deben su gloria. No es con el folklore que se hace un arte nacional. Es con los hombres de genio de la raza. El día que ustedes en la Argentina tengan un músico de genio, el arte nacional lo hará él, porque un músico así será entonces representativo del medio, un producto suyo y no un producto de la voluntad. Palestrina, Vivaldi, Bach, Beethoven, etc., no

han especulado con el folklore y, sin embargo, han hecho arte nacional. Yo soy hijo de campesinos. Nadie tiene, pues, razones más poderosas para amar el folklore. Pero justamente su belleza me gusta en su lugar porque explica su razón de ser y por lo que significa como arte popular. El folklore en los salones es una cosa ridícula. Generalmente los que lo manejan no son bastante sólidos físicamente para apreciar y saber qué es el folklore. El día que hayan vivido en el campo, que sepan hacer vino, ordeñar vacas, cuidar ganado, entonces podrán hablar de folklore. Para mí éste tiene con las obras folkloristas especulativas la misma relación que un buen borgoña con la vaselina rosada. Además, considero su empleo como un robo. Aprovechan de lo anónimo porque si tomaran temas de autores vivos tendrían que verse las con la justicia. Es un vandalismo. Se destruye, inútilmente, su belleza. Nadie tiene derecho a ponerle bigotes a La Gioconda con el pretexto de embellecerla. Los que especulan con el folklore me recuerdan esos señores que despojan de todas sus vestimentas a una momia, pero que no se atreven a tocarla si estuviera viva, por temor a la paliza del amante. Son como esos nuevos ricos que compran títulos de nobleza en lugar de mirar francamente hacia el porvenir. El folklore es una cosa hecha, tiene su función y la cumple admirablemente. Es inútil manipularlo. Quienes lo hacen persiguen halagar el gusto del público, el gusto más subalterno, desde luego. Son copistas de mala fe, en definitiva. En cuanto a mí, le repito, me gusta el folklore como un buen vino, pero no me gusta que especulen con él."

BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N. Y. TRIBUNE, INC.

EL TIO GOLOSO

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR
"LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCIÓN DE ESTA
HISTORIETA EN NUESTRO PAÍS DEBE CONSIDERARSE ILEGÍTIMA).





Negro Castaño Rubio

*... se volverán
negros, se volverán
castaños, se volve-
rán rubios: tal
como eran a los
veinte años.*

En forma gradual: ni demasiado aprisa, ni con mucha lentitud, los cabellos canosos vuelven a su color natural y primitivo, con gran sorpresa de la propia interesada.

Unas gotas de agua de Colonia "La Carmela" aplicadas como loción en el momento de peinarse mantendrán sus cabellos como los tenía a los veinte años. Y así continuarán toda la vida.

Ni aun las amigas más íntimas se explicarán el milagro, porque el cabello aparece natural, sedoso y brillante y no con los matices metálicos que se le notan a simple vista a las personas que se tiñen el cabello.

El Agua de Colonia "LA CARMELA" NO ES TINTURA

"LA CARMELA" se usa como loción al peinarse. No mancha la piel ni la ropa y extirpa radicalmente la caspa.
En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías.

CUPON

Si, por casualidad, no encontrara el Agua de Colonia "LA CARMELA" en esa localidad, remítanos \$ 8.— y \$ 0.50 para gastos de envío y usted recibirá un frasco a vuelta de correo.

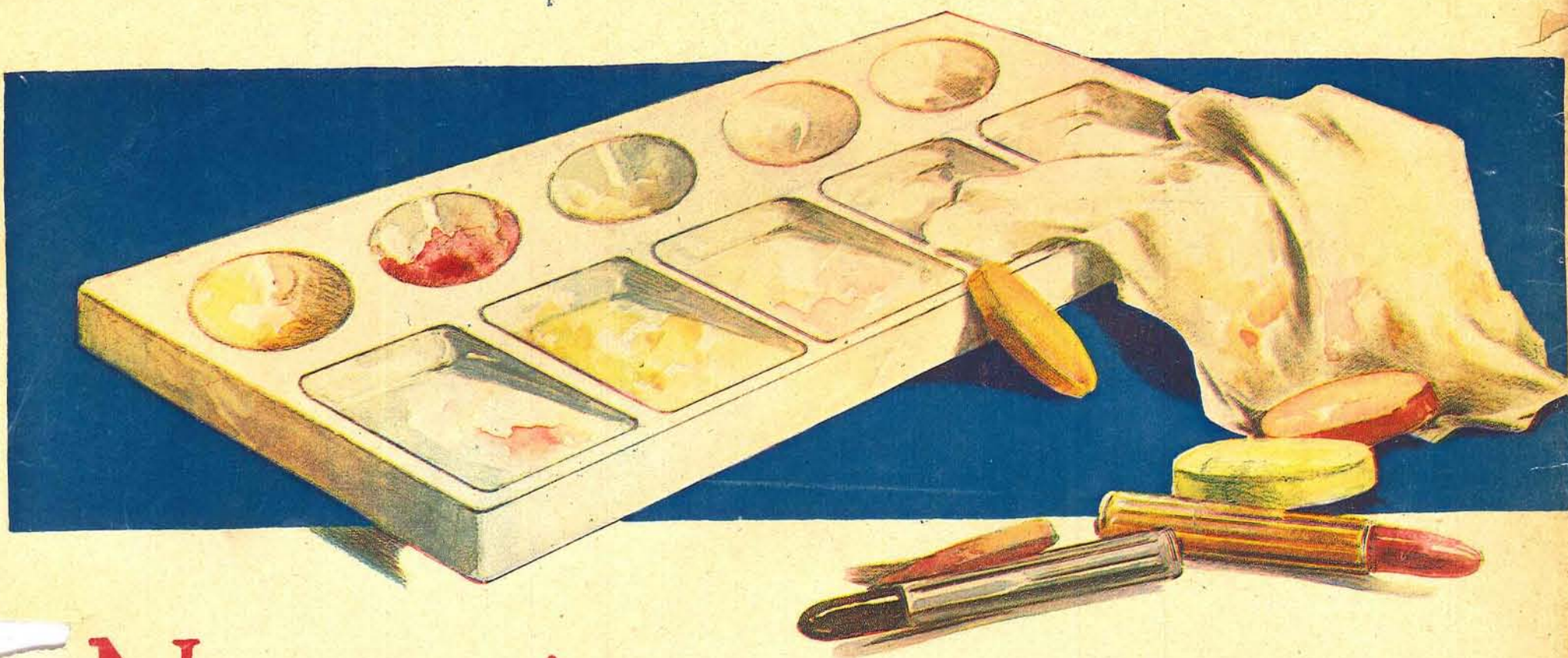
Nombre

Dirección

Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"

Pavón 1088 - J. L. CONDE & Cía. - Buenos Aires

En CHILE: Drog. del Pacífico, S. A., Valparaíso. — En MONTEVIDEO:
Cía. Uruguaya de Rep. e Imp., Paraguay 1393 - R. O. del Uruguay.



Ni pinturas, ni coloretes...

Los hombres deben usar,
después de afeitarse, el
polvo Le Sancy MOROCHO.

Los distintos tonos transparentes del polvo LE SANCY, ni pintan, ni colorean, sólo fijan por el término deseable y en la forma más natural, el tono que conviene a cada cutis.

En ningún caso afectan la piel, pues estos matices son obtenidos por procedimientos exclusivos y muy bien experimentados.

Aún abusando del tono rosado puro o del ocre subido, al aplicarlo jamás dejan huellas de manchas.

Combinando los distintos tonos entre sí, se obtiene una escala cromática tan completa, que se puede obtener, para cada circunstancia, el que sienta mejor.

Esta es la razón de nuestro acierto en la creación de la caja patentada TRICOLOR.

Caja Grande \$1.90

Caja Media \$0.70

Perfumeria
Dubarry

FUNDADA EN 1903

En Cajas: Piel Natural, Rachel, Rosado, Ocre, Morocho, (muy indicado para los hombres) y en la caja patentada TRICOLOR.

